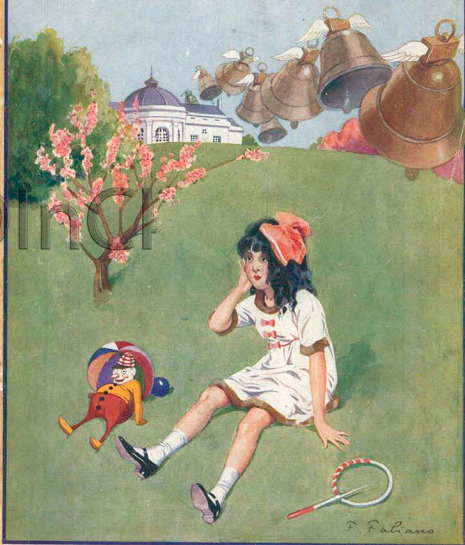


MUNDIAL



CeDinof

En boga en Paris - los deliciosos perfumes de
MONNA VANNA

Monna-Vanna!
j'ai deviné
ses parfums
grisants!

AMBREOR
 BOUQUET CAVALIERI
 LA-VIOLETTE CARUSO
 LA-ROSE MONNA VANNA
 LE BAISER SUPRÊME
 MADAME etc. etc.

PARFUMERIE MONNA-VANNA
 PARIS-NEUILLY, 122, Rue Borghèse.

LA ROSE CARUSO
 BRISA ECUATORIAL
 MADEMOISELLE
 MAGNATIC

BOUQUET MONNA VANNA
 LALA
 LILAS D'OR
 ROSE ROUGE

El GLOBÉOL fortifica



Anemia
 Convalecencia
 Tuberculosis
 Neurastenia
 Formación
 de la joven
 Retorno de edad
 Enfermedades
 nerviosas
 Insumnios
 Agotamiento
 nervioso
 Tabes
 Parálisis

8 píldoras de
GLOBÉOL diarias.
 dan al organismo
 500 millones de
 glóbulos rojos
 nuevos, ó sea un
 vaso de licor
 sanguíneo.

Comunicación á la
 Academia de Medicina
 de París el día 7 de
 Junio de 1900, por el
 Dr. José Notté, ex-cirujano
 de laboratorio de la
 Facultad de Medicina
 de París.

Vd. posee algo mejor que una fuerte dote: gracias al GLOBÉOL, está
 Vd. en posesión de la salud, la más preciosa de todas las riquezas.

El GLOBÉOL resume un tratamiento completísimo de la anemia. Refuerza rápidamente, adelanta la convalecencia, deja un sentimiento de bienestar de vigor y de salud. El GLOBÉOL, específico del agotamiento nervioso, regenera y alimenta los nervios, reconstituye la sustancia gris del cerebro, da luzidez de espíritu, intensifica la potencia de trabajo intelectual, y eleva la potencialidad nerviosa. Aumenta la fuerza de vivir.

Sin mal gusto, sin tóxico, el GLOBÉOL es el tónico ideal que desarrolla la resistencia del organismo y prolonga la vida. Es muy útil y provechoso tomarlo cada día, como un verdadero alimento.

N. B. — Se encuentra el GLOBÉOL en todas las buenas farmacias del mundo entero, y en los Establecimientos CHATELAIN, 291, boulevard Péreire, París.

... ESTE ES EL TONICO QUE DEBE TOMARSE CADA DIA ...

Los Prototipos de Pureza

La niñez y el Jabón de Reuter



Efectivamente, el Jabón de Reuter está universalmente reconocido como el de ingredientes más puros y más beneficiosos para el cutis, y como también posee un perfume delicioso, es el jabón ideal para el tocador y el baño, y para los niños.

Suaviza, blanquea y embellece el cutis,



SI ES ASÍ, necesita usted adquirir cuanto antes su ajuar, aprovechando su tiempo y su dinero del mejor modo posible. Para ello, atienda a los consejos y a las indicaciones que para su bien le damos.

En primer lugar, no cometa usted el error de hacer su ajuar en casa, adquiriendo el material necesario en comercios que venden al detalle. Le resultará a usted muy caro, y perderá usted mucho tiempo.

En segundo término, si quiere usted ahorrarse molestias y dinero, no olvide que, aunque parezca inverosímil, nosotros

VENDEMOS UN AJUAR DE NOVIA A PRECIO MUCHO MAS BAJO DEL QUE LE CUESTA A USTED HACERLO EN CASA.

Hasta una visita a nuestros establecimientos, para que usted comprase inmediatamente la gran diferencia que existe entre nuestros artículos y los de las demás tiendas, tanto en lo referente al precio como a la calidad.

Visite usted nuestra casa, y se convencerá. Si no quiere usted molestarse, ó si vive usted en el interior de la República, recibirá usted nuestro catálogo ilustrado con sólo remitirnos, luego de recibirlo, el adjunto cupón, en el cual inscribirá usted su nombre y su dirección.

NUESTRO CATALOGO ES UN PRECIOSO ALBUM DE AJUARES. TIENE 300 PAGINAS DE TEXTO Y MAS DE TRES MIL GRABADOS.

A pesar de su gran costo, remitimos este álbum gratuitamente a quien lo solicite por medio del cupón adjunto.

LA CASA IDEAL DE LOS NOVIOS

Gran Sucursal Norte
CALLE 14 N° 100
BUENOS AIRES

BARBAGELATA, DRAGO Y CIA.

Gran Sucursal Rosario
SABRERTO, 711
Rosario SANTA FE

Casa Central: 8^{na} MITRE, Esq. PARANA, Buenos Aires

CUPON

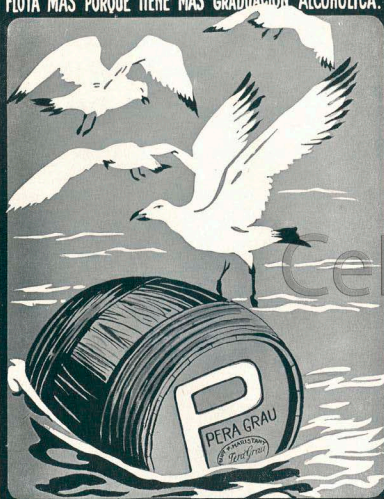
Si desea mandarme el
Album de Ajuares
que acaban de publicar.

Nombre _____

Dirección _____



FLOTA MÁS PORQUE TIENE MÁS GRADUACIÓN ALCOHOLICA.



Vino Priorato, Seco y Garnacha "PERA GRAU"
DE VENTA EN TODAS PARTES
LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

lo mejor
para el pelo



PETRÓLEO
GAL

Pedidos al por mayor a E. GAL, fábrica de perfumería
MADRID

DE TODO UN POCO

Los negros se van. Acorralados como fieras en los Estados Unidos, expuestos constantemente á esos linchamientos horribles de que da cuenta la prensa, los negros piensan emigrar, y reunirse todos en un país donde no sean extranjeros... Este es el proyecto de un negro de Oklahoma, llamado Sam, que ha elegido la Costa de Oro como el futuro imperio de la raza de color.

Sam vendió acciones del nuevo país á 250 negros, que se embarcaron en el vapor "Liberia", en el puerto de Brooklyn, para huir de sus enemigos. Inglaterra ha protestado, porque la Costa de Oro le pertenece. Pero á sus reclamaciones, los Estados Unidos se resisten á impedir la emigración, y llevan su crueldad hasta decir: ¡No, no, que se vayan!

Superioridad naval aérea. No sólo reina en los mares — en esta carrera loca de armamentos que emprenden Inglaterra y Alemania, arrastrando consigo á las demás naciones — sino que Inglaterra domina también sobre las aguas. Ella tiene mayor número de hidro-aeroplanos que ninguna otra nación. Posee además 113 aeroplanos nuevos, después de haber retirado 52 del modelo antiguo. Los aviadores militares han recorrido cien mil kilómetros, sin sufrir un solo accidente. La flota aérea ascenderá á 250 aeroplanos...

Y sólo prestarán servicio dos años.

Contra el dolor de cabeza. El doctor Mayer Mitchell, de Nueva York, claro está, pues no iba á ser de Bois-Colombes, ha declarado que el tango es un remedio excelente contra el dolor de cabeza. El ejercicio de los danzarines es de influencia saludable para el cerebro. He aquí una escena de «vau-de-ville...» Pero hay una dificultad: la de que el tango agoniza, y la zarzana no se impone... Y la neuralgia, la atroz neuralgia, seguirá disponiendo de nosotros.

Más cine. En el castillo de Kiel, antes de salir para la América del Sud, el príncipe Enrique de Prusia se ha hecho dar lecciones de cinematografía, con objeto de inmortalizar en la película sus jornadas americanas. ¿Por qué será? Indudablemente, el buen príncipe se cree camuflado de las pampas salvajes, ó teme ver indios y fieras en las calles de Buenos Aires. ¿Porque no querrá cinematografiarse en un palco del Colón? No tendría ningún atractivo.

(Continuación, pág. X.)



Los nuevos
modelos de
Lámparas BESNARD

sin ángulos
se armonizan
maravillosamente
con las carrocerías
actuales.

la mejor fabricación
francesa.

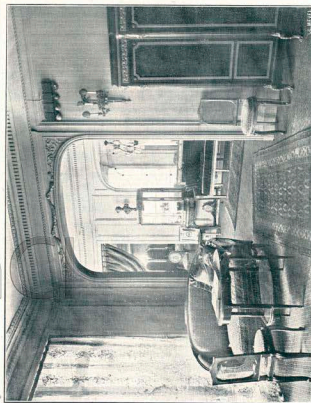
Proyección larga
y ancha

3
modelos:

4200
4900 y
3000
bujías



60. Boul. Beaumarchais
-PARIS-



UN RINCÓN DE SALÓN

MERCIER FRÈRES

TAPICEROS DECORADORES

100, Faubourg Saint-Antoine - PARIS

MUEBLES # TAPICES # CORTINAJES # PINTURAS # ANTIGÜEDADES



ARTICULOS DE ARTE
EN HIERRO FORJADO
Y BRONCE

H. VIAN

HAAS & Cie Succ.
5, rue de Thorigny, 5
(Hôtel de Jougé)
PARIS

MARMOLES - BARROS

Especialidad en reproducciones de
modelos antiguos.



LOS SAQUITOS
PARA
EL TOCADOR
DEL
Doctor DYS

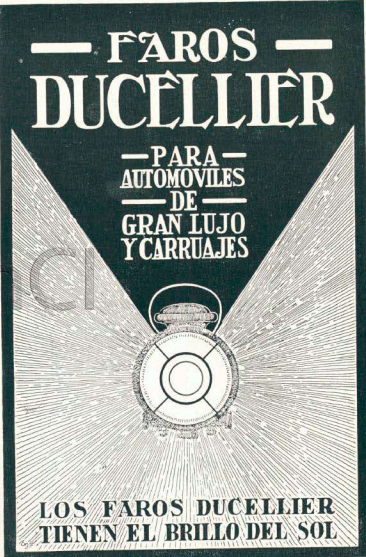
Dan á la piel un frescor delicioso.
Protegen la piel del aire vivo de los
primeros dias de primavera, y conservan
la belleza y la dulzura de la juventud.

Envío franco del librito explicativo,
dando toda clase de detalles sobre los
productos del Doctor Dys. Se explica
mencionar el nombre de "Mundial".

V. DARSY
54, Faubourg Saint-Honoré
PARIS

NEW YORK, 4, West 47 St Street.
S. FESSL. — VIENNA, 21, Kärntnerstrasse.
BUDAPEST, 18, Váci utca.
S. LOHSE. — BERLIN W., Altessestr.

Evitar las imitaciones.



FAROS
DUCELLIER

— PARA —
AUTOMOVILES
— DE —
GRAN LUJO
Y CARRUAJES

LOS FAROS DUCELLIER
TIENEN EL BRILLO DEL SOL



Hunyadi János

El tipo más perfecto y más acreditado de las Aguas purgantes naturales contra: El estreñimiento habitual, las congestiones, la obesidad, las obstrucciones del bajo vientre, la dispepsia, etc.

Indispensable en los países tropicales

Se vende en las farmacias y droguerías.

!!! EL MEJOR BAÑO !!!

MUSGO-ESPONJA PERFUMADO

HIGIENICO-FORTIFICANTE-CALMANTE-ANTIASEPTICO

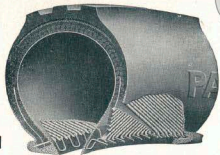
El Musgo-Esponja es una verdadera necesidad de la vida moderna. Reemplaza á la esponja y al jabón. — PROBARLO ES ADOPTARLO

PREPARADO POR

RENAUD GERMAIN *Perfumistas proveedores de la Real Casa de España.*

Calle de Cortes, 574, BARCELONA (España)

PIDASE EN LAS PERFUMERIAS, DROGUERIAS Y ESTABLECIMIENTOS DE BAÑOS



PNEUMATICOS CON CUERDAS

PALMER

DE CONSTRUCCION DIFERENTE Y LOS MAS FUERTES DE TODOS

152, avenue Malakoff, Paris

responsabilidad

seguridad

¡Piensa en los tuyos y en ti mismo al viajar de noche!!!
El iluminar mal tu coche compromete tu responsabilidad dan luz abundante y potente y garantizan tu seguridad

Los faros Auteroche

ALMACEN DE EXPOSICION
104 Avenue de Champe-Elysees PARIS

EXIGIDOS PARA VUESTRO COCHE

Le Parfum à la Mode
Elegancia
Caron
parfumerie
10 rue de la PAIX PARIS

Goerz Trièder
Binocles

Campo visual ampliado
Claridad y plastica aumentada

Opt. Anst. C. P. GOERZ Akt.-Ges.
HAMBURG-FREIBURG 48
PARIS LONDRES VIENNA BUENOS AIRES

DE TODO UN POCO

La circulación en Londres. Según una estadística recientemente publicada, la población de Londres y sus afueras asciende á 8.600.000 habitantes. El número de viajes efectuados anualmente en Londres por los distintos medios de locomoción públicos, asciende á 2.035 millones. En las líneas metropolitanas se registraron 436.492.548 viajes; en los tranvías 797.875.581; y en los autobuses, 551.622.398. En total, 1.785.062.527 viajes. Hace diez años, la cifra correspondiente era de 972.465.682 viajes. De manera que, desde 1923, ha doblado la circulación, ¡y cualquiera va á pie por Londres!

Conchita. Puccini estuvo tentado de poner música á una adaptación de la popular novela de Pierre Louys, « La femme et le pantin », y al efecto hizo un viaje á España. Pero resultó, según Puccini, que todos los aires populares españoles los recogió Bizet para su partitura de « Carmen ». En cuanto lo sepan en España, le muerden á Puccini, porque para excusarse de trabajo ó para disimular su ausencia de inspiración, no cabe recurrir á estos engaños. La prueba es que un compañero suyo, el maestro Zandonai, ha puesto música á « Conchita ». Bien es verdad que Zandonai aún no ha escrito « Bahú », « Toso » y « Cavallero », y le queda por tanto inspiración.

Citas literarias. El humorista francés Pierre Veber dijo un día: « El teatro es el arte de las situaciones... como dice Sardou ». El autor de « La Corte de Napoleón » no había dicho nunca semejante cosa. Pero un día, estando Veber en casa de Sardou, oyó á éste que decía: « El teatro es el arte de las situaciones... como dije en otro sitio ». Veber se quedó helado de sorpresa. Y era que un amigo, que lo oyó del humorista, se lo contó al dramaturgo, y éste, de buena fe, repitió la frase. Hay que escamarse de las citas literarias. Al gran Pascal le cita de memoria mucha gente ¡y le hacen decir cada tontería!

La censura. En el Japón hay censura para el cine. Se prohíben todas las películas en que se ridiculizan los funcionarios y los soldados. Si se trata de agentes de policía, es obligatorio representarles cubriéndose de gloria, aprehendiéndolos siempre ¡y si, señor, siempre! ladrones y asesinos.

(Continuación, pág. XVI.)

THE London and River Plate Bank Ltd

Fundada en 1862

PRINCES STREET, LONDON, E. C.

Fundada en 1862

Capital suscrito...£ 3.000.000 | Capital realizado...£ 1.800.000 | Fondo de reserva...£ 2.000.000

CONSEJO DE ADMINISTRACION

Presidente : M. E. Ross Duffield — Administrador-delegado : M. R. A. Thurburn
 JAMES G. GRIFFITHS — DAVID SIMON — KENNETH MATHEISON —
 Hon HUGO BARING — HERMAN B. SIM — WILLIAM THOMAS BRAND.

SUCURSALES

París	Calle Santa Fé	Córdoba	Pará Santos
Anvers	Calle B. de Irigoyen	Tucumán	Curitiba
Buenos-Aires	Mendoza	Paraná	Victoria
Barracas al Norte	Rosario	Bahía Blanca	Sao Paulo
Boca del Riachuelo	Bahía Blanca	Río-de-Janeiro	Bahía
Once de Setiembre	Concordia	Fernambuco	Valparaiso

AGENCIAS : Paysandú, Salto (Uruguay), New-York, Manaus (Brasil).

Emisión de cartas de crédito, letras, transferencias telegráficas, adelantos, cobranzas y compra de letras de cambio. Cobro de valores y cupones de la República Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, etc. — Depósitos a plazo fijo.

SUCURSAL DE PARIS : 16, RUE HALÉVY
 Dirección telegráfica : PAMPAS, PARIS

BANCO ITALIANO del URUGUAY

MONTEVIDEO (Uruguay) 207, Calle Cerrito, 207

SUCURSALES EN PAYSANDU Y MERCEDES

DIRECTORIO

Presidente : J. A. COTTO BRANCO — Vice-Presidente : DON BERNARDINO CAVALLA — Secretario : LUIS GARRINHA
 Director-Gerente : DON ALFONSO FALICE — Fiscal : DON CARLOS ANSELMI, HERON TRABACCI, DON VICENTE GÓTTA

Capital autorizado	\$ 5.000.000
Capital suscrito y realizado	\$ 3.000.000
Fondo de reserva	\$ 872.500 00
Fondo de prestación	\$ 150.000 00

Corresponsal especial de la Banca d'Italia y Banco di Napoli.
 Para remesas y Giras Postales sobre todas las ciudades y puertos de Italia.

El Banco emite « Cartas de Crédito, transferencias telegráficas, letras de cambio, á la vista y á plazo sobre los principales Bancos y Instituciones de Italia, Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Bélgica, España, Portugal, Estados Unidos de América, República Argentina y Brasil, etc. y da giras postales sobre todos los puertos de Italia, España, Francia y sus respectivas colonias.

Se ocupa en general de todas las demás operaciones del Banco. Para comodidad de los transaccionistas, el Banco está abierto todos los días excepto de 10 á 12 h. m., para el servicio de Caja de Ahorros y giros sobre Italia y exterior.

TASA DE INTERES

Haute reserva sobre :

París	— Por depósitos en cuenta corriente	3	%	al año
á la vista	1	%	al año
á término de 3 meses	2	%	al año
á plazo fijo de 3 meses	3	%	al año
de 6 meses	4	%	al año

CAJA DE AHORROS

Recibe cualquier cantidad y paga los intereses siguientes:
 Sobre depósitos á la vista, después de 30 días cumplidos 3 % al año
 Sobre depósitos á 3 meses 3 % al año
 de 6 meses 3 % al año
 de 9 meses 3 % al año
 de 12 meses 3 % al año
 Gales. — Anticipos en cuenta corriente Corresponsal

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES
 El Banco, desde hace tiempo, se ocupa de la Administración de Propiedades, mediante una oficina especial, teniendo á su disposición y pronta de fomento á cualquier parte de la República y el extranjero, á indicación de los interesados.

DEUDA ITALIANA
 El Banco compra y vende por cuenta de terceros dichos títulos, y hace el servicio de lotería en el Rio de la Plata, de acuerdo con la Banca d'Italia del Reino Italiano.

CAJA DE SEGURIDAD
 El Banco alquila al público, á precios módicos, cajas de seguridad de varios tamaños, instaladas en el subsuelo de su propio local, de absoluta seguridad contra incendio, hurto, etc.

DE TODO UN POCO

Una «madonna». El rey de la electricidad, A. B. Widener, acaba de comprar á Lady Desborough, por tres millones y medio, «La Virgen del Niño», de Rafael...

Lista de millonarios. Bâle, capital del cantón suizo de este nombre, es la ciudad de Europa que cuenta con mayor número de millonarios. Zurich, con sus 109,000 habitantes, está á la par con Bâle. El más rico vecino de la Atenas suiza ha declarado una fortuna de 12,500,000 francos: un banquero, 3,800,000 francos; cuatro contribuyentes pagan el impuesto por una fortuna de 7,000,000; doce, poseen más de 3,000,000; y noventa, un millón. Siguen otros 1,720 contribuyentes, cuya fortuna oscila entre 900,000 y 100,000 francos cada uno.

Según el registro de impuestos, el resultado regular de ciertas profesiones se calcula así: Médicos, 7,000 francos; farmacéuticos, 6,500; abogados, 6,350; profesores de la Universidad, 11,025; directores de banca, 25,000 y 20,000.

Así se comprende que Suiza se permita ciertos lujos extraordinarios, como el de tener generales, por ejemplo.

Los divorcios en América. En América del Norte, claro está, porque sólo nos nutrimos allí de estas secciones periodísticas de curiosidades y extravagancias, en 1867 se registraron 27 divorcios por cien mil habitantes, y 86 en 1906. Y sigue aumentando, hasta el punto que el senador Russell, de Louisiana, acaba de presentar una proposición de ley, aboliendo el «divorcio absoluto»; es decir, la facultad de contraer nuevo matrimonio. Nos parece inmoral la solución, pero en fin, allá ellos... ¡ como no hemos de casarnos en Norte-América!

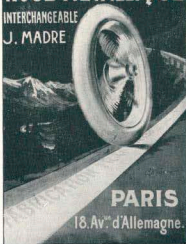
Cabeza abajo. No basta volar así. Es preciso también aterrizar en la misma postura. Un nuevo aparato permitirá á Pégoud posarse en tierra cabeza abajo. De coronilla, vamos.

Para ser ricos. Ahorrad anualmente 120 francos. Es lo que ha hecho un trabajador de Ile-et-Vilaine, Julian Désert. Fué economizando aquella cantidad hasta cincuenta años, y entonces compró una granja... Pero resulta que sólo ganaba 120 francos anuales; es decir, diez francos mensuales. Hay que explicarse, porque de otro modo no lo entiende nadie.

(Continuación, pág. XX.)

ROUE MÉTALLIQUE

INTERCHANGEABLE
J. MADRE



PARIS

18. Av. d'Allemagne.

RMS P THE ROYAL MAIL
STEAM PACKET CO

VAPORES de LUJO

Salen de
SOUTHAMPTON
y OHERBOURG

Boques nuevos para
BRASIL, ARGENTINA
y URUGUAY

Teenaná en
ESPAÑA, PORTUGAL
y MADERA

Agentes en París
C^o. DUNLOP & C^o. 4 Rue Halévy

Instrumentos de Precisión
PARA INGENIEROS

H. Morin
11, rue Dulong
PARIS



GEMELOS PRISMATICOS

Extra luminosos • Aumento 8 veces

PRECIO : 135 FRANCO

CATALOGO ESPECIAL N.º. FRANCO

AULD REEKIE
SCOTCH TAILORS

10, RUE DES CAPUCINES & 2, RUE VOLNEY, PARIS

CASA FUNDADA
EN 1864



TELÉFONO
CENTRAL 75-95

.. HIGH CLASS TAILORS..
GÉNEROS SUPERIORES. CONFECCIÓN PERFECTA

UNIVERSAL



NEUMATICO UNIVERSAL
169 - BOULEVARD PÉREIRE - PARIS

Un Seguro contra las Arrugas

**UN MEDIO DE QUE VUESTRO ROSTRO
CONSERVE SU JUVENTUD, Y DE EVI-
TAR LA APARICION DE LAS ARRUGAS**

La bella SERRANA, de Embajadores, Paris, cuya fotografia reproducimos, ha declarado :

« Dices que tengo un cutis muy bonito; si esto es cierto, lo es gracias á la CREMA TOKALON. »

La CREMA TOKALON, la maravillosa crema francesa de tocador, que no es grasienta y que es absorbente, es el mejor Seguro que se puede contraer contra las Arrugas y contra los Ultrajes de los años.

Contiene crema fresca y aceite de olivas puro, predigerido. Estos elementos reconstituyentes de los tejidos, estando como están predigeridos, pueden penetrar inmediatamente en los tejidos por absorción. Su objeto es fortalecer la dermis, bajo la piel, y nivelar la epidermis prestándole una uniformidad completa, y evitando toda huella de pliegues ó de arrugas. Las damas que, antes de acostarse, emplean la CREMA TOKALON, se sorprenden ante el resultado que muy pronto obtienen, y que desde luego comprueban, al levantarse, en el día siguiente.

Esta Crema es ideal para la aplicación y la conservación de los polvos, y, usándola, se obtiene que el cutis no se enrojece ni adquiera brillo, ya que este específico está preparado para absorber la transpiración. Amasando un poco de CREMA TOKALON entre los dedos, se da una cuenta de su contentum especial, y se aspira su aroma delicado y grato.

La CREMA TOKALON se vende en tarros provistos de tapa sanitaria, con lo cual queda al abrigo del polvo, de la humedad y de los microbios. Está perfectamente emballada, y se recomienda para los viajes.

**PUEDE HACERSE UN ENSAYO
DE LA CREMA TOKALON, SIN
GASTO DE NINGUNA CLASE,
en el caso en que no os agrade.**

Para ello, si de seguida á una farmacia, á una perfumería, ó á un almacén, y comprad un tarro de CREMA TOKALON. Empleada luego, conformándoos á las instrucciones, y si no os convencéis de que la CREMA TOKALON os da excelentes resultados, y de que es superior á todos los demás productos similares que hayáis ensayado, dirigid una reclamación á la Casa TOKALON, que os devolverá inmediatamente el importe de vuestra compra.



TOKALON, 7, rue Auber, PARIS

**Este es el mejor Seguro, y el menos costoso, para conservar siempre
VUESTRO ROSTRO LIBRE DE ARRUGAS**

Depósitos : en Buenos Aires : BARBAGELATA, DRAGO y Cia, Bartolomé Mitre, 1499.
en Montevideo : Francisco L. CABRERA, Suc. Sarandi, 685-7.

DE TODO UN POCO

Pulgas históricas.— Con motivo de un pleito entre el propietario y el inquilino de un castillo histórico, en los alrededores de París, el inquilino se quejaba del extraordinario número de pulgas que llenaban los salones. El *huissier* fué á comprobarlo con un trazo que extendió en el salón, y que cuatro hombres cogieron por las puntas, aprisionando las pulgas que cayeron en el lazo. Expuesto el saco á la fuerte presión de un horno, quedaron asfixiadas las pulgas, y el *huissier* pudo contarlas tranquilamente, en número de 383. El propietario del castillo replicó: Es el inquilino quien con sus muebles trajo las pulgas.

Veremos lo que dice el tribunal.

Filatelistas!— En Munich se han recibido los primeros sellos albaneses, que llevan grabada la efigie del héroe nacional de Albania, Scander-Beg.

El gran « poseur ».— Por cien mil francos, el rey Nicolás de Montenegro se prestó á representar una película titulada: « La guerra de los Balkanes ». El rey de Montenegro, « en las avanzadas, ordena el primer cañonazo ». La escena fué en Ricka, cerca del lago de Scutari. Una compañía italiana adquirió la propiedad de la película.

¿Una fortuna!— Dicen que por equivocación pero vaya Ud. á saber los designios misteriosos del individuo, lo cierto es que un enfermo que se estaba curando en el hospital municipal de Viena, de un cáncer en la laringe, ingirió un tubito que contenía 20.000 francos de rádium. El estómago del enfermo iba á padecer ante esta ingerencia extraña, y al punto practicósele una operación, extrayéndole el tubito. ¿Murió, el enfermo? Quizás sí; pero ya cuidaron los médicos de que no se fuera á la tumba con el precioso tesoro.

Un zafiro agrícola.— Un granjero de San Diego (California) Mr. Roderick Peal, quería partir en pedazos con un tenedor una patata cocida, cuando tropezó con una sortija de zafiro que se encontraba en el interior del tubérculo. Esta sortija la había perdido la señora Peal yendo por el campo, y se conoce que en la tierra se confundió con el tubérculo que germinaba, y allí quedó encerradita... Y como en cuento de hadas, la patata fué directamente al servicio doméstico de la familia Peal.

(Continuación, pág. XXXII.)

B.R.C

LUZ PARA
AUTOMOVILES

FAROS

GENERADOR ALPHA

DYNAMO

DEPOSITOS Y CONCESIONARIOS

ARGENTINA

BANQUE AUTOMOBILE 1211, Margot BIENES-ARDES
AA G. CANEY 1135, Carlos Pellegrini
LABORDE & C^o 368, San Martín
RECHT & LEHMANN 85, Canelón

ESPAÑA

PORTUGAL

MEJICO

BLANC FRÈRES 57, Calle de Alcalá MADRID
OF LOS RIOS 153, Av. Hombres Buenos, MEXICO

B.R.C

RODRIGUES, GAUTHIER & C^o
67, Boul^o de Charonne, PARIS.DANCING PALACE
DE
LUNA PARKbajo la dirección artística del
PROFESOR BRASILEÑO L. DUQUE

Esta lujosa sala de baile está situada cerca del Arco de Triunfo, á la entrada del Bosque de Bolonia, y en el barrio más aristocrático de París. Estará abierta todos los días: de 2 á 4 de la tarde (lecciones particulares y curso de baile); de 4 á 7 (tés bailables); y de 9 á 12 de la noche (veladas mundanas).

Todos los Viernes, Grandes Galas.
Orquestas Hawaíen y Brasileña.
Reunión del Todo París elegante.

Gaston AKOUN, Director.



AGENCIA de PARIS
DE LA
COMPAÑIA TRASATLÁNTICA ESPAÑOLA
ANTES A. LOPEZ Y CIA.

3, RUE MEYERBER, 3

Viajes rápidos á la ARGENTINA y al
URUGUAY en los magníficos vapores:

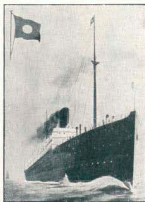
REINA VICTORIA-EUGENIA

INFANTA ISABEL DE BORBON

12 días de navegación desde Cádiz.
Salida mensual de Barcelona el día
4. de Málaga el 5, y de Cádiz el 7.

Equipajes de tránsito de Londres y París,
hasta bordo, sin formalidades de frontera.

Es conveniente pedir los contratos de lujo con anticipación





PRUNIER
Restaurant de
Primer Orden.

No salga de
PARIS
sin visitarlo.

PUREZA DEL CUTIS

desueta y conservada por

la Leche antefélica o Leche Candés.

Este producto debe su psicología cosmética a la feliz combinación de elementos tomados de la materia medicinal, y cuya acción se limita a las capas superficiales de la piel.
Se emplea en dosis benigna y en dosis estimulante.

1ª Dosis benigna. | 2ª Dosis estimulante.

La Leche antefélica o Leche Candés, es un preparado de gran pureza y de gran actividad de acción, que destruye la bacteria antefélica y la Leche Candés, y destruye los estímulos de peso, el tosqueo, el opoquo, el sermo los granos, y el el ocaquo, llamado vulgarmente la formación de pecas, borrando las que existen si se emplea en dosis estimulante.

De este modo, su acción es de gran actividad de acción, que destruye la bacteria antefélica y la Leche Candés, y destruye los estímulos de peso, el tosqueo, el opoquo, el sermo los granos, y el el ocaquo, llamado vulgarmente la formación de pecas, borrando las que existen si se emplea en dosis estimulante.

De este modo, su acción es de gran actividad de acción, que destruye la bacteria antefélica y la Leche Candés, y destruye los estímulos de peso, el tosqueo, el opoquo, el sermo los granos, y el el ocaquo, llamado vulgarmente la formación de pecas, borrando las que existen si se emplea en dosis estimulante.

De este modo, su acción es de gran actividad de acción, que destruye la bacteria antefélica y la Leche Candés, y destruye los estímulos de peso, el tosqueo, el opoquo, el sermo los granos, y el el ocaquo, llamado vulgarmente la formación de pecas, borrando las que existen si se emplea en dosis estimulante.

PERFUMERIA

EXTRA-FINA



T. JONES
23, Boulevard
des Capucines
PARIS

Veni-Vici
&
Gai-Paris

PERFUMES INCOMPARABLES

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

MUNDIAL

MAGAZINE

Dirección telegráfica:
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario:
RUBEN DARIO

TELEFONO:
Distribución y Administración:
Línea 0-36
Redacción y Publicidad:
Bojeje 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA
6 Meses. . . . 6 fr. 50 | Un Año. . . . 12 fr.
EXTRANJERO
6 Meses. . . . 9 fr. 50 | Un Año. . . . 18 fr.
NUMERO SUELTO
Francia. . . . 1 fr. | Extranjero. . . 1 fr. 80

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

Vente exclusiva y expedición a todas las partes:
SOCIEDAD DE EDICIONES LOUIS MICHAUD
158, Boulevard Saint-Germain, Paris.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

ARGENTINA: Compañía Argentina de Publicidad. Emeralda, 186- Buenos Aires.

ALEMANIA: Haasenstein & Vogler. - Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.

CHILE: Ernesto Darsay & Cia, San Antonio 447. - Santiago.

ESPAÑA: Empresa de Anuncios, Riap. - Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.

FRANCIA: Hoteles y estaciones balnearias: "Société d'Expéditions de Publicité", 11, Rue Drozot, Paris.

INGLATERRA: South American Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.

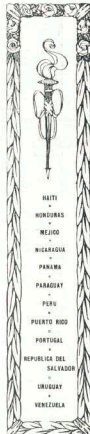
ITALIA: Giancarlo Madon, Casella Postale. 239, Milano.

SUECIA: Robert Hug, Hauptpostbox 6206. - Zurich.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.



ARGENTINA
• BOLIVIA
• BRASIL
• CHILE
• COLOMBIA
• COSTA RICA
• CUBA
• REPUBLICA DOMINICANA
• ECUADOR
• ESPAÑA
• FILIPINAS
• GUATEMALA



HAITI
• HONDURAS
• MEXICO
• NICARAGUA
• PANAMA
• PARAGUAY
• PERU
• PUERTO RICO
• PORTUGAL
• REPUBLICA DEL SALVADOR
• URUGUAY
• VENEZUELA

SUMARIO

CUBIERTA. — LAS CAMPANAS DE PASCUAS, composición inédita de FABIANO.	
"PRINCIPES EN EL DESTIERRO. — "MUNDIAL" EN CASA DEL DUQUE DE MADRID, por DIEGO SEVILLA.	507
LA DESPEDIDA, EL ORIGEN, dos poemas de RABINDRANATH TAGORE.	513
VISIONES PASADAS, por RUBEN DARIO, con ilustraciones en colores de PARYS.	515
PASCUA DE RESURRECCION, por J. MUÑOZ SAN ROMAN, con ilustraciones en colores de VAZQUEZ DIAZ.	521
CUENTO DE ALDEA, por JOSÉ GARCIA VELA (mención especial de nuestro Concurso de Cuentos) ilustraciones en colores de FALGAS.	525
DOÑA MARIA DE PADILLA, drama en tres actos y en verso, original de FRANCISCO VILLALBA.	531
LOS DRAMAS DEL AMOR Y DE LOS CELOS. — LA TRAGEDIA DE FRAIGSON, por YSIS.	569
EL TRIUNFO Y LA MUERTE, con un autógrafo del aviador argentino NEWBERY, por EMILIO DUPUY DE LOMÉ.	574
PAGINAS HUMORISTICAS. — POR LOS BULEVARES PARISINOS, por A. R. BONNAT, con dibujos de RIBAS.	576
LA INTERINA, continuación de la novela de CRISTOBAL DE CASTRO, ilustrada por BASTÉ.	580
SEVILLA, artículo de información, por P. DE PEDROSO.	587
EL TEATRO EN PARIS Y EN MADRID, por E. GÓMEZ-CARRILLO Y RICARDO J. CATARINEU.	596
ASEGINATO DE GASTON CALMETTE.	605
ELEGANCIAS MASCULINAS, por KRIEGCK.	606

(No se devuelven los originales.)

EN EL PROXIMO NUMERO

Un artículo de RUBEN DARIO. — Una información de ENRIQUE AMADO sobre el gran novelista español Pérez Galdós. — Una intervención con el general REYES; sus viajes e impresiones por América del Norte. — Otras informaciones de arte de ANTONIO G. DE LINARES. — Reportaje parisién para "Mundial", de DIEGO SEVILLA, y artículos de variedad literaria, poesía, curiosidades, etc.

Una linda portada del notable dibujante Macchiati.

Principes
en el destierro

"Mundial" en casa del Duque de Madrid.

ANTECEDENTES.

Mundial está lejos, muy lejos de las luchas políticas que dividen a los pueblos. Tan lejos, que rara vez cede a la tentación de recoger el eco de una convulsión política, sea del país que sea. Pero ¡ay! que la política es dueña y señora de la actualidad, y aunque con ella no se tengan otras relaciones que el simple saludo, se impone a veces seguirle en sus vaivenes. Pero tampoco esta vez se trata de política. *Mundial* vive en París, y entre sus infinitas personalidades que aquí tienen su residencia habitual, figura el caudillo de un gran partido político, que ha luchado por tres veces consecutivas en los campos de batalla para obtener sus derechos, y ese caudillo es un príncipe de sangre real, un Borbón auténtico, hijo de reyes, descendiente de la rama borbónica que se desgajó voluntariamente a la muerte de Fernando VII.

Don Jaime de Borbón es una actualidad gráfica para *Mundial*. De su padre, Don Carlos de Borbón y de Este, heredó el ducado de Madrid, que aquél se adjudicó en el congreso de Londres, y los derechos a la corona de España, que llevan ya motivadas tres guerras. Nació Don Jaime, el 27 de Junio de 1870, en la quinta de Faraz, Vevey (Suiza). Desde la muerte de su abuelo Don Juan, los legitimistas franceses le reconocieron el derecho sálico, como al Delfín de Francia. Hizo sus primeros estudios en Passy, y luego en Inglaterra. Estuvo por primera vez en España, en Junio y Julio de 1894, burlando la vigilancia del gobierno. En 1896, fué nombrado, por el Emperador de Rusia Nicolás II, alférez del regimiento de Dragones de guarnición en Lubj. Pasó luego a la guardia imperial de Husares de Grodno, de guarnición en Varso-


via, y de allí pasó a servir en el Estado Mayor general ruso, de operaciones en la guerra de los boxers, distinguiéndose en muchas batallas. Actuó también en la guerra ruso-japonesa, mandando dos escuadrones de caballería, que operaban generalmente con otra fuerza igual mandada por Avasio Karagoevitch, hermano del rey Pedro de Serbia. En Rusia le sorprendió la muerte de su padre, y al heredar sus derechos políticos renunció al cargo, nombrándole entonces el emperador, coronel honorario de su propio regimiento de la guardia de Husares de Grodno.

Esta es la figura que *Mundial* determinó visitar en su casa de París.


EVOCACIONES.

El reporter's, previsor, había solicitado por escrito una audiencia... El príncipe Don Jaime de Borbón y de Este acababa de llegar de Roma, y la prensa española se había conmovido atribuyendo al viaje cierta trascendencia política, en razón a que el Vaticano, en la época de León XIII, había negado siempre beligerancia a Don Carlos de Borbón, padre del actual pretendiente a la corona de España. El hecho de que Pio X recibiera gustosamente a Don Jaime, causó una pequeña alarma, que los leales del rey se propusieron desvanecer, declarando que Pio X era amigo particular de esta rama de la familia borbónica, que residió largo tiempo en Venecia, antiguo patriarcado del Papa.

Una vez por culpa del «reporter's», asediado de nuevas informaciones, y otras por imposibilidad material de obtener la deseada entrevista, lo cierto es que ésta se fué aplazando, hasta que por fin, los buenos oficios del coronel conde de Coma, ayudante del príncipe, amigo fiel de la familia, a la



Ojeando "el Mundial", que
 han espereado esto' por todo
 la America española, me
 acuerdo de tantas compatriotas
 que ahí están luchando para
 conseguir el pan que en su
 Madre Patria no han podido
 ganar. A todos mando un
 Saludo pensando que esta
 hoja llegará a sus manos


 Jaime

París 6 de Mayo 1914.

Don Jaime de Borbón, en recuerdo de la visita de Mundial, tuvo la bondad de dedicarnos estas líneas, que nos honramos reproduciendo autográficamente. En el encabezado de esta hoja de papel compra lo que el fotógrafo no ha podido recoger: la corona real y las tres flores de lis que atestiguan la jefatura de la Casa de Borbón.

que siguió en el destierro después de la última guerra, decidieron el momento en que la curiosidad de Mundial penetrara en el suntuoso entresuelo de la avenida Hoche, donde habita el príncipe emigrado...

Cuando el conde de Coma anunció, que en breves instantes iba á encontrarse el «reporter» en presencia de Don Jaime de Borbón, vinieron á nuestra memoria los hechos más salientes que caracterizan la personalidad del príncipe. Toda una España, en

que riñen batalla la prosa encendida de liberalismo de Galdós y el lenguaje bordado de Valle-Inclán, respirando altanería y devoción tradicional. Galdós ha descrito en sus «Episodios Nacionales», la trágica epopeya que ensangrentó España en tres guerras civiles consecutivas. El padre de Don Jaime fué el candillo de estas guerras, contra los cristinos primero, contra los alfonsinos después, guerras que no respetaron el rincón más tranquilo de la península, que surgidas



Don Jaime de Borbón, con el uniforme de coronel de Húsares de Grodno (Guardia Imperial Russa).

en la montaña y batidas en el llano, se refugiaron en los peñascos donde se hicieron interminables. No hay rincón de Cataluña que no recuerde una defensa heroica, una entrada trágica; y los campos, en la provincia de Gerona, están salpicados de negras cruces

que hablan de horrores sin cuento, de exterminios crueles entre hermanos y compatriotas, entre padres é hijos.

La extinción de Don Carlos acabó las guerras. El partido carlista adoptó el nombre de jaimista, con el calificativo de tradi-

cional, y las nuevas fuerzas, desde entonces, se organizaron en las ciudades y en los pueblos. En las provincias de Valencia, en todas las Vascongadas y en alguna otra región española, el jaimismo cuenta con diputados á cortes, con senadores, con diputados provinciales, con concejales. La minoría parlamentaria tiene su verbo de elocuencia en el portentoso orador Vázquez Mella. No es el partido jaimista un partido de oposición como el republicano, pero el día que soplaran aires liberales por el Palacio de Oriente, lo sería, temible y amenazador. Hoy cuenta únicamente de reforzar su organización, de ponerse al frente de cualquier movimiento de tendencias religiosas.

Don Jaime de Borbón reside generalmente en el castillo de Frosthorfi (Austria) verdadero museo de la familia, en el cual flota el pendón morado de Castilla, símbolo de la raza.

Junto á un táliz de incalculable valor, que nuestro fotógrafo ha recogido admirablemente, se sentó el «reporter» en espera de Don Jaime. En la espera de los príncipes hay siempre buena compañía. Aparte de la del conde de Coma, disfrutamos de la del coronel de la guardia rusa, Mr. Eletz, el tipo del militar bravo y caballeroso. Tuvo el coronel Eletz á sus órdenes, durante la guerra de los boxers, al príncipe y Don Jaime, y es tanta la admiración cariñosa que siente por él, que en el curso de la entrevista, á no interrumpirle varias veces Don Jaime, él sólo hubiera hablado, para contar las proezas que en aquella guerra y en la ruso-japonesa llevó á cabo el príncipe español, que no desmintió el carácter heroico de la raza.

HABLANDO CON EL PRÍNCIPE.

El fiel criado Resti, un castellano leal á toda prueba, anuncia desde la puerta:

— El Señor.

Don Jaime de Borbón entra alegre y sonriente. Sus cuarenta y tres años le han dado la plenitud del vigor físico. Desembarradamente nos da la mano, se interesa por nuestra procedencia periodística y política, le convencemos sobre todo de esta última cosa con lealtad, que no parece tomar á mal, y...

— Pregúnteme, pregúnteme.

Esto dijo el príncipe, y el «reporter» lanzó una mirada de cariñosa reconvenencia hacia el conde de Coma, que había pasado el lápiz rojo de la censura en la lista de preguntas que llevábamos preparada.

Preguntar así, de improviso, no puede ser. Además, en esta clase de informaciones, la entrevista es lo de menos. Lo intere-

sante es la impresión personal, la nota gráfica. Por otra parte, la intervenció en un martirio maturo. Duele preguntar, y martiriza la respuesta. Y este conde de Coma que fue implacable en la cuestión del interrogatorio! No me dejó preguntar y lo digo? sobre la política religiosa, sobre la posible evolución del jefe monárquico Maura hacia el jaimismo, sobre las relaciones del príncipe con Vázquez Mella, sobre la alianza franco-española... Tratándose de interrogatorios, los aristócratas guerreros no tienen piedad.

— En cambio, para facilitarlos la entrevista, para serme amable, con el conde de Coma he contraído una deuda de agradecimiento...

— Hablamos pues...

— Sí, indirectamente se me ofreció la corona de Albania. Se me dijo, también indirectamente, que el gobierno francés estaba dispuesto á apoyarme. Conozco aquel país. He guerrado en fraternal compañía con un hermano del rey de Serbia... pero abandonar mis derechos sobre España para ir á gobernar un pueblo de salvajes ¿eso no!

— He ido á Roma, como casi todos los años, á visitar á mi hermana, la princesa Beatriz, y claro está, no podía dejar de visitar á Su Santidad. Pio X era amigo de mi familia en Venecia, donde hemos residido tanto tiempo. Le saludé, hablamos. Es un apóstol venerable, digno en todos conceptos de toda clase de respetos.

— ¿...?

— Sobre mi partido? ¿que quiere Ud. que diga de mi partido? Cuantos golpes haga me patearían pocos ante el entusiasmo de mis huestes, reorganizadas y dirigidas gracias al Marqués de Cerralbo, cuya conducta apruebo en absoluto. Me gusta la organización, y lo único que deploro, aunque lo juzgo necesario, es que entre en fuego para obtener puestos en el Parlamento. Allí no tenemos que hacer nada. El Parlamento es un centro de corrupción, donde se desperdician vanamente las energías...

— ¿...?

— Hace cuatro años realicé una excursión por España... Siempre que he ido allí — ¡nací en el destierro, en Suiza! — experimento una emoción extraordinaria. Es como el que vive separado de la novia, y es bien prohibido de verla, y un día la distingue de lejos...

A la evocación de su patria, la voz del príncipe, enérgica siempre, vacila.

— Cuando fué España — añade — me reconocieron únicamente aquellos que yo quise; me pasé por las principales ciudades; en Madrid me hice retratar en compañía de un

redactor de *Le Temps*, á la puerta del palacio real, estando la guardia formada; fui á Barcelona, asistiendo al mitin de las Arenas, de trágico final, y me encontré en el tirocoto entre jaimistas y radicales en la calle de Cortes. Frecuentemente, leo en la prensa que se señala mi presencia en cualquier punto de España... Y bien, ire cuantas veces quiera.

— ¿...?

— Hace tres años... Iba en automóvil, cerca de la frontera, en Irán. En la carretera, otro automóvil, en *panne*, me cerró la paso. Sus ocupantes parecía que habían simulado la *panne*, para que yo me detuviera. En efecto, envié el mecánico á ofrecerse... Dijeron que nada necesitaban, y de nuevo pusieron el motor en marcha. Ambos automóviles ¡ pasaron rozándose. Yo reconocié á mi primo, Alfonso de Borbón que me miró y me saludó docilmente.

Es la primera y última vez que le he visto. Timidamente, creyendo el «reporter» que no le oiría el conde de Coma, dijo á media voz:

— ¿Qué opina S. A. de la alianza franco-española?

El conde de Coma, interrumpiendo. — Habíamos convenido, señor «reporter»...

Don Jaime. — Cierto, yo no puedo expresarme libremente sobre este asunto. He de pensar que vivo en París, que no estoy en el caso de molestar con mis apreciaciones al gobierno francés...

El «reporter» no insistió. Indudablemente, Don Jaime de Borbón no es partidario de la alianza franco-española. ¿Por cuáles razones? Habrá que esperar á interrogarle en el castillo de Frosthorfi, en Austria.

El coronel Eletz ha salpicado esta tímida intención de intervenció, de curiosos rasgos anecdóticos sobre la vida del príncipe en campaña... Especialmente, dice, Don Jaime tiene un carácter volcánico, impetuoso, y

en China, lo mismo que en Mukden y en Port-Arthur, dió pruebas de su heroísmo. — Yañadía el coronel ruso!

— ¿Por qué? Rusia no es su patria. No debía aspirar á galones ni recompensas, porque no los necesitaba.

Don Jaime de Borbón se enlaza cariñosamente con el coronel, y le prohíbe que siga contando estas cosas.

Cuando se disponía el príncipe á escribir el autógrafo — con cuya publicación se honra *Mundial* — la intervenció llegó á su mayor apogeo, pero fueron notas confidenciales, sobre todo. Un jefe político en la emigración, es de los que llevan más duros destierros. No es el político perseguido por un proceso, sino el príncipe que espera su reivindicación, en una transformación total del Estado...

Circula en la prensa la noticia de la renuncia de Don Jaime.

«Mundial» oye de los labios del duque de Madrid lo siguiente más absoluto.

Escrita, comuesta y casi ya en máquina:

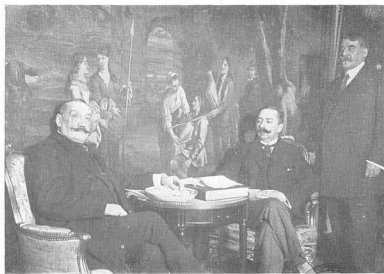
na la anterior informacion, nos vemos sorprendidos con el siguiente telegrama que publica la prensa francesa, bajo el título de: « Don Jaime renuncia á sus derechos á la Corona de España »:

« Madrid, 17 marzo. — Todos los periódicos se ocupan de la actitud de Don Jaime, heredero de Don Carlos, que renuncia á sus derechos á la corona de España, á favor de Don Alfonso XIII, asociando á sus partidarios que se sometan á la dinastía reinante. Se formaría un nuevo partido conservador, cuyo jefe sería el señor Maura. Se dice también que Don Jaime contraería matrimonio con una princesa de la casa de Coburgo. »

Ante este notición, verdaderamente insultado, nos dirigimos de nuevo á casa de



Don Jaime de Borbón, en su despacho de la Avenida Hoché, se sienta al objetivo del fotógrafo de *Mundial*.



En el salón de Don Jaime. Al fondo, un magnífico tapiz de incalculable valor. Grupo interesante: a la izquierda a derecha: el coronel Elitz, de la Guardia Real, hijo de Don Jaime, en las campañas de China y Mandchuria, amigo íntimo del príncipe, a quien acompañó en sus expediciones de París; Don Jaime de Borbón; y el coronel castaño español, conde de Coma, ayudante de campo del príncipe, a cuyo padre sirvió fielmente durante veinte años, y hoy continúa en el hijo su tradición legendaria.

Don Jaime de Borbón. El reporter de «Mundial» le encontró tranquilo, sonriente:

— ¿Qué le pasa al señor duque de Madrid? — le preguntamos.

— Como no sea una bronquitis, que me tiene poco menos que recluso en casa... no me sucede nada más de particular.

— Sin embargo... ¿el Señor ha leído los periódicos?

— Don Jaime se echó a reír.
— Ya supongo a qué viene Ud. Si, he leído en varios periódicos de París una noticia verdaderamente fantástica...

— ¿Y?...
— Pues que soy el primero que se entera.

— ¿De manera, que no hay renuncia?

— Es que no puede haberla, porque no se trata de derechos. De mi padre heredé deberes, y a los deberes no renuncia nadie. Además — añadió el príncipe — yo no podría abandonar a un partido, como el mío, de tan extraordinaria importancia. Ni para el presente ni para el porvenir he podido imaginar semejante renuncia. Ignoro el origen que pueda tener. Por lo que respecta a la prensa francesa, he telecionado

a los principales periódicos rogándoles que rectifican, diciendo: que Don Jaime no tiene derechos, sino deberes.

El «reporter» se atrevió a insinuar: — Es que suena mucho el nombre de Maura, el caudillo conservador, junto al de...

— Tengo con Maura — repuso el príncipe — las mismas relaciones que con Dato, el actual jefe del gobierno. En cuanto a nuevos partidos, no los concibo. Hay el mío que puede reforzarse con los elementos que vengan, pero nunca perder su carácter.

— Entonces ¿puede desmentirse la noticia en su totalidad?

— Completamente. Es tan absurda, que el *Correo Español*, órgano nacional del partido tradicionalista, se apresuró a desmentirla sin aguardar instrucciones mías. Es un lío, una fantasía que no comprendo.

Reiteramos a don Jaime de Borbón el agradecimiento de «Mundial» por sus deferencias, y nos despedimos.

DIEGO SEVILLA.



LA DESPEDIDA

Es preciso partir, Madre, me voy.
Cuando en la pálida obscuridad del alba triste, vendas tus brazos hacia mi cama, yo te diré: «Tu hijo se ha ido.»
Madre, me voy.

Me suspiras en una delicada corriente de aire para acariciarte, rizaré el agua en que te bañes, y una y mil veces te besaré.

En la noche tempestosa, cuando la lluvia se empape en las hojas y promueve un susurro tenue, oírás el murmullo de mi voz junto a tu cama, y mi risa te llegará con el relámpago, a través de la ventana abierta de tu cuarto.

Si estás desvelada pensando en tu hijo, desde la altura de las estrellas te cantaré: «Madre mía, duerme». Montado en los rayos errantes de la luna llegaré a tu cama, y me reclinaré sobre tu pecho mientras duermas.

Seré un ensueño, y me disimularé en tu interior, entrando por tus párpados entreabiertos, y al despertarte y volver la vista ausitada en torno tuyo, será un pequeño insecto voluminoso que despida chispas en las tinieblas.

En la gran fiesta de *Jayá*, cuando los niños de la vecindad vengan a jugar en torno de la casa, me incorporaré a los sonidos de la flauta, y durante todo el día resonaré en tu corazón.

Mi tía querida, al traerte los regalos de *Jayá*, te preguntará: «Hermana ¿dónde está tu hijo?»

Y tú, madre mía, le dirás: «En las pupilas de mis ojos, en mi cuerpo, en mi alma.»

EL ORIGEN

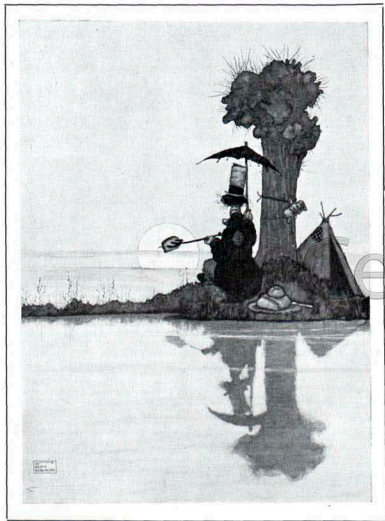
— ¿De dónde vine? ¿en dónde me recogiste? — preguntaba el niño a su madre.

Y entre risas y suspiros le contestó, oprimiéndole contra su pecho:

— Estabas escondido, como mis deseos, en mi corazón. Estabas con las muñecas de mi infancia, y cuando con barro moldeaba la imagen de mi Dios cada mañana, eras tú el que hacías y deshacías por placer. Estabas en el mismo altar que nuestra divinidad familiar. Adorándola, te adoraba a ti. Has vivido en todas mis esperanzas, en todos mis amores, en mi vida, en la vida de mi madre. Te has nutrido en la devoción del Espíritu inmortal que nos preside. Cuando era joven y soltera, mi alma abrió sus pétalos como un perfume, al rededor del cual flotaba tu espíritu. Tierno y débil florecías en mi interior, como una luz en el cielo antes de nacer el sol. Favorito del cielo, hermano de la luz matinal, flotaste en la corriente de la vida universal, para caer, por último, en mi corazón. Cuando te contemplé, me asalta el misterio. Tú perteneces a todo lo que es mío. De miedo de perderte, te oprimí contra mi pecho. ¿Qué prodigio misterioso permite a mis débiles brazos ceñir el tesoro del mundo!

RABINDRANATH TAGORE.

AL CALOR DE LAS IDEAS



Un poeta, enamorado del sol, utiliza sus primeros rayos para tostar un pollo. Que este poeta es inglés, no cabe duda.

(The Sketch.)



Visiones pasadas

Por RUBEN DARIO

Ilustraciones de PARYS

La Marea

Una vaga tristera flota en la costa extensa y solitaria, cuando baja la marea. El agua de la bahía panameña se retira á largo trecho. Los muelles aparecen alzados sobre sus cien flacas piernas de madera. La playa está cubierta de un lodo betuminoso y salino, donde resaltan piedras deslavadas y aglomeradas conchas de ostras.

Las embarcaciones, quietas, echadas sobre un costado, ó con las quillas hundidas en el fango, parece que agarrárense en creciente que ha de sacarlas de la parálisis. A lo lejos, un cayuco negro semeja un largo y raro carapacho; sobre una gran canoa está, recogida y apretada entre cuerdas, la gavia. Agrupados como una quieta banda de cetáceos rojos y oscuros, durmitan los grandes lanchones. Un marinero ronca en su chalupa. Las balandras ágiles aguardan la hora del viento.

Los boteros y chumecas arreglan sus botes y sus pangas chatas. A la orilla del mar, los pantalones arremangados sobre la rodilla, apoyado en un remo, un chileno robusto canta entre dientes una zamacueca. Empieza á oírse el apagado y suave rumor del agua que viene. Suena el aire á la sordina.



La primera barca que ha recibido la caricia de la ola, cabecea, se despierta, vuelve á agitarse, curada de la nostalgia del movimiento. De allá, de donde vienen los chinos pescadores, sale, al viento la vela radiada, un juncó ligero. Cual si se viniese desenrollando una enorme tela gris, avanza la marea, trayendo á la playa su ruido de espumas y sus convulsivas agitaciones. 卍卍卍

El vagido del mar aumenta, y se eye semejante al paso de un río en la foresta. Es un vagido continuado, en un tono opaco, tan solamente cambiado por el desgarramiento sedoso y cristalino de la ola que se deshace.

¡Canta en voz baja, pon tu órgano á la sordina, oh, buen viento de la tarde! Canta para el mastus que partirá para un largo viaje, cuando alegre el agua azul la armoniosa visión de un blanco vuelo de peletas. Canta para el pescador que tenderá la red; y canta para el remero negro, risueño y de grandes gestos elásticos; canta para el chino que va á pescar, todavía con la divina modorra de su poderoso y sutil opio. Y canta, mientras la marea sube, para los viajeros, para los errantes, para los pensativos, para los que van, sin rumbo fijo, tendidas las velas, por el mar de la vida, tan áspero, tan profundo, tan amargo como el inmenso y misterioso océano...

A una Bogotana

(Pasillo en prosa.)

El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals. Vea usted cómo aquellos dos enamorados pueden llevar el compás, en medio de la más ardiente conversación. El dice que los lindos ojos de una mujer valen por todos los astros, y los lindos labios por todas las rosas. Como ella quiere demostrar lo contrario, le mira con los bellísimos ojos suyos, le sonríe con sus infatigables labios, que son en un todo iguales, á aquellos con que la señorita de Abril dió el primer beso al caballero de Mayo. El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

¡Oh, sí, sí! La fuerza de una pasión es mayor, por infinitas veces, que el empuje de ese enorme y poderoso Tequendama. ¿Usted conoce la catarata?

Dicen que sus aguas saltan de un clima á otro. Que allá abajo hay palmas y flores; que arriba, en la roca que conoció la espada de Bolívar, hace frío. ¡Qué delicia estar allá abajo, señora, dos que se quieren! La soberana armonía de la naturaleza pondría

un palio augusto y soberbio al idilio. Al ruido del salto no se oírían los besos. ¡Idilio solitario y magnífico! ¿Sabe usted, señora, que tengo deseno de que se casen dos amables solteros al comenzar á florecer los naranjos? Efraim Isaacs con Edda Pombo. ¡Qué envidiable pareja! ¿Está usted agitada? El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

En cuanto las heridas alas de mi Pegaso me lo permitan — heridas ¡ay, por dolores hondos y flechas implacables! — iré, señora, á la Via Láctea, á cortar un lirio de los jardines que cuidan las vírgenes del paraíso. Al pasar por la estrella de Venus cortaré una rosa, en Sirio un clavel, y en la enfermeza y pálida Selene una adelfa. El ramo se lo daré, á una suave y pura mujer que todavía no haya amado. La rosa y el clavel le ofrecerán su perfume despertador de ansias secretas. El lirio será comparable á su alma cándida y casta. En la adelfa pondré el diamante de una lágrima, para que sea ella ofrenda de mi desesperanza... Bien se conversa al compás de esta blanda música. El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

Conque ¿se va? ¡Feliz, muy feliz viaje! Así sucede en la vida. ¡B! ¡Alba, que abre los ojos en una diana de lirios, dura un momento; dichoso el monje que oyó, por largos siglos, cantar al risueño de la leyenda. ¡Adiós, golondrina, adiós, paloma!... Pero ¿quiere hacerme un dulce favor? Cuando llegue usted á su gigantesco Tequendama, deshoje, á mi memoria, la flor que lleva en su corpiño, y arrójela en las locas espumas que allá abajo, sobre las rosas, junto á las palmas, hacen temblar sus iris... El pasillo, señora, hermosa niña, es como un lento y rosado vals.

La virgen negra

Havre.

En Normandía de Francia, yendo del Havre á Orcher, se encuentra un pueblcito coronado por una bella estatua de la virgen. Llaman á este divino icono « La Virgen Negra ». ¡Quién rimase latín de himnos y secuencias, para hallar una cuenta de oro que agregar al rosario precioso de las letanías! La virgen está en bronce, en un lugar alto; domina el mar y el campo.

El zócalo de su estatua está vestido de verdura, por una fresca invasión de enredaderas. La Virgen Negra es patrona de los marineros. Desde su trono de piedra muestra

suñiño Jesús al mar; y por ella, muchos hijos de pescadores ven llegar á la casa pobre, después de las tempestades, blancas barbas chorreando agua salada.

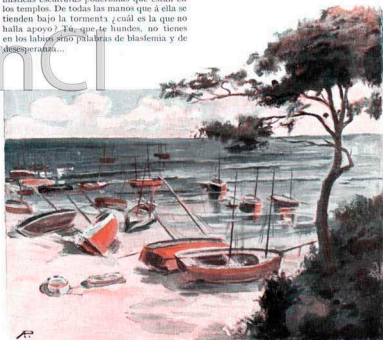
¡*Maria Stella!* La estrella del mar tiene al Dios hijo en los brazos. ¡Orgullosa con su delfín, franceses! Esa reina de la Francia cede, en su maternidad, es la que libra de los vientos y de las rocas vuestras barcas, y la que hace madurar vuestras uvas, que dan la sangre y las danzas. Vosotros, campesinos de Orcher, marineros del Havre, sabéis hacer su fiesta con el canto de los campanarios, los cirios nuevos y las ofrendas florales.

Ella, que es estrella de la mañana, es también el faro, la estrella de la noche. Cuando el sol se va, queda su sol sublime. ¡*Stella Vespertina!* Encarnada en el más duro de los metales, ha puesto en él su enternecimiento y su gracia. Así esa gran Virgen, formidable en su bronce, tiene el propio encanto, la misma humildad materna de las vírgenes delicadas de los lienzos, y de las místicas esculturas policromas que están en los templos. De todas las manos que á ella se tienden bajo la tormenta ¿cuál es la que no halla apoyo? Tu, que le hundes, no tienes en los labios sino palabras de blasfemia y de desesperanza...

El milagro existe. El milagro lo cuentan pescadores cansados, donadores de vientos. El que no cree en el milagro, no ha rogado nunca en una inmensa desgracia, no ha tenido jamás el momento de pedir llorando, con el alma, un algo de su piedad y de su dulzura á la madre María. Ella tiene siempre la sonrisa de sus místicos labios. Ella tiene á cada instante el gesto de salvación, la mirada de aliento, lo que anuncia á Behemot, y lo que detiene á Leviathan.

Su hermosa cabeza imperial y maternal se mueve entoldada por un zodiaco de virtudes. La ola enorme del mar que ella tiene á sus pies, no hace su obra brutal si ella la mira. Cada bruma le reza, cada espuma le canta. El vago y fugitivo iris tiene siempre, para el que pase, listo su puente. Las gaviotas vuelan al rededor de la media luna que ella pisa.

— Madre María — dice la golondrina — ya volví de la tierra de Africa. —

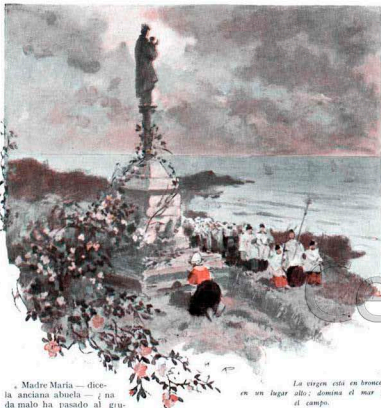


Las embarcaciones, quitadas, echadas sobre un costado, á con las quillas hundidas en el fango...



— Iré, señora, á la Via Láctea, á cortar un lirio de los jardines que cuidan las vírgenes del paraíso. Al pasar por la
a una suavec y pura mujer

estrella de Venus cortar una rosa, en Sirio un clavel, y en la enfermita y pillida Selene una adelfa. El ramo se lo daré,
que todavía no haya amado.



« Madre María — dice — la anciana abuela — ¿ no da malo ha pasado al guimete? »

« Madre María — dice una piroposa blanca — la niña rubia que aguarda el novio, te está tejendo una guirnalda de rosas rojas. »

Y en el campo cercano, más allá de las « villas », donde los árboles se ven recortados como los encajes, está el hombre rural, que ama su fuerte buey y su caballo normando.

El ruega también a la Virgen Negra de Harfleur por la cosecha, por la felicidad de la campiña, por la flor y el fruto. Ella, la Madre, escucha asimismo la plegaria del cultor.

Quizá tuviere alguna pequeñita predilección por las gentes del mar, porque... ¡ pasan por tantos peligros! van tan lejos! son tan

La virgen está en bronca, en un lugar alto; domina el mar y el campo.

bravos y serenos, y cantan tan alegres canciones! Mas no, ella es la misma para todos.

Bajo su manto de oscuro metal se agrupan todas las oraciones. ¿ Son muchas? El manto crece, se agranda, se agiganta. ¿ Son más? Crece tanto como si fuese el mismo cielo azul, constelado de gemas siderales. Allí cabe todo lo creado. Allí encuentra abrigo la plegaria de la humanidad, y el Angelus que reza cada crepúsculo de la tarde, el alma del mundo.

Suben oración

Pascua de Resurrección

Por J. MUÑOZ SAN ROMAN

Ilustraciones de VAZQUEZ-DIAZ

El día de la Pascua de Resurrección. Por el tomillar vuela el viento, tan tibio como si llevara la caricia de un rescoído. Cristallino está el cielo, y las voces de las campanas repiquetedoras mueven el alma á una infinita alegría.

El almendro se ha vestido con sedas de la aurora, y la fuente con la plata más rica.

A prima tarde llega Consuelillo á la fuente, llevando ropas que lavar y un cantarillo que llenar del agua dulce.

Los claros chorros de la fuente, y los pajarracos que revolotean al redor de las frondas, hacen música.

Y el cantar apasionado que nace del pecho de la rapaza, se acuerda con los trinos de las aves y con los rumores de la fuente.

Muy atenta á su trabajo está la niña, y más lo estuviera de poder olvidar al pastorcillo que, con ganado trashumante, ronda por estos días el pueblo.

Con la tarde del sábado llegó el pastorcillo: es media semana, y aún quedan hierbas en estos prados para las ovejuelas que guía. Periquín se llama, y ningún otro mozo se le iguala en donaire, en regocijo y destreza.

Consuelillo le había visto pasar á su llegada, y á él acompañó sus pensamientos en las noches. Y tampoco en el día le fuera dado poderle olvidar.

Pensando en el muchacho está la niña, mientras pone á solear, sobre la azul túnica de los tomillos en flor, la ropa blanca que han lavado sus preciosas manos.

Cuando una música de flauta vino de lo lejos, en los aires perfumados y acariciados. Como un pajarrico con anhelos de volar por los campos, estando preso entre duradas rejas, así el corazón de Consuelillo salta en el pecho adoloroso.

Que es la música del pastor la que suena, y es el pastor alegre quien el sueño le espanta, y quien tiene cautiva su memoria. Cuando Periquín se alza vigoroso y apuesto sobre las margaritas que festonean el portillo, la niña se enciende, y no acierta á hacer ninguna cosa sino reír y más reír.

El muchacho la mira y queda suspeso. No habían visto sus ojos otros ojos más tocados de ingenuidad, ni otro tallo más lleno de gentileza, ni otra cara de niña más rica en gracias y dulzura.

Pocos instantes pasan para que exclame el zagal: — Que te guarde Dios, buena moza.

Y menos para que ella le responda: — Y á tí, que también te guarde.

Son estos primeros momentos de rubor y cortedad.

Pero ¡ ay! el amor que guía á las almas, en menos tiempo que tarda el fuego en prender, llegado agosto, en la brizna del trigo, las acerca y comunica.

Y así no tardan los muchachos en platicar:

CONSUELLILLO. — Pero tú ¿ de dónde vienen que no te conosco, y parece que siempre te ví?

PERIQUÍN. — De ayá arriba, muy arriba.

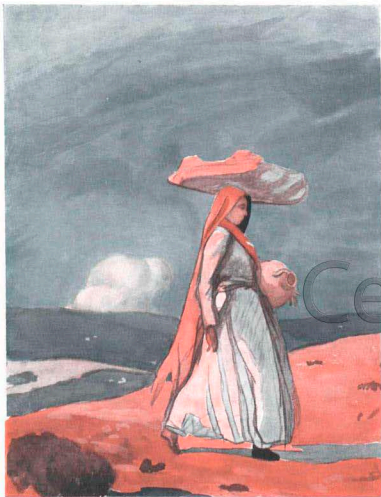
CONSUELLILLO. — ¿ De los montes?

PERIQUÍN. — Más ayá de los montes... Ni yo mesmo sé. Desde chico vengo andando.

Me gente me dió al amo de las ovejas, y me echó á andá. Eso fué cuando te conocí... ayá arriba.

CONSUELLILLO. — Yo siempre estuve en lo jondo.

PERIQUÍN. — Porque tú lo dices, pero yo bien que me acuerdo de aquer día... Era la fiesta en mi pueblo, tan claro como el agua y tan arto que casi ar cielo llega... Los mosos te llevaban, atrodá de flores y de luces



A prima tarde llega Consuelillo a la fuente, llevando ropa que lavar y un cantarillo que llenar del agua dulce.

encima de un paso. Tocaba el tamborileo, locas se gorgiaban las campanas... ¡ talán ! ¡ talán ! ¡ tulin, tulin !... y unas cosas de fuego subían justa las nubes, y caían jechas estrellas.

CONSUELILLO. — *(Con perplejidad)*. Y eso fué...

PERIQUIN. — El día de la Patrona, y eras tú con corona de plata la que paseaban los moscos...

CONSUELILLO. — *(Sin salir de su perplejidad)*. ¿ Pero yo con corona ?

PERIQUIN. — Y con un manto azú como ese mesmo cielo... Cuando fué otro día comencé á andá, y no he parao nunca... pero dejádotte atrá te encuentro ahora de-lante...

CONSUELILLO. — Eso es que yo eché á andá primero por el mesmo camino...

PERIQUIN. — Eso es que Dió quiere que yo tenga alegría...

CONSUELILLO. — Lo que también dice mi agüelo: pero cuando el agüelo lo dice se echa á llorá...

PERIQUIN. — Por que se piensa morí, y los ojos no quieren morirse...

CONSUELILLO. — *(Interrompiéndole, con aflicción)*. Dió no lo querrá...

PERIQUIN. — Como él no lo sabe y espera morirse... llora porque no quiere perderle...

CONSUELILLO. — Y también á mí me dan ganas de llorá...

PERIQUIN. — Cuando hay sol y hay flores, á mí me entran ganas de reír...

CONSUELILLO. — Pero si el agüelo llora, es que está encima la noche, y er campo sa secan...

Comienza á anablarse el sol, y un fuerte viento agita las ramas de los árboles. Una tormenta avansa y comienza á tronar. Los relámpagos se suceden. Cuando el viento sopla y el sol se ambla, los muchachos se ponen sombríos. Se miran con algún estupor, y ella exclama:

CONSUELILLO. — ¿ Qué es eso ? ¡ Dios mío ! ¿ Hoy tormenta ?

PERIQUIN. — *(Con contrariedad)*. Dió no quiere que dure mucho la alegría. No te asombres tú... Es tiempo de Pascua y de fiesta... Por este tiempo pasan las tormentas como nube de verano. No temas, gloria...

CONSUELILLO. — *(Con tristeza)*. ¡ Y el agüelo en la casa solo ! ¡ Pobrecito mío !

PERIQUIN. — No es menesté que los cuerpos estén juntos, pa' que los corasones se hagan compañía... También se acompaña uno con er pensamiento, y tu agüelo está pensando en tí...

CONSUELILLO. — Y vendría á buscarme, si no tubié secos los ojos de la cara...

PERIQUIN. — Mia tú ¡ justa que no te he comosía, yo estaba hermanao con una estrella mu clara que sale al anochecé...

CONSUELILLO. — La más bonita del cielo...

PERIQUIN. — Justa que er sueño no me rendía, la tenía yo clavá en los ojos, y cuando las claros del arbo bortraban al lusero, se me juía de los ojos, pa' meterse me mi adentro en esta cabeza loca... *(Truena y relámpagos)*.

CONSUELILLO. — ¿ Qué ensima está la tormenta ?

PERIQUIN. — No te apures tú. Aquí no caen rayos... *(Ella llora)*. ¡ Ay, Dios mío ! que me lloran esos ojos tan claros como la estrellita con que me hermané !... *(La estrecha junto al pecho)*. Si algún rayo que me matará á mí, que soy feo, pero tú eres mu hermosa, y se apagaría en cuanto te

viera...

CONSUELILLO. — Tengo frío, y me voy á morí...

PERIQUIN. — ¿ Frío tú, que eres sol ? ¿ Frío tú, que eres como las candelas de S. Juan ? Aquí está mi corasón que arde, y mis ojos que echan llamas. Ya quisieran tené tu vía toas las flores der campo...

CONSUELILLO. — Y es verdad que resusita tu caló... y espantas á la muerte... *(Con alborozo y con ternura)*. ¡ Qué bueno eres, zagá !

PERIQUIN. — Mia como la tormenta pasa como er viento...



Periquin se llama, y ningún otro modo se le iguala en donaire, en respeto y destreza.



¿Dios te salve, María?

CONSUELLILO. — Mu lejos va tronando...
(*Se oye la tormenta como un rumor*).

PERIQUIN. — (*Con alegría*). Y mira er sol como otra ves alumbra...

CONSUELLILO. — Otra ves er sol. (*Con regocijo*). ¡ Bendito sol de Pascua!

PERIQUIN. — Así n que güerva la tormenta, como yo lo desoco... pa que tú esté alegre como los pájaros.

CONSUELLILO. — Y la muerte no nos amenase...

PERIQUIN. — Y rías tú...

CONSUELLILO. — Como tú tocas...

PERIQUIN. — Mejó que yo toco... (*Suenan las esquitas como de una piara de ovejas que corren presurosas*). (*Vocándelas*). ¡ Pericona! ¡ Estreyá!... Corren las ovejas como si volaran... Cuando se va la tarde, ellas corren al redi...

CONSUELLILO. — Y yo también corto con el agüelo.

PERIQUIN. — Como la oveja que se pierde, y da con el amo...

CONSUELLILO. — Y al otro día se güerve á perdé...

PERIQUIN. — Y yo la encontraré con er sol, juntito á la fuente...

CONSUELLILO. — Mañana gorverá la oveja...

PERIQUIN. — Y yo gorverá á ser sol por tí encendio... (*La muchacha recoge la ropa y el cántaro. Suena la campana del Angelus. Entrambos se inclinan reverentes*).

CONSUELLILO. — A oración tocar...

PERIQUIN. — La noche va á vení...

LOS DOS (*rezando*): El ángel del Señor anunció á María, y concibió por obra del Espíritu Santo... ¡ Dios te salve, María!...

J. MUÑOZ SAN ROMAN.



Por José GARCIA VELA

Mención especial de nuestro Concurso de Cuentos.

Ilustraciones de FALGAS



HABIA muerto don Ramón cuando menos se esperaba, casi súbitamente. Así fué de honda y dolorosa la impresión que el suceso causó en el pueblo. Parecía, por el silencio, que el perfume de la muerte había entrado por igual en todos los hogares de Pinedo, un pueblo menudo, ignorado, de la brumosa Asturias. ¡ Pobre don Ramón! ¡ Cómo se le quería en todas partes! ¡ Cómo se le respetaba! ¡ Cómo y de qué manera tan sincera y profunda se agradecían sus palabras, siempre inflamadas de paternal cariño! Porque don Ramón parecía en Pinedo el padre de todos, ó acaso el abuelo, ó quién sabe si algo

más grande y santo todavía. Era, por lo menos, en el concepto de todos, y aunque nunca se hubiesen parado á pensar en ello, mucho más venerable que el párroco, que, aunque cumplidamente bueno, pacífico y cariñoso, no lograba rodearse de aquel suave resplandor de santidad que envolvía la nevada cabeza de don Ramón, ni su voz vertía aquel inefable y fresco chorro de amor, con que don Ramón solía apagar la sed de consuelo de sus convecinos; pues no sólo como mélico que era curaba los dolores y lacerias del cuerpo, sino que también sus palabras, consejos y advertencias servían de bálsamos ó unturas suavísimas á los

grandes y agudos dolores del espíritu. Por eso, a don Ramón se le consultaba de todo con la misma fe: del cuerpo y del alma.

¿Era pues extraño que, el día de su muerte, el llanto nublaste todos los ojos, y el dolor apresase con su pesada mano de hierro todos los corazones? Aquel día nadie trabajó, cerráronse todas las puertas, y sobre el humilde y catapésimo Pinedo flotó algo así como una espesa niebla, que era, á no dudarlo, el blanco lienzo en que el triste lugarrejo se envolvía para enjugar su llanto.

Don Ramón naciera allí mismo, en aquel oloroso y dulce rincón del mundo donde ahora había sonado el último latido de su corazón. En su más iluminada edad recibió, emocionado y tembloroso, como unas órdenes sagradas, el título de licenciado en medicina, y desde entonces no pensó más que en el prójimo, en el dolor de la humanidad, y en la otra vida, en la perfecta. No sintió jamás el más leve deseo de abandonar el dulce pueblo nativo; para él, allí estaba todo lo que se unía á su alma por los invisibles y audientes hilos del amor, todo lo que alimentaba la paz y el bienestar de su espíritu, y allí arraigó dedicado al bien corporal de sus semejantes, y al espiritual, siempre que la ocasión lo demandaba; y tal maña se dió en restañar heridas inmateriales, que por santo se le tuvo.

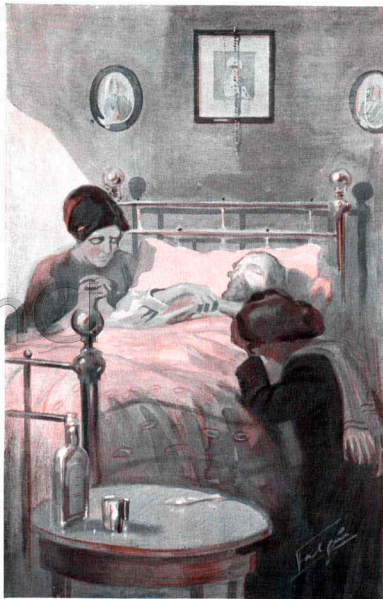
Andando los años, logró reunir en torno á su mesa, una mesa humilde, hasta una docena de discípulos. Había en él amor bastante para todos, y si el caudal no daba para doce panes, daba bodagamente para seis, con los que don Ramón se creyó feliz, pues no era para él cosa de gran virtud el excesivo regalo del cuerpo. Más tarde, la vida con sus garfios, que son las adversidades y las dolencias, fué arramándole del hogar paterno: alejando á unos á extrañas y vírgenes regiones americanas, hundiendo á otros en la eterna noche de la muerte. Y fué, entonces, cuando empezó á verse, de una manera más clara y precisa, aquel don de santidad que don Ramón poseía en tan alto grado. Cayeron sobre su casa, una tras otra, as pesadas y oscuras mazadas del infortunio, sin que á sus labios asomara la más pequeña quejumbre, ni de sus ojos azules y serenos se apartase jamás la dulce sonrisa de la bondad. Y tal prisa se dió la fatal agudadadora en segar vidas, que, en pocos años, la

familia de don Ramón redujese á dos personas: su hija Rosario y Antonia, la vieja criada, que como de la familia era ya, y tan ama de todo y tan cuidadora de la exigua hacienda, á oin más que el propio don Ramón, el cual había dejado en sus ancianas manos el gobierno de aquella casa tan vieja y caduca.

¿Cuál no sería el dolor y la desesperación de aquellas dos tristes mujeres, el día que vieron cerrarse para siempre los ojos de don Ramón? Corría de los suyos el llanto en abundancia abrasadora; crispábase de dolor sus manos, y veían que una noche espesa y eterna se cernía sobre sus almas, achicadas y humedidas como humildes avezenetas presas de espanto. El mundo ante ellas, sin amparo y protección de su padre y señor, magníbaseles ancha y altísima día que avanzaba, elevándose hasta caer desplomado, arrolladora, sobre sus débiles cuerpos. Y así, no atinaban á comprender, que llegase día en que la calma se hiciese dentro de sus agitados corazones.

Ellas, tan hechas á vez como iban desgañándose, hoy una, mañana otra, todas las ramas de aquella copulenta encina, no se habían parado á pensar que un día Dios sabía cual, el pendiente de un rayo partiría en dos, abrasándole, dando fin á todo el tronco robusto y añoso. Y así fué. Una tarde, don Ramón sintió un dulce malestar. Buscó el lecho y, á la mañana siguiente, muy al amanecer, cuando sonaban los primeros trinos en los florecidos pomares de Pinedo, apagóse la santa lucecita de sus ojos, palidicieron sus labios, y helóse para toda una eternidad su frente amplia y serena, que era como una cumbre nevada.

Durante algunos días, vió Rosario, riéndose de agradecimiento, cómo la casa se llenaba de gente, y cómo en todos los ojos parecía vivir el propio dolor de su alma. Y sintió en su interior ensombrecido algo balsámico y perfumado que ella no acertaba á explicarse, pero que era, sin duda, cosa muy semejante al consuelo. Después fueron escaseando las visitas: las horas de soledad



—Helóse para toda una eternidad su frente amplia y serena, que era como una cumbre nevada.

eran más largas, más grande é intensa la tristeza de todo. Siguió la vida su marcha natural y monótona, y fué entonces cuando Antona y Rosario se dieron cuenta de la desgracia que sobre sí había venido, como una montaña que se desgajase; fué entonces cuando empezaron á sentir en torno suyo la más negra y espesa amargura, el más aterrador silencio, el más hondo espanto. Parecía como que la vida se había agotado en aquel antiguo y casi ruinoso caserón. No se percibía el más ligero rumor. Nada turbaba el religioso silencio de las grandes habitaciones, que, mudas y sombrías, meditativas, parecían haber cerrado los ojos para tender su vista, interiormente, sobre un pasado venturoso. Y sintiéndolo así, pero sin acercarse á comprenderlo, Rosario y Antona no osaban alzar la voz, como si temieran interrumpir el sueño de un enfermo.

Era la suya una vida triste y apagada. Muerto don Ramón, parecía que su vida era innecesaria, sin objeto, y pensaban — á su manera, con otras palabras — que la muerte no había procedido con lógica dejándolas en el mundo, cuando el único fin de su existencia era, indudablemente, el cuidado y amor de aquél que habían perdido para siempre. Así pues, no encontraban en qué faenas emplear las horas interminables de los días, y esperaban afanosamente las primeras sombras de la noche para acercarse á las dulzuras del sueño, que era para ellas como un puerto de refugio, único alivio á las tormentas de sus almas medrosas y temblorosas. Durante el día, apenas salían del dormitorio, que era una habitación grande y desatralada, pues el espanto las hacía unirse y estrecharse en forma tal, que parecía la una la sombra de la otra, y para su vida pequeña y triste, era campo sobrado aquella habitación oscura de viejos y caducos muebles.

Una tarde, tras varias é infructuosas tentativas, aventuráronse á hacer una excursión por las mugas y frías habitaciones de la casa. Iban en silencio, unidas, medrosas, con el corazón oprimido y la respiración anhelante. Era todo helada soledad, abandono y muerte. Parecía que llegaban de un largo viaje, encontrando la casa solitaria y sombría, con un ligero polvo sobre todas las cosas, y que era ahora todo más meditativo, más triste, más viejo y caduco, tal

como si, en lugar de días, hubiesen transcurrido años. Al abrir las puertas, un lento y agrio rumor de los goznes hacía pensar, que un largo tiempo de quietud los había empujado, y era su voz tan agorante y misteriosa, que Antona y Rosario sentíanse tomados de un mudo espanto, de un profundo temblor. ¡ Cómo había quedado todo! Como si don Ramón transmitiera á toda la casa algo de su ser, de su vida, de su alma, veíase ahora, después de su muerte, que todo yacía como muerto ó tallido, sin expresión ó perfume. Y entonces, tornó á avivarse en ellas la llama del dolor; y de nuevo, el fuego de las lágrimas fué abriendo surcos en el rostro tenso y pálido de Rosario, y en el rugoso y temblante de Antona. Y era que los recuerdos florecían á la vista de aquellos ancianos y amados muebles, que parecían mudas y pesadas tumbas en el silencio de la vieja mansión.

Cuando llegaron al que había sido dormitorio de don Ramón, hubieron de aproximarse más á sí mismas, como buscándose apoyo: tal flaqueaba, tembloroso, el sustento de sus pies. Parecían imposible, que pocos días antes le hubiesen sacado de allí, rígido y frío, para no tornar jamás. Creían sus almitas humildes, que andaban metidas en la espesa negura de una emerja pesadilla. No podían pensar que la realidad fuese tan espantosa; y llegaron á abrigar la esperanza de que, al abrir los ojos, al despertar, todo se desvanecería como una niebla sutil, y tornaría la paz á sus espíritus. Porque ¿ cómo era posible que no volvieran á oír los pasos lentos y pesados de don Ramón, á lo largo del oscuro pasillo? ¡ Cómo, que su palabra se hubiese apagado para nunca más sonar?

Hallábanse en este punto íntimo y ardiente de sus meditaciones, cuando Rosario, con voz emocionada, de confesión, dijo: — Antona, hay que cambiar esto, los muebles, hay que borrar lo pasado.

Antona estremecióse ligeramente, como si un intenso escalofrío la hubiese cogido de los pies á la cabeza. ¡ Cambiar aquello! Y sus ojos se hicieron grandes, claros, brillantes, como ojos de locura; y trastornar toda la casa, arrancar los muebles de donde siempre habían estado! No, no era posible. Rosario, por fuerza, había perdido la razón; pues Antona pensaba que aquello que Rosa-

rio proponía, era cosa muy semejante á poner fuego á la casa, á destruirla todo. Era preciso respetar la memoria de los muertos, y conservar todas las cosas en el lugar que siempre habían ocupado, y dejarlas así inmóviles, como si el tiempo se hubiese detenido, por todos los días de la vida, hasta que la muerte acabase con ellas dos, que eran las últimas ramas, tristes y marchitas, débiles, sin amparo, de aquel árbol copudo y frondoso en tiempos pretéritos y felices. ¡ Después, que el demonio se lo llevase todo! Pero hasta entonces, no... Era una locura, aquello de sacar las cosas de quicio. Era algo así (según pensaba Antona) como querer colocar en sitio distinto del que ocupaba el pico de Sueve, un monte abrupto y roqueño, en cuyas faldas verdes y floridas descansaba, blanco y apacible, el lugarejo de Pinedo.

Sin embargo, no atendió Rosario las prudentes y sentimentales razones de Antona, que se atormentaba, como los gatos, por demás regalones y caseros, con sólo pensar que aquel quitar y poner de muebles había de convertir la casa en desconocida, fría é inhospitalaria; y una tarde, una mala tarde, en las horas tristes y espesas de la siesta, cuando el silencio es más hondo, dióse comienzo á la terrible labor, que era á juzgar por las lágrimas de Antona, copiosas é incansantes, un verdadero cataclismo dentro de la paz y monotonía de aquella casa.

Empezóse la obra por el cuarto de don Ramón, aquel cuarto que tan semejante era á una celda, si no por el tamaño, por la castidad y desnudez de las paredes, por la soledad del lecho, por el viejo reloj, largo y hermético, por la librería de pino con sus ancianos y amarillentos volúmenes. Era una labor sorda, triste, entulada. Las viejas arcos de oscuro roble, al ser arrastradas sobre el tallado lustroso, sonaban como atalades. Y las horas quejumbres de la vieja criada acababan de dar la impresión de que aquello era, no mudanza sencilla y pasajera, sino entrambramiento definitivo de algo invisible é impalpable, pero amado y familiar. Y tal maña y prisa se dieron en ir y venir, quitar y poner, que en breve tiempo todo estuvo fuera de su lugar, y tan otra y extraña la casa, que ahora lo ve, el paso, todo tenue rumor tomaba una insólita resonancia, como si la casa hubiese quedado vacía y deshabitada, sin alma, sin perfume.

Antona, abrasados los ojos, oprimido el pecho, paróse un punto á contemplar el cuarto del amo, y vió que de la pasada vida no quedaba cosa alguna, ni el recuerdo que parecía haber huido al remover los muebles, como el ligero polvo que la quietud y los años fueron depositando en las apartadas molduras y en los estantes lejanos. — ¡ Ay, Señor!

••

A la tarde, cuando comenzaba el silencio del crepúsculo, y la luz violeta entraba por las caducas ventanas, Antona y Rosario, las dos mujercas entuladas y tristes, sintieron más sobresalto que nunca habían sentido, más profundo terror en la mudéz y soledad de aquella casa. Pusieron las tranças, robustas y viejas, á las pesadas puertas, cerraron ventanas y balcones con gran acopio de fallebas y pestillos, y, silenciosamente, ocultándose, huyendo de un ignoto peligro, acogióronse al retiro de su alcoba, grande y caliente, como si ella les ofreciese el amor y prestancia que faltaba en el resto de la casa, toda frialdad y miedo.

Pero ocurrió que, aquella noche, no logran dormir, sin atinar con la causa. La paz era completa. Sólo interrumpía el silencio de la estancia el sordo rumor de la carcoma, que es como una quejumbre agónica de las viejas vigas, de los tallados seniles, de las arcas ancianas y olorosas. Sentíase un vaho tibio de amor y de hogar, propicio á la tranquilidad y al reposo. Sin embargo, Rosario y Antona hallábanse poseídas de extraña é inflexible inquietud, y veían que la negura de la noche se poblaba de unas luces de miedo, diminutas, agudas, como pinchazos.

De pronto, inopinadamente, un golpe vago, lejano, hondo, retumbó en la negra osquedad del viejo caserón.

— ¡ Oyes, Antona?

Y siguió otro, más claro, más cercano, más preciso, y otro después, y muchos luego. ¿ Qué horribas ayes cruzaaron en las sombras, ante la vista de aquellas espantadas mujeres? Una quietud invencible, como de parálisis, agarróse sus miembros, entreabrió



... Habían tornado los viejos muebles á su antiguo lugar y acomodamiento.

sus bocas, y sostuvo abiertos, fijos, como enajenados, sus ojos siempre melancólicos y dulces. La noche fué febril, de pesadilla, sin término, como esas en que se espera la muerte de alguien. Y cuando la luz rosada y pura del alba abuyentó de las puertas y de los caminos á los canes del miedo, huesudos y traidores, Rosario y Antona, que salieron

tímidas y temblorosas de su apartado dormitorio, vieron, enmudecidas de sobresalto, enajenadas de temor, cómo durante la noche unos seres misteriosos, acaso los espíritus de sus antepasados, habían tornado los viejos muebles á su antiguo lugar y acomodamiento.

José GARCÍA VELA.



DOÑA MARIA D E PADILLA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO



ORIGINAL
DE

FRANCISCO VILLALPESPA

Estrenado recientemente en Madrid,
por la Compañía GUERRERO-MENDOZA.

Prohibida la reproducción.

REPARTO



PERSONAJES

DOÑA MARIA DE PADILLA
 LA REINA MADRE DOÑA MARIA DE PORTUGAL... ..
 DOÑA BLANCA DE BORBON... ..
 MENCIA... ..
 BELTRAN... ..
 DOÑA SOL... ..
 DOÑA JUANA GARCIA DE SOTOMAYOR... ..
 DOÑA ISABEL... ..
 EL REY DON PEDRO... ..
 DON JUAN ALFONSO DE ALBUQUERQUE... ..
 DON FADRIQUE... ..
 PERO LÓPEZ DE AYALA... ..
 FERNAN RUIZ DE CASTRO... ..
 DON JUAN DE LA CERDA... ..
 SANCHE FERNANDEZ DE TORO... ..
 ALVARO DE ZUNIGA... ..
 DIEGO DE PADILLA... ..
 UN PAJE... ..
 LA VOZ DE UN JUNGLE... ..

ACTORES

Sra. GUERRERO.
 SALVADOR.
 JIMENEZ.
 Sra. LADRÓN DE GUEVARA.
 RUIZ MORAGAS.
 RIVAS.
 LÓPEZ HEREDIA.
 RIQUELME.
 Sr. DIAZ DE MENDOZA (F.).
 DIAZ DE MENDOZA (M.).
 CODINA.
 CIRERA.
 JUSTE.
 GUERRERO.
 CARSI.
 COVISA.
 ORTEGA.
 X.
 MONTENEGRO.

DAMAS, PAJES, FIJOSDALGOS BALLESTEROS Y SOLDADOS.



ACTO PRIMERO

Un patio del nuevo Alcázar real de Sevilla. Al fondo, una galería de columnas que da a un jardín, separada de éste por una verja de hierro. A la izquierda, en primer término, una puerta árabe, cubierta por rico tapiz oriental, y un alféiz. A la derecha, dos puertas cubiertas también por tapices.



ESCENA I

FERNAN RUIZ DE CASTRO, DON JUAN DE LA CERDA y SANCHE FERNANDEZ DE TORO.

SANCHE.
 ¡ Más nos valiera vivir como esclavos, prisioneros en la corte de un Emir, que salir aquí caballeros! Pues ¡ oh, suerte desdichada! menos a un noble le humilla vivir cautivo en Granada que andar libre por Castilla.

LA CERDA.
 El mote blande el lanzón y nos tala la frontera; Portugal su presa espera, y nos ascha Aragón; Navarra pasa la raya, y las galeras inglesas, en Galicia y en Vizcaya, queman naves y hacen presas.

CASTRO.
 ¡ Las contiendas interiores causan más hondos quebrantos, porque hay en Castilla tantos monarcas, como señores!...

SANCHE.
 ¡ Si Don Alfonso pudiera dejar la tumba!...

CASTRO.
 No poca culpa á Don Alfonso toca — y acaso la tenga enteramente de los males actuales; pues dejó, como sabéis, un hijo, Don Pedro, y seis nobles bastardos reales. Su reino entre ellos partió,

¡ vive Dios, con poca ley! que á los bastardos dejó casi tanto como al Rey. Y más tierra castellana tienen en feudos, hoy día, los hijos de la Guzmána, que el de la Reina Maria.

SANCHE.
 Además, por otra parte, propagan la rebelión, levantando su estandarte, los infantes de Aragón, primos del Rey, y el valiente Albuquerque, el portugués... En fin... Tres bandos... Los tres el Reino se han repartido. ¡ Y ver Castilla consterna, que es el cetro castellano muy duro para la mano juvenil que nos gobierna!...

CASTRO.
 ¡ Mas no se rinde, en verdad, de Don Pedro la altivez, lo que le falta de edad le sobra de intrepidez!... Callad, callad, castellanos... ¡ Qué pedis y qué queréis? ¡ De qué os quejáis, si tendis el remedio en vuestras manos! ¡ Rebelaos contra el metro de bastardas ambiciones; congregad vuestros pendones en torno del Rey Don Pedro! ¡ Prestad fuerza á su mesnada, y hacer del guión real el estandarte ideal de alguna nueva cruzada! Y entonces, si rugo alzado el cachorro del león, el inglés huirá asustado;

y Navarra y Aragón,
y Granada y Portugal,
y otras tierras más lejanas,
caerán al golpe mortal
de las lanzas castelanas.

ESCENA II

DICHOS y ALVARO DE ZUÑIGA, que
entra por la verja del foro.

ALVARO.

¡ Grandes noticias he oído,
y os las vengo á relatar !
De acuerdo con el valido,
la Reina quiere casar
al Rey con una Princesa,
que es ornamento y florón
de la corona francesa :
Doña Blanca de Borbón.
Esto se dice en Sevilla...

Pero el Rey no lo consiente,
porque cada día siente
más amor por la Padilla.

CASTRO.

Ese amor la causa es
por la cual, el casamiento
aconseja el portugués.
Ve morir su valimiento
y de todos desconfianza...

LA CERDA.

¿ Mas, éi, no túc quien mió
al Rey con Doña María ?

CASTRO.

Éi de tercero sirvió.
Mas la que pensó que fuere
su mejor apoyo, ha sido
su ruina, y por eso quiere
vengarse de ella el valido.

ALVARO.

¡ A la Guzmán ha apresado
la Reina ; y en Talavera,
vengar con su sangre espera
las ofensas del pasado !
Y por tan justo motivo,
dicen que inquietos están
los hijos de la Guzmán.

Don Enrique muestra altivo
sus recelos, preparando
por sus manos la justicia,
á sus parciales armando
en sus tierras de Galicia.
Y su maestrazgo dejó
Don Fadrique. Aquí ha venido,
y al Rey de todo enteró
para que esté prevenido.

LA CERDA.

¡ Don Pedro le quiere bien,
y evitará, como pueda,
que á su madre le suceda
el mal que todos preven...

CASTRO.

¡ Y además, Doña María
de Padilla, no dejara
que la Reina consumara
venganza que es felonía !...
*(Aparecen por la galería del fondo Don
Fadrique y Pero López de Ayala, conver-
sando en voz baja.)*

ESCENA III

DICHOS, DON FADRIQUE y PERO
LOPEZ DE AYALA.

SANCIO.

Mas ¡ silencio ! Don Fadrique
aquí dirige sus pasos,
con Pero López de Ayala,
el poeta, conversando.
(Todos se vuelven.)

CASTRO.

Con razón reza el proverbio :
tras de la cruz, el diablo.
¡ Lo que tiene de poeta
le falta á Ayala de honrado,
que si mide bien los versos,
mide, en cambio, mal sus actos !

(Todos se inclinan ante Don Fadrique.)

¡ El Señor guarde los días
del Maestro de Santiago,
para orgullo de su casa
y gloria de estos estados !

D. FADRIQUE, *saludando.*

¡ El cielo os guarde, señores !

SANCIO.

¡ Dejad, dejad que este anciano,
que al lado de vuestro padre
cayó herido en el Salado,
os bese con toda el alma,
señor Maestro, la mano,
ya que de ella, por mortales,
indignos son estos labios !...
(Le besa la mano.)

LA CERDA.

Mas, señor ¿ cómo en Sevilla ?

D. FADRIQUE.

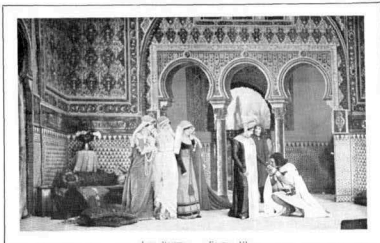
De Extremadura he llegado
ha dos horas, para ver
Al Rey Don Pedro, mi hermano.

ESCENA IV

DICHOS y BELTRAN, que entra por la
puerta de la izquierda.

BELTRAN.

El Rey, señores, os llama,
que quiere á todos mostraros
los gerifaltes, las joyas,
las armas y los caballos
que el Rey moro de Granada
le envió como regalo.



— ACTO PRIMERO. — ESCENA VI.

(Los nobles saludan á Don Fadrique y salen por la puerta izquierda, cuyo tapiz sostiene Beltrán.)

DON FADRIQUE, á Beltrán.
Beltrán, di á Doña María
de Padilla, que aquí aguardo
su venida, para proceerle
mis respetos.

BELTRAN.

(Saliedo por la primera puerta de la derecha.)

(Así, al paso,
podré decirle á Mencía
el terror con que la amo.)

ESCENA V

DON FADRIQUE y PERO LOPEZ DE
AYALA.

LOPEZ DE AYALA.
Decidme, pues, Don Fadrique,
decidme ya ¡ vive Dios !
¿ qué contesto á Don Enrique ?
¿ se puede contar con vos ?
Si en su bando os asegura,
á dáros se compromete
medio reino...

DON FADRIQUE.

¡ Calla ó vete !
Nuestra victoria es segura.
Y aun haceros saber quiero
que para esta rebelión,
Francia nos dará dinero

y armas nos presta Aragón.
(Con misterio.)

Y hasta en la misma Sevilla
hay alguien que, sin cesar,
va añadiendo su cuchilla,
para con ella vengar
de Don Pedro los rigores...

DON FADRIQUE, indignado.

¡ Coro á la traición hacer,
¡ Coro á la traición hacer,
¡ Pero López, ser
más traidor que los traidores !...
LOPEZ DE AYALA, sin hacer caso.
¡ Acceptat ! ; No andéis remiso !
¡ Medio remo !... ; Es buen presente !...
DON FADRIQUE.

¡ Calla, no vengas, serpiente,

á echarme del Paraíso !...

¡ Lo que tu labio ofreció

es rico, rico manjar,

capaz, capaz de tentar

á otro que no fuera yo !

Mas, pierdes el tiempo en vano.

No iré con vosotros, pues

si Don Enrique es mi hermano,

también Don Pedro lo es...

Y puestos en igualdad

de afectos, mi corazón

se queja con la lealtad

y rechaza la traición.

LOPEZ DE AYALA.

*(En voz baja, y dejando caer con lentitud
las palabras.)*

Vuestra madre en Talavera,
donde encerrada le plugo

á la Reina, acaso espera la visita del vendugo.

DON FADRIQUE.
(*Posiéndole la mano en la boca violentamente.*)

¡Sella tus labios crueles!
¡Por librarla aquí llegué,
tan raudó, que reventé
mis tres mejores corceles!

(*Lleno de esperanza.*)

Mas ¡nunca! El Rey no podrá consentir tal feoría...

Yo hablaré á Doña María de Padilla, y ella hará, pues es buena y es elemento — mi corazón no me engaña — que se borre de mi frente la nube que ahora la empaña.
¡Parte y dile á Don Enrique que confíe en mi valor!...
¡Mientras viva Don Fadrique vivirá Doña Leonor!

LOPEZ DE AYALA.
Me irá, señor, de Sevilla sin vos, mas os pesará...

DON FADRIQUE.
¡Vete, que se acerca ya Doña María de Padilla!

(*Pero López se va por la galería del foro. Por la primera puerta de la derecha entra Doña María de Padilla, seguida de damas y pajes. Beltrán sostiene el tapiz para que pasen.*)

ESCENA VI

DOÑA MARIA DE PADILLA, DON FADRIQUE, BELTRAN, MENCIA, DAMAS Y PAJES. *Todos estos últimos se retiran á la galería del fondo, formando grupos animados. Don Fadrique se inclina cortésmente.*

DOÑA MARIA.
¡Perdonad, Señor Maestro, que os hiciera aguardar tanto!

Estaba viendo una veste de brocatel amaranto, de oro y perlas recamada, con un broche de rubí, que ha enviado para mí el Rey moro de Granada. Mas ¿cómo en Andalucía, Don Fadrique?

DON FADRIQUE.
Sabe Dios, que sólo vine por vos. Mas antes, Doña María, de que os diga la razón de mi viaje, dejad que os bese manos que son

las manos de la piedad.

(*Se inclina y le besa las manos, gentilmente.*)

DOÑA MARIA.

¡Bizarro sois y cortés!
¡Que no en vano los juglares celebran en sus cantares vuestra cortesía, y es ya proverbial en Sevilla, la finura y el halago del Maestre de Santiago, Don Fadrique de Castilla!...

DON FADRIQUE, arrodillándose.

¡Mas arrodillado, ahora, vuestro afecto en mí no vea al doncel que galantea, sino á un hijo que os implora!

DOÑA MARIA.

(*Trémulamente la mano, y levantándose.*)

Contadme vuestro pesar. Decidme, señor, en qué mi ayuda os puedo prestar, y mi ayuda os prestaré.

DON FADRIQUE.

Supe que á Doña Leonor, mi madre, amenaza hoy pena injusta... ¡Y aquí estoy á implorar vuestro favor! — Que al Rey le habléis, para que su piedad logre impedir lo que mi temor prevé... ¡Es cuanto os vengo á pedir!

DOÑA MARIA.

¿Se atreverán á intentar?
DON FADRIQUE, en voz baja.
Algo ha llegado á mi oído...

¡Todo se puede esperar de la Reina y el valido!

DOÑA MARIA.

Haré cuanto deseáis.

DON FADRIQUE.
¡Todo lo espero de vos, porque lo que vos no hagáis sólo puede hacerlo Dios!...

DOÑA MARIA.

En mí, señor, confiad. Con el Rey he de insistir tanto, que he de conseguir al cabo su libertad.

DON FADRIQUE.

En vos, confío su vida; y en verdad no fio en vino, pues estando en vuestra mano es que está bien defendida.

DOÑA MARIA.

Y ahora á mi estancia, señor, venid, venid, á alegrar un poco vuestro dolor, con las trovas de un juglar que ayer de Provenza vino.

DON FADRIQUE.

Rogar por vos no me hago.

DOÑA MARIA, á los pajes.

Id señalando el camino al Maestre de Santiago.

(*Salen por la puerta del primer término de la derecha Doña María y Don Fadrique, precedidos de pajes y seguidos de las damas. Beltrán sostiene el tapiz, y al ir á salir Mencía lo deja caer, interponiéndose.*)

ESCENA VII

MENCIA Y BELTRAN.

BELTRAN.

¡Teneos, Doña Mencía!

MENCIA.

¿Qué me queréis, Don Beltrán?

Mis compañeras se van,

y no es buena compañía,

para una dama, un galán de vuestro parte y valía, porque con razón dirán que Beltrán ama á Mencía, ó Mencía ama á Beltrán.

BELTRAN.

¡También pudieran decir

que nos amamos los dos!...

MENCIA, interrumpiéndole.

Y si eso dijeran, vos

lo tendréis que dismentir,

pues no es cierto!

BELTRAN.

¡Vive Dios!

¡Eso me faltaba oír!...

¡Conque mienten al decir

que nos amamos los dos?

MENCIA.

Mas ¿que os habéis figurado?...

Yo no me figuro nada.

MENCIA.

¿Alguna prueba os he dado?...

¡No os amo!

BELTRAN.

¡Buena celada!

Lo que el labio me ha negado

lo afirma vuestra mirada...

MENCIA.

¡Habrás visto atrevido!...

¡Pues no dice que mis ojos!...

BELTRAN.

Calmad, pues, vuestros enojos, que sólo, señora, os pido que me digáis: ¿Han mentido vuestros labios ó los ojos?

MENCIA, ruborosa.

Ambos á un tiempo... Los dos

mintieron... ¡Voy á escuchar

los cantares del juglar!...

La Reina se acerca... ¡adiós!

(*Se libra de Beltrán, y se escapa por detrás del tapiz.*)

BELTRAN, tras ella.

Con vos me voy... Junto á vos...

¡que dulces deben sonar

los cantares del juglar!

(*Aparecen por la galería del foro la Reina y D. Juan Alfonso de Albuquerque.*)

ESCENA VIII

LA REINA DOÑA MARIA Y DON JUAN ALFONSO DE ALBUQUERQUE.

ALBUQUERQUE.

¡Reportaos, señora!...

LA REINA.

No es posible, pues para el odio inexorable y ciego, para el furor voraz é inextinguible que abrasa mis entrañas con su fuego, que emponzoña mis venas, y me muerte el corazón, y el alma me devora ¡son siglos cada instante que se pierde, y son eternidades cada hora!... Tengo sed de su sangre...

ALBUQUERQUE.

En Talavera,

Doña Leonor sus crímenes expía.

¿Qué más podéis hacer?

LA REINA.

¡Quiero que muera!

¡Vos conocéis, Don Juan, esta agonía!

¡De noche, me desvela su recuerdo;

hasta hacer saltar del lecho, dando aullidos;

hasta hacerles sangrar, los puños muertos,

y desgarran las uñas mis vestidos!

¡Lanzan mis ojos trágicos destellos,

y rechinan de cólera mis dientes;

¡y silban y se agitan mis cabellos

como hambrientos manojos de serpientes!

¡Tengo sed de su sangre!

ALBUQUERQUE.

Mas, señora...

LA REINA.

¡Toda su sangre entera no bastara,

ni la de todos los bastardos, para

saciar la inmensa sed que me devora!

¡Mi venganza será terrible y dura,

como ella fué. Mi labio ¿no ha apurado,

gota á gota, la copa de amargura

que ella con su veneno ha emponzoñado?

¡Copa por copa! Es justo que procure

que ella goce también sus embriagueces...

¡Ahora me toca á mí! ¡Que ella la apure,

como yo, toda entera... hasta las heces!

ALBUQUERQUE.

Tened calma, por Dios! Yo veré modo de que satisfagáis vuestros enojos, sin que nadie sospeche... El reino todo tiene en Doña Leonor puestos los ojos. Presente vuestro crimen y os espía... Hay que buscar las sombras, como os digo.

LA REINA.

¡No quiero sombras! ¡A la luz del día, igual que el crimen fué, será el castigo! ¿No vió Castilla entera mi esperanza morir entre sus manos prisionera? Pues, ahora, que también Castilla entera contemple su expiación y mi venganza!

ALBUQUERQUE.

Mas no podemos, sin Don Pedro, nada intentar. Esperemos... Por ahora, nos es contraria la ocasión, señora. La orden de muerte, debe ser firmada por el Rey...

LA REINA.

(Sacando del seno un pergamino.)

¡Basta el sello! Aquí está el pliego. Vos, el sello tenéis... ¡sellad!

ALBUQUERQUE.

¡Oídmel! Esperemos aún... Más tarde... Luego... Yo hablaré al Rey...

LA REINA.

Pero, Don Juan, decidme ¿tan segura tenéis vuestra prianza? ¿Este pliego, Don Juan, ahora selláis, porque mañana... acaso no podéis vuestra ayuda prestar á mi venganza!

ALBUQUERQUE, anonadado.

Es verdad. Mi prianza se ha eclipsado. Tan sólo falta que me digan: «¡Vete!» Que en las manos de un Rey es un privado, lo que en manos de un niño es un juguete. Y mañana pudiese la Padilla, no solamente arrebatarle el sello real, sino también sellar mi cuello, bajo el golpe mortal de su cuchilla.

(Se queda sombriamente pensativo.)

LA REINA, mostrándole el pliego.

¡Sellad, sellad, Don Juan!

ALBUQUERQUE.

(Como huyendo de un fantasma.)

¡Aparta! ¡Huye!

¡Tu sombra idolatrada y maldicida

pasa por las tinieblas de mi vida,

como un ciclón que todo lo destruye!

(Violentemente, acercándose á la Reina.)

¿Y tú me hablas de celos, tú de celos

á mí, que por tu culpa atormentado,

mi veces de furor me he revolcado,

escupiendo mi cólera á los cielos?...

¿Tú, de celos á mí, cuando he querido,

para saciar la sed que me enajena,

desenterrar su sombra del olvido,

añallando de rencor como una hiena?

¡Huye, aparta de mí!... Fantasmagim en el aire... Me evoca tu figura nuestro crimen.

LA REINA.

Pues bien, por ese crimen, si fué un crimen amarse con locura: por este fiero amor voraz y eterno; por este anhelo inextinguible y muerte que nos ligó en la vida, y á la muerte nos ligará también en el infierno; por tu sangre culpable, por la mía, que es más culpable aún. Don Juan, te ruego...

ALBUQUERQUE, fascinado.

¡Cállate por piedad, Doña María! ¡Triunfe otra vez el mal! ¡y sellaré el pliego!
(Sac. de la escarcela el sello y sella el pliego, y se lo entrega á Doña María.)

LA REINA, tomando el pliego.

Gracias, gracias, Don Juan. Mi vida entera es tuya. Está en tus manos... Quien osara á alzarse contra ti, mis faldas viera, y si mi propio hijo se atreviera... ¡mi hijo por ti, D. Juan, sacrificara! Sobre veloz corcel, un escudero á Talavera volará... Le guía de mi venganza el acicate fiero... ¡Por fin, por fin, Doña Leonor es mía!

(Se va rápidamente por la segunda puerta de la derecha, agitando el pliego. Albuquerque la contempla inmóvil.)

ESCENA IX

ALBUQUERQUE.

El crimen hecho está; Calla conciencia!

Si no tuviste, no, valor bastante para oponerte al mal... ¿por qué ahora vienes con tus sordas palabras á hostigarme?... ¡La suerte echada está! Pues bien... ¡luchemos!

y si caigo vencido en el combate como un emperador morirá envuelto en un manto de púrpura y de sangre. ¡Ay, de Don Pedro! ¡y ¡ay, de la Padilla! si á mi destino oponése... Ya es tarde para retroceder... ¡Valor, conciencia!... ¡Cállate de una vez!... ¡Cállate! ¡cállate!

ESCENA X

DICHOS, DON JUAN DE LA CERDA y FERNAN RUIZ DE CASTRO, que salen por la puerta izquierda.

LA CERDA.

No se puede tolerar...

Esto á los nobles humilla...

¿Pues no acaban de nombrar



ACTO PRIMERO. — ESCENA XI.

ESCENA XI

DICHOS, DON PEDRO, DIEGO DE PADILLA, BELTRAN y BALLESTEROS.

DON PEDRO

(Descorriendo violentamente el tapiz de la izquierda.)

Don Juan Alonso, más tiempo poner en el platicar, porque pudiera fallar ¡ á vuestros labios aliento. ¡ Si seguís hablando en mengua del orgullo castellano... no ha de faltar una mano que os sepa arrancar la lengua!

ALBUQUERQUE.

¡Don Pedro!...

DON PEDRO.

No os disculpéis, que vuestras disculpas son máscaras de la traición... ¡ Traidores! ... porque tenéis feudos, armas y caballos ¿ pensáis imponerme leyes? ¡ Las leyes las dan los Reyes y las cumplen los vasallos! ¡ Vos, portugués, que vinisteis á estos reinos deservido, si bien ayer me servisteis, yo mejor os he pagado. Os hice mi consejero, y fuisteis, pese á la ley, después del Rey el primero,

á Don Diego de Padilla Montero Mayor, y á Don Juan García Villajera, mi otro hermano, campeón de Navarra en la frontera?

ALBUQUERQUE.

Ricos homes de Castilla ¿ Qué orgullo podéis tener cuando os resignáis á ser esclavos de la Padilla? ¿ Para qué esas enojadas plumas y esos tahalies, tantas divisas bordadas en las bandas carmesies, y tantos áureos acres, cuando os imponen sus leyes, como á miseros pecheros, las mancheas de los Reyes? Ayer era la Guzmán, hoy tenéis á la Padilla... ¿ A quién serviréis mañana, ricos homes de Castilla? Aquellos nobles varones, orgullo y prez de esta tierra, que fueron como leones invencibles en la guerra; los que se hicieron temer de los monarcas más fieros, hoy lamen como corderos las plantas de una mujer. Degeneró la semilla... No parece sino que el honor por siempre fué destrerrado de Castilla!

y á veces, antes que el Rey.
Dadme aquel sello que os di,
y dad gracias á la suerte
que, después de ser lo que os,
no sello con él aquí
vuestra sentencia de muerte.

ALBUQUERQUE.
(*Entregándole el sello.*)
Algo os dijera en mi abono.
Mas recordad solamente,
que ha encanecido mi frente
defendiendo vuestro trono.

DON PEDRO.
¿Que eso os valga, á Dios le plugo,
porque si eso no os valiera,
rodar vuestra testa hiciera
la justicia del verdugo?

(*A Don Juan de la Cerda.*)

¡Maestre de Calatrava,
entregad vuestra cuchilla,
vuestra vena y la clava
á Don Diego de Padilla!

LA CERDA, *entregándolas.*
¡Señor, mi clava aquí está,
y mi honor no se querrela
de verme privado de ella...
sino de ver donde va!

DON PEDRO.
Y porque nos vueda á oír
críticas en mis estados,
vais sin armas á salir
de Castilla, desterrados.

DIEGO, *acercándose á Juan Alfonso de Albuquerque.*

¡Dadme la espada, os lo ruego!

ALBUQUERQUE.
Diego de Padilla... ¡atrás!
Sólo á mi Rey se la entrego...
mas á tus manos... ¡jamás!
¡Tocándola, la desdoras!
Está su acero mellado
de segar gargantas moras
á la orilla del Salado...
Y en Algeciras, mi mano
desnudó la primera,
al frente de la bandera
de mi joven soberano.

(*La desvenava, y se la presenta á don Pedro.*)

¡Tomadla, don Pedro, pues
espada como la mía,
jamás, señor, recibida,
si no fuese á vuestros pies!

(*Viendo que el rey no la toma, intenta romerla.*)

Por más que romperla quiero,
no se rompe... ¡Contemplad!...
¡Pues lo mismo que su acero
es, don Pedro, mi lealtad!

DON PEDRO.

Mi justicia no os perdona,
porque son vuestras razones
motivo de vuestras acciones...
La lealtad que se pregunta,
más que lealtad es agravio,
y más que agravio es traición...
¡Lealtad que vive en el labio,
ha muerto en el corazón!

CASTRO, *intercediendo.*
Don Pedro, pagar así
no es justo tan noble celo...

DON PEDRO.
¿Quién sois, Fernán, vive el cielo,
para interrumpirme á mí?

CASTRO.
DON PEDRO.

¡Pues he de hacer, vive Dios,
un escarmiento con vos,
para que sirva de ejemplo!
¡Prended, Don Diego, á los tres,
y en cadenas, cual trallia,
á Triana llevados, pues
quiero que mire Sevilla,
y sepa Castilla entera,
con este caso ejemplar,
la cólera justiciera
de un Rey que quiere retinar!

(*Don Diego de Padilla y algunos balseros prenden á los tres, en el momento que abarcan doña Maria de Padilla seguida de Mencía, damas y pajes.*)

ESCENA XII

DICHOS, DOÑA MARIA DE PADILLA,
MENCIA, DAMAS Y PAJES.

DOÑA MARIA.
¿Preso don Alfonso y preso
don Pero?

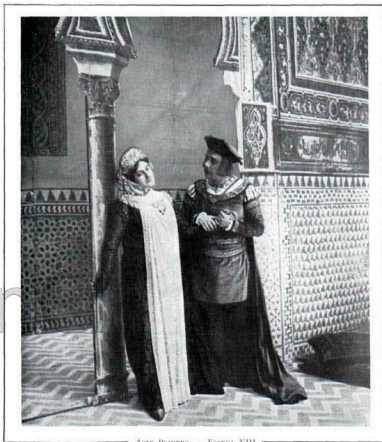
(*Al Rey.*)
Decid, Señor,
— os lo suplico — ¿qué es eso?

¿Qué causa vuestro rigor?

Mas no, no quiero saber,
Señor, las justas razones
que os obligan á prender
á tan nobles infanzones.

Sólo os pido su perdón,
que si es noble castigar,
para un regío corazón
es más noble perdonar.
(*Se arradilla ante el Rey. Momento de expectación.*)

¡Su perdón mi labio implora!
Y postorá me veréis,
hasta que no los dejéis
libres...



ACTO PRIMERO. — ESCENA XIII.

DON PEDRO.

(*Duda un momento, luego le tiende la mano y la levanta.*)

¡Levantad, señora,
que nada os puedo negar!
(*A los presos.*)

¡Estáis libres... y ha de ser
por que sepáis admirar
la virtud de esa mujer!
(*Algunos pajes y don Diego de Padilla desencadenan á don Juan Alfonso de Albuquerque y á don Juan de la Cerda, olvidando á Fernán Ruiz de Castro.*)

DOÑA MARIA.

(*Reparando en el olvido y acercándose á Fernán.*)

¡Dejad que os quite mi mano...
pues si os la puso mi hermano,
justo es que os la quite yo!

CASTRO.
¡La vida preso pasara,
porque una mano tan buena
por mi no se molestara
al quitarme la cadena!

DON PEDRO.
(*Acercándose y quitándole la cadena.*)
Sois galán. Mi propia mano

la fineza va á pagar

¡ que si os la puso su hermano,
el Rey os la va á quitar !

CASTRO.

MI labio se torna mudo
porque el goce me enajena...
¡ Desde ahora, esta cadena
será el florón de mi escudo !

LA CERDA.

¡ Mil gracias, doña María !

DON PEDRO, á los nobles.

Preparad todos, señores,
coceles, armas y azores,
que vamos de cetería.

(Todos se inclinan, y van saliendo por el foro.)

CASTRO, á doña María.

MI vida está á vuestros pies,
y ahora ¡ que sepa Sevilla
todo lo noble que es
Doña María Padilla !

ESCENA XIII

DON PEDRO y DOÑA MARIA.

DOÑA MARIA, tendiéndole los brazos.
¡ GRACIAS, Señor !

DON PEDRO.

¡ Doña María !

¡ Por fin ya puedo reposar
entre tus brazos, como un niño
en el regazo maternal !

(Se sientan en un diván morisco, cerca de la ventana.)

Como el que torna de un combate,
ensangrentado, y en su hogar,
se arranca el férreo coquete,
el casco, el peto, el espaldar,
á tu presencia me despojo
de todo anhelo terreno,
para poder, libre de trabas,
el aire puro respirar.

¿ Que la traición, como una sombra,
sigue mis pasos sin cesar ?

¿ Que la venganza nos acecha
en la nocturna obscuridad,
acurrucada en los tapices
de nuestra cámara real ?

¡ Nada me importa, mientras pueda
en tus pupilas contemplar
todos los sueños de la vida,
como un desfile triunfal
de áureas galeras victoriosas
sobre la gloria azul del mar !
¡ Amor ! ¡ Amor !... Toca mis venas...
¡ Quieren romperse y estallar,
para envolverte con su sangre
en una clámide imperial !

DOÑA MARIA.

¡ Bebe mi amor, en tus palabras,
una embriaguez de eternidad !

¡ Mis pies no tocan en la tierra,
mi alma y mi cuerpo se me van,
cual si en sus ráfagas bravías
me arrebataste el huracán !

¿ Cómo pagar tanta ternura ?
¿ Cómo mi amor, tu amor pagar ?

Quisiera ser entre tus labios,
como las mieles de un panal ;
sobre la copa de tus manos,
agua más clara que el cristal ;
bajo tus pies, hierba olorosa
para poderte perfumar...

¡ Ser tuya, tuya, siempre tuya !
Vivir tan juntos como están
los labios de una misma boca,
las perlas de un mismo collar...

Y ser tu sombra... Por la vida,
tras de tu cuerpo caminar.
Y cuando duermas bajo tierra,
en el sepulcro, vigilar
tu sueño último, de hinojos,
sobre la piedra tumular,
el índice puesto en el labio,
bañada en lágrimas la faz,
como si fuese la llamada
imagen de la Eternidad.

(La voz del jugador cantando en el jardín.)

JUGLAR.

Rosal que Otoño deshoja
vuelve en Mayo á florecer...

¡ Rosal de la juventud,
sólo florece una vez !

Al deshojarse las rosas,
los ruiseñores se van ;
mas vuelven con los rosales
en Primavera á cantar...

¡ Goza el amor, que el amor,
si se va, no vuelve más !

DON PEDRO, levantándose.

¿ Qué voz, señora, está cantando
en el jardín ?

DOÑA MARIA.

Es el jugador

que llegó ayer de la Provenza...

(Como recordando de pronto.)

¡ Ah, don Fadrique !

DON PEDRO, atayéndose.

¡ Qué cantar
más dulce !... Sigue, sigue hablándome,
porque tu voz me agrada más.

DOÑA MARIA.

(Acercándose de nuevo, y tomándole la mano.)
Señor, señor, como recuerdo
de este momento ¿ me darás
lo que te pida ?

DON PEDRO.

¡ Todo es tuyo !

¿ Qué cosa tuya no será ?

¿ Quieres acaso los tesoros,
que guardo en mi arcón real ?

¿ Quieres las perlas orientales
de aquel riquísimo collar,
que al desposarse dió á mi madre
mi abuelo el Rey de Portugal ;
perlas que son, Doña María,
ejemplos de fidelidad,
porque si enferma quien las lleva,
ellas enferman á la par ?

DOÑA MARIA.

Señor, no quiero los tesoros
que guardas en tu arcón real.
Sólo te pido que libertes
de su prisión á la Guzmán.

DON PEDRO.

Es un regalo que á mi madre
hice, lo mismo que se da
á un niño un pájaro, un juguete,
para que pueda malgastar
con él las horas, y no venga
nuestra atención á importunar.

DOÑA MARIA.

Más ved que el niño puede al pájaro
entre su mano estrangular...
En la prisión se muere pronto...
El hacha puede hacer saltar
sangre, que vaya el regio arriño
de vuestra tónica á manchar...

DON PEDRO.

Mas ¿ es posible que se atrevan
en contra de mi voluntad ?
¿ Mi madre, acaso ?

(La Padilla hace un gesto afirmativo.)

¡ Nada, nada

á la Guzmán ha de tocar !...
¡ Tengo el furor de los leones,
mas no el instinto del chacal !

DOÑA MARIA, postrándose.

Pues bien, señor, firma al instante
la orden de su libertad...
¡ Es el regalo que te pido !...

DON PEDRO.

¡ Oh, mi ángel bueno !... Alza...
(Llamando.)

¡ Beltrán !

Él traerá el pliego...
*(Doña María le abraza. Beltrán aparece
por la izquierda.)*

DOÑA MARIA.

¡ Gracias, gracias !

DON PEDRO.

¿ Qué fuera yo sin tu bondad ?
(Se va seguido de Beltrán por la izquierda.)

ESCENA XIV

DOÑA MARIA y MENCIA.

DOÑA MARIA.

(Llamando á la primera puerita de la derecha.)

¡ Mencía !

MENCIA.

¡ Señora !

DOÑA MARIA.

¿ Dónde

está don Fadrique ?

MENCIA.

Allá

en el jardín, escuchando
con las damas al jugador,
y un alma en pena parece
según lo triste que está.

DOÑA MARIA.

Yo misma voy á llevarle
noticia que ha de alegrar
su corazón dolorido.

*(La reina, que va á salir por el segundo
término de la derecha, se detiene al ver á doña
María, y escucha.)*

MENCIA.

¿ Qué es ello ?

DOÑA MARIA.

Firmando está
el Rey, de feo Leonor,
su madre, la libertad...
(Se van por el foro.)

ESCENA XV

LA REINA.

LA REINA, con gozo.

¡ Doña María,
tarde andaste para libertarla !
¡ La vida tiene pies, camina torpe ;
pero la muerte vuela ; ¡ tiene alas !
Partió ya mi escudero á Talavera...
Kodará su cabeza... Y cuando vayan
á darle libertad, será un cadáver,
¡ Lo único libre que á tu mamá salva !

ESCENA XVI

LA REINA y BELTRAN.

BELTRAN.

*(Apareciendo en el primer término de la
izquierda, con un pliego en la mano.)*
¡ Doña María !... Este pliego
el Rey para vos me manda.

LA REINA.

Dámelo...

BELTRAN, *sorprendido*.
No sé, señora,
si es para vos... Yo pensaba...
LA REINA, *interrumpiéndole*.
¿Que era para la Padilla?...
Pues es para mí... Te engañas.
BELTRAN, *inclinándose*.
Su alteza me perdona:
mas como las dos se llaman
lo mismo... y el Rey tan sólo
me dijo que lo entregara
á Doña María...

LA REINA, *imperativa*.
¡Venga!
BELTRAN, *dándole*.
¡Perdonad esta ignorancia!
Y si vos me dáis licencia,
me voy con el Rey de caza.
(*Sale por la derecha.*)

ESCENA ULTIMA

LA REINA y DOÑA MARÍA.

(*Mientras la reina lee ávidamente el pliego,
aparece por el foro la Padilla.*)

DOÑA MARÍA.
(*Sorprendida. La reina acuta el pliego.*)
Vuestra alteza perdona... Mas venia...
LA REINA, *triumfante*.
Tarde llegaste, pues lo que buscabas
está ya en mi poder... ¡Mira este pliego!
(*Se lo muestra.*)

DOÑA MARÍA.
¡Señora, por piedad!
LA REINA.
Es mi venganza.
DOÑA MARÍA, *suplicándole*.
Señora, dadme el pliego... ¡Pronto!... ¡Es
mío!

LA REINA.
¿ Cuando hace poco con el Rey hablabas,
á galopé un corcel pasar no oíste
al pie de tu ventana?
Un pliego á Talavera conducía...
DOÑA MARÍA.
(*Como si le viniese de pronto una idea
terrible.*)
¡ No lo quiero pensar! Señora, basta...

TELON.

FIN DEL PRIMER ACTO.

LA REINA.
Pero en vez de la vida, en ese pliego,
galopando veloz, la muerte marcha.
La Guzmán morirá.
(*Se oyen trompas lejanas de caza.*)
¿ No oyes las trompas?
¡ Nuestro Rey y señor, se va de caza!
No la podrás salvar.
DOÑA MARÍA.
¡ Mas esa sangre,
la noble frente de Don Pedro mancha!...
No, no, no puede ser... ¡ Dadme ese pliego!
(*Se desprende violentamente de la Reina,
y se alza amenazadora.*)
LA REINA.
¡ Con qué fiera altivez me lo reclamais!
DOÑA MARÍA.
¡ Señora, por piedad!
LA REINA, *con sarcasmo*.
¡ Cómo defienden

la presa de su amor, las cortesanas!
¿ Temes que lo que hoy hago con ella,
mañana haga contigo Doña Blanca?
DOÑA MARÍA.
¡ Señora, por piedad!... ¡ Mirad mi llanto!
LA REINA.
¡ La Guzmán morirá!...

DOÑA MARÍA, *laca de dalar*.
Mi pecho estalla...
y ya no puedo más; ¡ Dadme ese pliego,
ó yo misma os lo arranco!...
(*Avanza hacia la Reina.*)
LA REINA, *retrocediendo hacia la ventana*.
¡ Calla! ¡ Calla!
¿ Te atreverás? ¿ Te atreverás?
DOÑA MARÍA, *avanzando con energía*.
¡ A todo,
antes que consentir tan torpe hazaña!
(*La Reina rasga el pliego y lo arroja por la
ventana. Después, se vuelve altiva hacia doña
María.*)

LA REINA.
Ahora, díselo al Rey... ¡ Cuando él lo sepa,
ya se habrá consumado mi venganza!
DOÑA MARÍA, *retrocediendo espantada*.
¡ Maldición sobre ti, Reina maldita!
¡ Maldición sobre ti!... ¡ Sobre ti caiga,
como lluvia de fuego inextinguible,
esa sangre inocente que derramas!

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Anocheza.

ESCENA I

DON JUAN ALFONSO DE ALBUQUERQUE,
DON JUAN DE LA CERDA, PERO
LOPEZ DE AYALA, ALVARO DE ZU-
ÑIGA y CONJURADOS.

ALBUQUERQUE.
Señores, los grandes males
exigen grandes remedios.
¡ Hay que cortar por lo sano
si hemos de salvar al Reino;
que no hay remedios que dejen
por librar un solo miembro
gangrenado, que por él,
se gangrena todo el cuerpo.

LA CERDA.
Nadie aquí tiene segura
la cabeza sobre el cuello,
porque no respetar nada
las furias del Rey Don Pedro.
Cayó Garcilaso en Burgos;
cayó en Aguilar, mi suegro
Cornel; Nuñez de Prado,
también á traición ha muerto...

ALBUQUERQUE.
¡ Y lo que es él para todos,
en mí tenéis el ejemplo!
Me quitó el sello real;
desatendió mis consejos;
y me temo que mañana,
vengativo, sin respeto
á mis servicios, me mande
al cadalso á un destierro.
En vano, en vano he querido
poner á sus furias freno,
uniéndole á la princesa
de Borbón. Tal casamiento,
en vez de evitar los males,

ha creado males nuevos,
porque ha sido cual si uniesen
á un loco con un cordero.
La misma noche de bodas,
desatendiendo los ruegos
de su madre, á doña Blanca
la dejó sola en el lecho,
para en Montalván reunirse
con la Padilla de nuevo.

LOPEZ DE AYALA.
¡ La Padilla! Ésa es la causa
de los males de estos reinos.
Ella nos rige, y Castilla
es de su familia un feudo.

LA CERDA.
¡ Todos que vengan en ella
algún agravio tenemos!
Yo, por mi parte, el Maestrazgo
de Calatrava, que siendo
de don Juan Nuñez, mi tío,
el Rey se lo dió á Don Diego
de Padilla...

ALVARO.
¡ Por su culpa,
mi padre murió en destierro,
sin que la tierra sagrada
que reconquistó su acero,
para la enseña de Cristo,
pudiese cubrir sus huesos!

LOPEZ DE AYALA.
Por culpa de la Padilla,
el Rey corre loco y ciego
al abismo...

ALBUQUERQUE.
Hasta su madre
á nuestro lado se ha puesto.
Los Infantes de Aragón
también son del bando nuestro,
y todos los ricos homes...

LOPEZ DE AYALA.
Y hasta los bastardos, menos
Don Fadrique, que aún vacila,
calientes los nobles restos
de Doña Leonor, su madre
— que como todos sabemos
en Talavera fué muerta —
sus rencores han depuesto,
y en torno á la Reina madre
también se agrupan, tendiendo
su mano á la ensangrentada
mano que les dejó huérfanos.

ALVARO.
¡Vive Dios, que yo en su caso
otra cosa hubiese hecho!
¡A quien matase á mi madre,
no tocara, vive el cielo,
mi mano, si antes que ella
no le tocase mi acero!

ALBUQUERQUE.
Francia nos dará su apoyo,
Aragón nos presta aliento,
y Portugal y Navarra,
y hasta el Pontífice ha puesto,
señores, en entredicho
la corona de Don Pedro,
si no deja á la Padilla,
y pacifica estos reinos
uniéndolos á Doña Blanca,
su regia esposa, de nuevo.

ALVARO.
Poco el Pontífice fuera
y Francia y el mundo entero,
si á su lado el Rey tuviese
la nobleza de estos reinos,
que la tierra castellana
sienta mal al extranjero,
porque en sus senos encierra
mucho ardor y mucho hierro.

ALBUQUERQUE.
¡Hay que separarles pronto!
Esta noche... Aprovechemos
la ocasión, porque mañana
será inútil nuestro empeño.
El Rey con todos los suyos
se fué á cazar. Pues á tiempo
que él caza garzas, nosotros
su paloma cazaremos,
y teniendo la paloma,
el palomo será nuestro...
A Medina, donde esperan
las Reinas, donde esperan
y allí prisionera muere,
ó profesa en un convento.

LOPEZ DE AYALA.
Desde Sevilla á Medina,
asegurados tenemos
los caminos por las gentes
de Trastámara.

ALBUQUERQUE.
Y aquí, dentro
de Palacio, ausente el Rey,
somos los únicos dueños.

ALVARO.
Y el oro ¡todas las puertas
de la ciudad nos ha abierto!
¿Mas si Don Fadrique llega
á sospechar?...
LOPEZ DE AYALA.

No haya miedo
del Maestre. Esta mañana
desplícase de Don Pedro.
Para tomar á Llerena
toda lo tiene dispuesto.
Antes que salga la luna
emprenderán el regreso.

ALBUQUERQUE.
Al sonar las oraciones
en el próximo convento,
á robar á la Padilla
enmascarados vendremos
todos aquí, que esta sala
conduce á sus aposentos.
Yo respondo de la guardia
del Alcázar. ¡Hasta luego!

CONJURADO I.
¡El cielo os guarde, Albuquerque!

ALBUQUERQUE.
¡Señores, guardéds el cielo!
(Salen los caballeros por el primer término
de la izquierda.)

ESCENA II

DON JUAN ALFONSO DE ALBUQUERQUE
Y PERO LOPEZ DE AYALA.

LOPEZ DE AYALA.
Pero, señor ¿qué os dijo
la Reina Doña María?

ALBUQUERQUE.
Que aun en contra de su hijo
nuestro plan apoyaría;
porque á sufrir se subleva
su alma generosa y brava,
el yugo de esa mancha
que hizo á Castilla su esclavo.

LOPEZ DE AYALA.
Mas ¿su hijo?

ALBUQUERQUE.
Desprendido
del yugo de esa mujer,
volverá Don Pedro á ser
esclavo de su valido.
Y si en su fiera arrogancia
se opone á cuanto ambiciono,
no le arriendo la ganancia
ni á Don Pedro, ni á su trono.

ESCENA III

DON FADRIQUE y FERNAN DE CASTRO,
que aparecen por el foro.

FERNAN DE CASTRO.
¿Qué pena os ha encadenado?
¿Qué cédula os estreñece,
que vuestro rostro parece
el rostro de un condenado?

DON FADRIQUE.
¿Cómo no he de estarlo, di!
si llevo — ¡oh, suplico eterno! —
todo el fuego del infierno
ardiendo dentro de mí?
¡Antes cegara que ver
aquellos ojos, que son
causa de mi perdición
y mi eterno padecer!
¡Ojos claros, ojos claros,
¡azules como el ráfio!
¿cómo poder olvidaros,
si me matáis al miraros,
y muero cuando no os miro?
De vosotros me alejé,
creyendo el mal evitar;
pero todo inútil fué,
pues vivo pensando en que
pronto os volveré á mirar.

¡Mas no, que aun antes que ven
mi cerviz doblada al yugo,
he de hacer que mi amor sea
de mi propio amor verdugo!...
Como la muy casta dama,
la de las manos cruciales,
gloria de los Coroneles
y admiración de la fama,
la que con su propio fuego
quiso vencer su hoguera,
yo he de hacer, amor, que luego,
en tu propio fuego, muera.
Si mis ojos han de ser
llamas que te han de avivar,
yo haré mis ojos quemar
para no volverte á ver.

FERNAN DE CASTRO.
Vos que habéis siempre, señor,
al amor esclavizado
¿cómo os habéis transformado
en esclavo del amor?

DON FADRIQUE.
De sus flechas me reí;
me burlé de sus celadas;
mas de las burlas pasadas
¡qué bien se venga hoy en mí!

FERNAN DE CASTRO.
Mas no temed á su estrago,
que la dama más altiva
será feliz, si es cautiva
del maestro de Santiago.

Un niño Don Pedro era
cuando su padre murió.
En bandos Castilla entra
contra él se levantó.
¡Noble y leal con él fuí,
que el cetro que se caía
de su mano, pese á mí,
lo sostuve con la mía!
Mas probarle quiero yo
por su ingratitud cruel,
que el que al trono le subió
es capaz de echarle de él.

LOPEZ DE AYALA.
Mas ¿quién en esta nación
ha de reinar?

ALBUQUERQUE.
¡Voto á tal!
Don Pedro de Portugal,
Don Fernando de Aragón,
Enrique de Trastámara...
Cualesquiera de ellos, pues
cualquiera de los tres,
tiene firme el brazo para
regir el Reino.

LOPEZ DE AYALA.
¿Mas vos?

ALBUQUERQUE.
Nunca de ello presumí,
que es un reino, vive Dios,
poca cosa para mí!
Pues ¡oh, anhela mi esperanza
más premio, mi galardón,
que un cetro: mi férrea lanza;
y un trono: mi duro arzón.
Y mientras pueda blandir
la lanza, Ayala, mis leyes
haré á lanzazos cumplir
á los más altivos reyes.

LOPEZ DE AYALA.
Mas, yo quiero que me explique
vuestro ingenio; ¿cómo es
posible que Don Enrique
esté con nosotros, pues
la Reina madre dió muerte
á la suya?

ALBUQUERQUE.
No hay razón;
que acalla al odio más fuerte
el grito de la ambición.

Y nunca vuestra impudencia
de ese crimen vuelva á hablar,
porque tornan á sangrar
heridas en mi conciencia.
Mas basta de reflexiones,
nuestros planes ultimemos,
y aquí por ella vendremos
al sonar las oraciones.

(Salen por la izquierda.)



DON FABRIQUE.

¡ No ! Que en ímpetus fatales
mi amor se fué á remontar
donde no pueden llegar
ni las águilas caudales.
Y si algún día pudiera
abrigar una esperanza,
es tal mi desventuranza,
que amor, de miedo, muriera.
Desde que mi alma la vió
¡ ay, Fernán Castro, no sé
si ella en mi alma se entró,
ó á ella mi alma se fué !
Pero ya no puedo más...
Oye mi secreto, pues
mi desgracia florará,
cuando conozcas quicn es
la causa de esta pasión
que apagar intento evano :
La esposa del rey, mi hermano...
¡ Doña Blanca de Borbón !

FERNAN DE CASTRO.

(Cubriéndose el rostro con las manos.)
¡ Doña Blanca !... ¡ Qué locura !

DON FABRIQUE.

¡ Ve si mi suerte es horrible,
pues he puesto mi ventura
más allá de lo imposible !
Ya sabes que fui á Narbona
para traerla á Castilla,
á compartir la corona
con don Pedro... De Sevilla
salí — ¡ nunca tal hiciera ! —
anhelando en mi furor
vengar á doña Leonor
recién muerta ea Talavera.
En Narbona la cacontré...
Mas ¡ ay ! apenas la vi,
yo no sé lo que sentí
que sin habla me quedé ;
huyó el color de mi cara,
y se doblaron mis dos
rodillas, cual si me hallara
á la presencia de Dios...
¡ Y desde entonces, fatal,
este amor desesperado
llevo en el pecho clavado,
como si fuera un puñal !
Como curarme no espero,
de arrancármelo no trato,
pues si lo arranco me mato,
y si lo dejo me muero.
Y puesto que he de morir,
en mi desesperación
¡ prefiero al fin sucumbir,
con él en el corazón !

FERNAN DE CASTRO.

Huid de ella, porque bien

dice el sentir de la gente :
cuando los ojos no ven,
el pecho, señor, no siente.

DON FABRIQUE.

Su amor, coningo concluye,
como mi sombra, me sigue ;
y si la persigo, huye,
y si huyo me persigue.
Para mis cuitas finir,
al Rey le vine á pedir
su licencia para ir
á la frontera, á lidiar
con las buesas agarenas...
¡ Bendito el dardo, el lanzón
que, al pasarme el corazón,
me liberte de estas penas !
¡ Para ver si de esta suerte,
luchando, logro olvidar
amor que me ha de matar,
si ya no me dió la muerte !

FERNAN DE CASTRO.

Mas, la reina ¿ os ha alentado ?

DON FABRIQUE.

No sé... ni saberlo quiero...
Sólo sé que enamorado
de ella estoy, y andando muero...

ESCENA IV

DICHOS Y UN PAJE, que *puertra por la izquierda.*

UN PAJE.

Para la marcha, señor,
todos están preparados ;
y á la puerta, de impaciencia,
refincha vuestro caballo.

DON FABRIQUE.

Vamos pronto. A la Padilla,

(Al paje)

ve y dile en mi nombre, Carlos,
que para partir, tan sólo
desq-edirme de ella aguardo.

(El paje sale por la primera puerta de la derecha.)

Le debo á Doña María
gratitud. Prestóle amparo
á mi madre, y generosa,
su vida hubiese salvado
sin la traición de la Reina ;
y si se presenta el caso,
ya verá Doña María
cómo con creces la pago,
que olvidar deudas de honor
no es propio de hombres honrados.



ACTO SEGUNDO. — ESCENA VIII

ESCENA V

DICHOS, DOÑA MARIA Y DOÑA JUANA
GARCIA DE SOTOMAYOR, que *aparecen
por la derecha.*

UN PAJE.

Aquí está Doña María.
*(Don Fabrique y Fernán de Castro se
inclinan.)*

DOÑA MARIA.

¡ El Maestro de Santiago

se va á Llerena de nuevo ?

DON FABRIQUE.

Tan sólo estoy esperando
para partir, que á besar
me deis, señora, las manos,
pues la gratitud que os debo,
ya que no puedo pagaros
con mi vida, dejad que
os la pague con los labios.

(Se inclina y le besa las manos.)

DOÑA MARIA.

No me recordéis memorias que olvidar debemos ambos. Hice por vos cuanto pude. Y sabe que, en todo caso, puede conmigo contar el Maestre de Santiago.

DON FADRIQUE.

Y yo la existencia entera os diese, señora, en cambio, y aun la vida es poco, para lo que os estoy obligado. Adios, señora. Sabed, que en mí tenéis un esclavo, y si alguna vez — en estos tiempos porque atravessamos todo en lo posible cabe — necesitáis el amparo de un brazo y un corazón, si os pueden servir de algo, aquí, señora, tenéis mi corazón y mi brazo.

(Don Fadrique y Fernán de Castro se inclinan, y salen por la izquierda seguidos del paje.)

ESCENA VI

DOÑA MARIA y DOÑA JUANA GARCIA DE SOTOMAYOR.

DOÑA JUANA.

Pálida estás, duca mía! No parece sino que, con la claridad del día, vuestra claridad se fué.

DOÑA MARIA.

Don Pedro cazando está, y sin él vivir no puedo. Es sol que vida me da, y cuando mi sol se va yo no sé cómo me quedo, pues tras su recuerdo fiel vaga aturldo mi amor dando aullidos de dolor, igual que un ciego lebré en busca de su señor. Mi corazón se subleva cuando pienso en su partida. ¿Cómo no quedar dolida, cuando en sus manos se lleva como un anillo mi vida? ¡Vida que tan suya es, que si de ella se cambara, yo misma la deshojara como una flor á sus pies!

ESCENA VII

DICHOS y MENCIA, con un laúd en la mano.

ISABEL y damas, que entran por la verja del jardín.

MENCIA, acercándose á doña María.

Aquí el laúd. El laúd de aquel joven trovador que, prendado de la reina doña Juana de Aragón, le hablaron una mañana muerto al pie de un torcón, con un venablo clavado en mitad del corazón. Tiene las cuerdas de plata... ¡ Señora, pulsado vos, que sólo pulsarlo deben manos que sepan de amor!

DOÑA JUANA.

Cantadnos, doña María, alguna nueva canción, que los cantares y el vino hermanos genitos son, pues ambos dicen que espantan las penas del corazón.

MENCIA.

¿ Os acordáis de la trova á Sevilla, que al fulgor de la luna sobre el río, en vuestra barca cantó aquel remero de Gelves con lágrimas en la voz? Era una noche de Mayo... Don Pedro estaba con vos, apenas convaleciente de su mal. Bajo el blancor del plenilunio, la barca se deslizaba veloz, como perdida en un sueño de blancos lirios en flor. ¿ Os acordáis? En el aire se respiraba el olor de las riberas floridas de azahares... Se extinguió como un perfume en el viento el eco de la canción... ¡ Recitad aquella trova, que quiero aprenderla yo!

MENCIA.

¡ Recitadla!

MENCIA.

¡ Recitadla!

DOÑA JUANA.

¡ Siquiera por el amor de esa ciudad que os adora igual que se adora á Dios!

DOÑA MARIA, acompañándose de un laúd.

Eres, Sevilla, igual que una

sultana pálida de amor, que encanta un rayo de la luna sobre un morisco mirador. Tu regia pompa se retrata bajo tus cielos de azafí, como en espejos de oro y plata en el azul Guadalquivir. Tu nombre, dulce de cantar, glorioso como el del laurel, huele á jazmines y azahar, suena á laúd y sabe á miel. Mansión de encantos hecha para, sin voluntad, morir de amor, como una flor que deshojara el salpicar de un surtidor.

Los ojos que una vez te ven, siempre contigo han de soñar, y ni en la gloria del Edén podrán tus glorias olvidar. Aureo joyel de Andalucía, otra ciudad cual tú no existe, pues es, Sevilla, la alegría, la regia pompa que te viste. Córdoba tiene su mozquita, Jaén su altiva catedral... Sevilla nada necesita ¡ porque Sevilla tiene más! Cielos más claros que ninguna, nocles más limpias y bellas... Aquí es más fulgida la luna y más brillantes las estrellas. Tu juventud, ebria de amores y sol, no sabe lo que es frío... En ti no nievan sino flores, y llueven perlas de rocío. Ciudad formada para el sueño más bello del amor, tienes la sangre del clavel y el corazón del ruiseñor... ¡ Ciudad formada para el sueño más bello del amor!

(Pequeña pausa. En el jardín aparece la luna.)

DOÑA JUANA.

Toda el alma de Sevilla, igual que un ramo de azahar sobre el seno de una novia, perfuma en ese cantar. *(Resuena un estruendo de trompas de guerra en el foro.)*

DOÑA MARIA, alarmada. Esas trompetas ¿ qué son?

DOÑA JUANA.

Don Fadrique que se va á Llerena con los suyos.

MENCIA, desde el fondo. Venid, señora, y mirad como atraviesan sus huestas las calles de la ciudad.

ISABEL, desde el jardín. ¡ Qué gallardo va el Maestre cabalgando en su alazán!

DOÑA JUANA.

Desde el jardín los veremos...

MENCIA.

¡ Venid, señora, y mirad! *(Doña María y las damas se dirigen al jardín entre el clamor de las trompetas. Al ir á salir Mencia, la detiene Beltrán, que entra rápidamente por la izquierda.)*

ESCENA VIII

BELTRÁN y MENCIA.

MENCIA.

¡ Siempre os encuentro á mi lado! ¿ El rey, acaso, Beltrán, para honrarne, os ha nombrado mi guardián? ¡ Vuestra tequedad me asombra! ¿ Cuándo libre me veré!

BELTRÁN.

¡ Cuando os deje vuestra sombra, yo, señora, os dejaré!

MENCIA.

Siempre que hablo, me contesta como un eco dolorido vuestra voz torpe y molesta... ¿ Cuándo dejará mi oído de escuchar las tristes quejas de vuestros locos amores?

BELTRÁN.

¡ Cuando dejen las abejas de buscar miel en las flores!

MENCIA.

¡ Es vana vuestra porfía! ¡ Dejadme ya, señor paje!

BELTRÁN.

No puedo, Doña Mencia, que traigo un doble mensaje. *(Mencia intenta escapar. Beltrán la detiene.)*

Escuchad... El Rey lo ordena.

MENCIA.

Si me niego á obedecer, decid, Beltrán ¿ qué condena el Rey me puede imponer?

BELTRÁN.

Su justicia es vengadora con la traición... Ya sabéis... Que os den mil besos, señora, donde vos mejor gustéis; pues generoso es su pecho, y á los reos de traición suele dejar un derecho: el derecho de elección.

MENCIA.

¡Mi besos! ¡Ay, qué insolencia!

BELTRAN.

Y éstos mis labios serán,
los dos verdugos que harán
en vos firme la sentencia.

MENCIA.

¿Y si á cumplirla me niego?

BELTRAN.

Mis brazos serán prisión
¡y os quemaréis en el fuego
dentro de mi corazón!

MENCIA.

Por no sufrir tal ultraje
os oigo. Como es de ley,
decid el doble mensaje...
Pero primero el del Rey.

BELTRAN.

Ya sabéis, Doña Mencía,
que como mozo galán
gusta de la cetrería...
Sobre un soberbio alazán,
todo enjaezado de oro
y perlas, que le envió
desde Granada el Rey mudo,
esta mañana salió
con otras nobles señoras,
de Sevilla la real,
á probar unos azores
llegados de Portugal.
Y como soy su halconero
favorito, también iba
cabalgando en un oviero
en la regia comitiva.

Por esos montes cazando
pasamos entero el día
él, en su dueña pensando,
y yo en vos, Doña Mencía.
A su lado me llamó,
y en voz baja me ordenó
que regresase á Sevilla,
galopando á rienda suelta,
para dar á la Padilla
la noticia de su vuelta.
Y encontrar no pudo él
un mensajero mejor
¡que al más cansado corcel
alas te presta el amor!
Y ya que os di su mensaje,
ahora, señora, escuchad
otro que para vos traje.
¡Mis tristes ojos mirad,
y ellos os dirán, Mencía,
todo lo que el alma siente
cuál decirlo no podría
el labio más elocuente!

¡Mirados por vos llorar,
pues el llanto es el mejor
lenguaje para expresar
las tristezas del amor!

MENCIA, *contmovida.*

¡Beltrán, Beltrán, yo no quiero
que sufras así... que llorés!
Ven, mira: aquel limonero,
está dejando sin flores
mi señora... Trae un ramo
tan grande, que se dejara
que es ella la Primavera.

BELTRAN.

¡Mencía...! ¡cuánto te amo!

MENCIA.

¡Calla, calla, señor paje!
¿Cuándo al fin te callarás?
Se acerca ella y podrás,
ahora, decirle el mensaje.

[Se dirigen al jardín, donde se ven cruzar á Doña María y algunas damas. Por la puerta de la izquierda aparecen Albuquerque y Pero López de Ayala.]

ESCENA IX.

ALBUQUERQUE Y PERO LOPEZ DE AYALA.

ALBUQUERQUE.

Alguna noticia urgente
Beltrán ha traído. Acabo
de verle entrar á galope
desempeñando ese patio.
Tró las bridas al cuello
y descabalgó de un salto,
y aquí se entró tan de prisa
que alcanzarle no he logrado.

LOPEZ DE AYALA, *temeroso.*

¡Si algún traidor á Don Ped o
le dió la noticia, estamos
perdidos!

ALBUQUERQUE.

¡Por qué temores,
si armas tenemos y brazos?
Y puesto que en esta empresa
la cabeza nos jugamos,
si á traición nos han vendido,
en vez de esperar temblando
como viles muerzuelas
las caderas del tirano,
esperemos como hombres,
con las armas en la mano.
Retroceder no es posible;
todo está ya preparado;
prontas las gentes de armas;
los corceles enjaezados.



ACTO SEGUNDO. — ESCENA XI.

Al sonar las oraciones
aquí estaremos. En tanto,
para que seguir no puedan
las huellas de nuestros pasos,
desjarretaremos todos
los corceles que han quedado
en esas caballerizas...
Y encerraremos, al paso,
en las cuevas del Alcazar
palafreneros y esclavos.

LOPEZ DE AYALA.

Aquí viene la Padilla
con Beltrán.

ALBUQUERQUE.

Ayala, vámonos,
no sospeche de nosotros,
al mirar que le espíamos.
[Se van por la izquierda.]

ESCENA X.

DOÑA MARIA, DOÑA JUANA, MENCIA,
ISABEL, BELTRAN, Y DAMAS que en-
tran por la verja del furo con grandes
ramos de flores.

DOÑA MARIA.

Frescas guirnaldas de rosas

en los arcos colocad,
cubrid de lirios el suelo
y mi cámara adornad
con manojos de claveles
y con ramos de azahar,
que mi amor regresa y gusta
entre flores reposar.

[Algunas damas suspenden guirnaldas de los arcos. Otras pegan con las flores en el aposento de Doña María.]

Encended todas las lámparas,
y de las arcas sacad
la veste mejor labrada,
el más soberbio collar,
las joyas más ricas, todo
cuanto me pueda ataviar,
porque le gusta mirarme
ataviada á mi galán.
Cumplid mis órdenes presto...
¿ Llegará pronto, Beltrán?

BELTRAN.

Tal ansia tiene de veros,
que, para pronto llegar,
alas su misma impaciencia
á su corcel prestará.

MENCIA, *saliendo de la estancia.*
Señora, el Rey ha llegado.

BELTRAN.

Aquí le tenemos ya.
(Aparece Don Pedro por la estancia de Doña María, vestido de caza, y con un gorrillo al puño. Doña María corre hacia él.)

ESCENA XI

DICHOS y DON PEDRO.

DOÑA MARÍA.

¡Don Pedro!

DON PEDRO.

¡Doña María!

¡Felices ojos que van á verte, después de tantas horas que ciegos están!

DOÑA MARÍA.

¡Mi corazón va á romperse de tanta felicidad!...
¿Cómo llegaste tan pronto?

DON PEDRO.

Un deseo de mirar
tu pupila, de sentirte
entre mis brazos temblar,
me acometió de repente...
Volví rienda á mi alazón...
Nadie sabe mi partida
ni nadie me ha visto entrar...

DOÑA MARÍA.

¡Dueñas mías, dueñas mías,
marchoas á descansar!

(Salen las damas por la puerta de la derecha.)

ESCENA XII

DON PEDRO y DOÑA MARÍA.

DOÑA MARÍA.

¿Vendrás fatigado de la cetrería?

DON PEDRO.

Tres leguas por verte corrí en una hora...
¿Mas qué son tres leguas, si el amor nos guía?
Amor tiene alas, distancias devora...
Con las bridas sueltas, flotantes las crines,
sintiendo la espuela sangrar los hijares,
mi corcel volaba por esos jardines
que nevian el suelo con sus azahares.
Un rastro de flores dejó su carrera.
¡Amorosamente temblaban sus ancas,
igual que si en ellas resbalara sintiera
las tibias caricias de tus manos blancas!

DOÑA MARÍA.

¡Oh, dulces verdades y tiernas mentiras!
¡Qué alegres mis manos en tus manos presas!

Se apagan mis ojos, si tú no los miras;
Se secan mis labios, si tú no los besas...
A tu lado, todo de gozo florece...
¡Viéndome en tus ojos recobro la calma,
porque al verme en ellos, señor, me parece
que miro mi alma dentro de tu alma!

DON PEDRO.

¿Te acuerdas, María? ¿Te acuerdas, María?

Te vi en una tarde clara como ésta...

También, como ahora, de caza volvía,

galopando sólo por esa floresta,

gerifalte al puño y al cinto la espada,

ebrio con la gloria de mis quince abries,

sueños á la fresca brisa perfumada

mis rizos y ondulosos rizos juveniles...
Entre locos sueños, en la maravilla

de la tarde, el alma respiraba entera

el perfume múltiple que exhala Sevilla,

que es todo el aroma de la Primavera.

Bajo el argentino claro campaneo

que la floreciente tarde armonizaba,

sediendo de presas, era mi deseo,

como el gerifalte que al puño llevaba.

Refrém mi pelo... Revoloteaban

las palomas sobre tu alfilerar, María.

Unas, en tus manos, el trigo picaban,

y otra, más traviesa, su pico extendía

buscando tus labios, con su temblorosa

plumaje peinando tu negro cabello.

Mi halcón sobre ella lanzóse celoso,

y sus corvas garras las hundió en su cuello.

¡Y lanzando un grito de horror doliente,

á tus propios senos llevaste la mano,

igual que si en ellos sintieras la herida

de amor que tiene garras de milano!

DOÑA MARÍA.

¿Y cómo mi labio reprimir podría
su grito de angustia, si también tu halcón,
al par que apresaba la paloma, hundía
sus garras sangrientas en mi corazón?
Un presentimiento suspiró á mi oído,
con la voz que oímos temblar en un sueño:
— ¡Tu alma ya no es tuya! ¡Su dueño ha
venido!

¡Y alma y vida juntas, se las di á mi dueñof
Te amo, porque eres generoso y fuerte:
porque me subyugó tu altivo mirar;
porque ha encajado tu orgullo á la muerte,
y altivo la miras sin pestañear.

Y cuando mis manos tus rizos separan,
de orgullo y de miedo salta el corazón,
y mis dedos tiemblan, cual si acariciaran
las emmarañadas crines de un león...

¡Reposa en mis brazos! ¡Da todo al olvido...!

¡Qué te importa reinos, cetro, ni corona?!

¡Con las zarpas prestas y atento el oído,

mi león, tus sueños vela tu leona!

ESCENA XIII

DICHOS y BELTRAN.

que entra por la derecha.

BELTRAN.

Su Alteza me perdone... mas venia...

DON PEDRO.

¿Qué pasa? Di, Beltrán ¿cómo te atreves

á penetrar aquí?

BELTRAN, tembloroso.

Están, Don Pedro,

desjarretados todos los corceles

de las caballerizas...

DON PEDRO.

¿Es posible?

¿Mas cómo? Di, Beltrán...

BELTRAN.

Venid y vedes.

Hasta vuestro alazán, en ese patio,

bañado en sangre está y en sudor muere.

DON PEDRO.

Dame un hierro, Beltrán. Vuelvo, María.

¡Sepamos presto qué misterio es éste!

(Beltrán sale con Don Pedro por la primera puerta de la derecha. Suenan las oraciones en un convento próximo. Algunas sombras aparecen en el fondo del jardín.)

ESCENA XIV

DOÑA MARÍA y CON JURADOS.

DOÑA MARÍA, rezando.

¡ Señor, por las afrontas que sufriste,
haz que repose el corazón del triste,
y que sus llagas dolorosas
se conviertan en rosas!

¡ Señor, por las afrontas que sufriste!

¡ Señor, por el dolor de tu pasión,
unge con la piedad de tu perdón

á los que en brazos del mal gimen,
á la traición y al crimen!

¡ Señor, por el dolor de tu Pasión!

¡ Señor, por las espinas de tu sien,
por la sangre que corre por tu faz,

da á los ojos del sueño, y da también
al corazón la paz!

¡ Que nadie turbe vuestra gloria! ¡ Amén!

(Los conjurados se han ido acercando cauto-

losamente á Doña María. Esta, al levantarse,

les contempla, y retrocede asustada.)

ALBUQUERQUE, en voz baja á los conjurados.

Vigilad esas puertas...

TELON RAPIDO.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

Galería en el castillo de Medina del Campo. Al fondo, una gran puerta gótica que da a la iglesia. A la izquierda, dos amplios arcos que conducen a las alambas. A la derecha, la puerta de la cámara de Doña María de Padilla, y un postigo que se supone da a un subterráneo. En el centro de la escena, un alto crucifijo de talla, iluminado por una lámpara de aceite.

ESCENA I

DON JUAN ALFONSO DE ALBUQUERQUE, DON JUAN DE LA CERDA, DON FERNAN RUIZ DE CASTRO, y FJOSDALGOS, conversando en torno de la cruz.

ALBUQUERQUE.
¡Fijosdalgos de Castilla, fijosdalgos que jurasteis por la cruz de nuestro acero y el honor de vuestra sangre, prestad amparo á las Reinas contra el Rey, llegó el instante en que, matando ó muriendo, vuestra palabra cumplís, que abandonar tales damas en tan peligrosos trances, no es propio de caballeros que se precien de galanes! Frente á Medina, Don Pedro piensa sentar sus reales. Y en su furor ha jurado no alzarlos, mientras no sacie su venganza — no en nosotros, que hombres romos y no en balle ceñimos cotas y espadas para morir como tales — sino en la sangre inocente de su esposa y de su madre. Y vosotros, fijosdalgos, si á vuestro honor sois leales, en tanto que por las venas corra una gota de sangre ¿permitiréis que se camj lan juramentos semejantes? FJOSDALGOS.
¡Nunca!

ALBUQUERQUE.
(Solamente arrodillándose al pie del crucifijo.)

¡Por los Evangelios juro, á los pies de esta imagen, prestar amparo á las Reinas!...
Y antes que las desampare, que mi cabeza mir, is sangrando de esos adarves, y piquen cuervos mis ojos, y conan lobos mis carnes!

FJOSDALGOS.
(Arrodillándose y extendiendo los brazos para jurar.)
¡Nosotros también juramos!

ALBUQUERQUE.
(Levantándose y señalando á las alambas.)
¡Desplegad los estandartes, enjaezad vuestros corceles, que antes que la aurora bañe las torres de este castillo con sus vivas claridades, las roneas troznas de guerra atronarán esos valles, para salir al encuentro de las menadas reales!

(Los fijosdalgos se inclinan, y salen por la arquería de la izquierda.)

ESCENA II

ALBUQUERQUE, LA CERDA, FERNAN RUIZ DE CASTRO y SANCHO FERNANDEZ DE TORO, conversando en el primer término de la izquierda.

ALBUQUERQUE.
¿Qué noticias, campeones, trajeron de nuestro campó?

SANCHO.
La gente de Doa Enrique, de Toro se ha apoderado; y los Infantes esperan tomar Burgos por asalto.

LA CERDA.
Y el Rey, á nuestro mensaje ¿qué respondió?

ALBUQUERQUE.
Don Fernando, repetid á estos señores como cumplisteis mi encargo.

CASTRO.
(Un fuce desconcertado.)
En servicio de las Reinas llegué ayer tarde á su campó, en la punta de mi lanza mi blanca toca agitando. Paré á la tienda del Rey; y las rodillas doblando quise entregarle los pliegos... ¡mas los rechazó su mano! Y me dijo, lentamente, con los dientes rechinando, cual si sus propias palabras las desgarrase en los labios: — No quiero ver esos pliegos, ni me habléis de ellos, Fernando, que pliegos de esa ralea manchan mis reales maros. Para que de ellos no queden ni los más ligeros rastros, á vuestra vista, el verdugo ahorca mismo va á quemarlos ¡y aventará para siempre, su ceniza en el espacio! Vos, volved con los rebeldes, y si ahora merced os hago de la vida, es porque espero mañana mismo colgaros de los muros de Medina sobre el almenar más alto. Y volviéndose la espalda, salió, furioso, exclamando: — ¡Pronto, mis gentes de armas, prended fuego á todo cuanto en este lugar se encierra, para que el fuego sagrado devore lo que el aliento de un traidor ha prolanado!

(Pausa.) Más desconcertado. Ya no hay que pensar en paces... ¡Don Pedro no admite pactos, ni dará á nadie cuarte!...

ALBUQUERQUE, violentamente.
Mas ¿quién en ello ha pensado? No hay más razón que las armas... ¡Y á las armas apelamos! ¿Medina suya? ¿Medina será de Don Pedro, cuando mi cinto no lleve espada, ni mis hombros tengan brazos!

HOMBRES, con recelo.
Mas ¿si hay traidores?

ALBUQUERQUE.
Se cuelgan de una almena, para justo de las aves de rapiña...

LA CERDA, insistente.
Mas si entre ellos, acaso hubiese alguno...

ALBUQUERQUE.
¡Don Juan de La Cerda, hablemos claro! ¿Sospecháis?...

LA CERDA.
De Don Fadrique, CASTRO, con violencia.
¡Vive Dios, que es de villanos oíender al que no puede, por no estar presente al caso, á la lengua que le ultraja arrancarla con su mano! Mentis, si tal sospecháis... LA CERDA, indignado, empuñando la espada.
Esas frases, Don Fernando...

CASTRO, echando mano á la espada.
¡Siempre sostuvo mi espada lo que dijeron mis labios! ALBUQUERQUE, interponiéndose con energía.
¡Callad... ó haré un escarmiento!

(A La Cerda.)
¡El Maestre de Santiago, no puede inflamar la cruz que sangra sobre su mano! Además, ni es de los nuestros; nada oireó ni ha jurado. A servir vino á las Reinas con el Rey, de intermedario. Marchad, Don Juan, á dar órdenes á la gente. Don Fernando, vos, anunciad á las Reinas, que al bañar el sol los campó profesará la Padilla. Mas antes, daros las manos...

(Don Fernán Ruiz de Castro y La Cerda vacilan un instante. Después, se estrechan firmemente las manos.)

LA CERDA, en voz baja.
Las palabras que dijisteis...

CASTRO, idem á La Cerda.
Os las sostendré en el campo. *(Sale La Cerda por el primer término seguido de Don Sancho.)*

ESCENA III

DICHOS y DON ALVARO DE ZUÑIGA, que entra por el segundo término de la derecha. Al verle, se detiene Don Fernando.

DON ALVARO.
¡Señor!

ALBUQUERQUE.

¿ Mi encargo cumplisteis ?

¿ Y las Reinas...

DON ALVARO.

Con sus damas,
en el salón de esa torre
ataviándose se hallan.

ALBUQUERQUE.

¿ Y la Padilla ?

DON ALVARO.

En su celda,
con Don Fadrique, se halla...
y á la profesión se muestra,
al parecer, resignada.

ALBUQUERQUE.

Acompañad al de Castro
de las Reinas á la estancia,
y ejerced sobre el castillo
la más dura vigilancia.

(Sale por el segundo término de la izquierda.)

ESCENA IV

DON ALVARO y FERNAN RUIZ DE CASTRO.

CASTRO.

(Viendo desaparecer á Albuquerque, y dirigiéndose á Don Alvaro.)

¿ Sois Don Alvaro de Zúñiga ?

DON ALVARO, sorprendido.

¿ Qué queréis ?

CASTRO, mirándole fijamente.

Oíd en calma,
mancebo. ¿ De este castillo
sois el alcalde, y la guarda
de la Padilla os tienen
también en él confiada ?

DON ALVARO, alarmado.

Es cierto.

CASTRO, con lentitud.

Porque creisteis,
que la Padilla fué causa
de que nuestro padre fuera
desterrado de su patria.

¿ vos habéis sido, Don Alvaro,
traidor á vuestro monarca ?

DON ALVARO, sin poder contenerse.

¡ Vive Dios, que si seguís
hablando !

CASTRO, con seriedad.

¡ Mancebo, calma,
que os conviene más que á mí
el escuchar mis palabras !

¡ Don Alvaro, respondedme
con sinceridad, que os habla
un hombre, para quien vos
oculto no tiene nada !

(Acercándose á Don Alvaro.)

¿ Es cierto, que al conocer
la verdad de la desgracia

de vuestro padre, ¿ que á ella
era la Padilla estrada,
pues obra fué de los mismos
que hoy defiende vuestra espada,
habéis jurado, Don Alvaro,
de todos tomar venganza,
y arrepentido, del Rey
queréis volver á la gracia,
para lo cual á su campo
llegasteis ayer mañana ?..

DON ALVARO, espantado.

¿ Pero, quién sois, vive Cristo ?

CASTRO.

Vuestra conciencia que os habla.

(Con lentitud.)

¿ No habéis ofrecido al Rey

darle en el castillo entrada

esta noche, por alguna

galería subterránea

de vos sólo conocida ?

Pues vamos... ¡ Don Pedro aguarda

á que ahora, devoto, cumpla

Don Alvaro su palabra !

Aquí he venido á avisaros...

¿ Vuestra gente preparada

se encuentra, á prestar su apoyo

á las huestes del monarca ?

DON ALVARO, con sentido.

Sólo á su señor esperan

para morir por su causa.

CASTRO.

A la entrada de la cueva

nuestro señor nos aguarda.

DON ALVARO, señalando el postigo.

Pues vamos... ¡ Si me traicionas,

no te arriendo la ganancia !

(Desnudando el puñal, y saliendo recatadamente detrás de Castro, por el postigo.)

ESCENA V

DOÑA MARIA DE PADILLA y DON FADRIQUE, que sale por la primera puerta de la derecha.

DON FADRIQUE.

Señora, á salvaros vine,

yo no hay tiempo que perder

No dejad que tarde os pague

deudas que aún no os pagué,

que ser deudor de favores

á un noble no sientan bien.

Me enteré de vuestro rapto

cuando á Llerena llegué,

por un pliego de mi hermano

y de las Reinas, en que

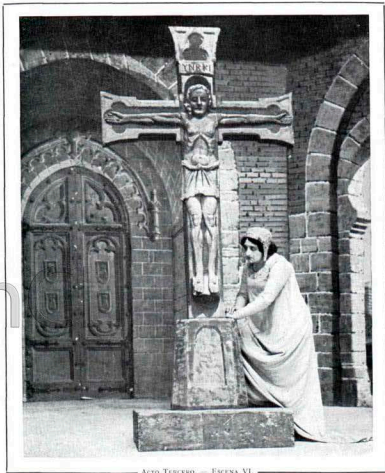
se me instaba á que tomase

parte en la traición también.

Y pensando en que salvaros

podiera, el plan acepté.

Conmigo podréis partir



ACTO TERCERO. — ESCENA VI.

con el alba... Yo estaré
con mis huestes, esperando
de esas murallas al pie.
Conozco un camino oculto
y salir por él podréis.

DOÑA MARIA.

Perdonad, señor Maestro,
que rechace auxilios que,
aunque agradecidos os quede,
aceptar nunca podré,
porque el aceptarlos fuera

cobardía, y no altivez,
y entre cobarde y altiva,
altiva prefiero ser.

A traición me arrebataron
de los brazos de mi bien.
El sabrá vengar la ofensa...
¡ De aquí, señor, no saldré,
y perdonad mi osadía,
sino del brazo del Rey !

DON FADRIQUE.

¡ Mas, yo vine aquí á salvaros,

y os juro que os salvaré, aunque tenga que arrasar esta fortaleza, pues dejaros aquí ahora, fuera acción indigna de quien ciñe acero y viste mallas y lleva esta cruz también! No abrid la boca en ira, porque todo inútil es. Cuando despierte la aurora, señora, profesaréis. ¡Para salvaros, en vano sus huesos congega el Rey, porque al llegar á estos muros no habrá ya esperanza, pues será la esposa de Cristo imposible para él!

DOÑA MARÍA
Mi alma entera os agradece vuestra ayuda. Mas no huiré, porque no diga la gente que, cobarde — al fin mujer — por tener á su venganza de sus manos me escapé; que quien nunca ha delinquido nada tiene que temer. Aquí espero mi destino. Y si mi destino es ahogar mi vida en un claustro, tranquila al claustro me iré, á buscar á mis dolores el consuelo de la fe.

DOX FABRIQUE.
Pues bien, señora, me marchó, no voyan á sorprender nuestra entrevista, y sospechen... A solas, pensado bien... Yo, al pie de esos torreones, aguardo al amanecer... Y si partir no quisierais... yo sólo me partiré, porque presenciar no quiero infamias de este jaez... que el presenciarlas indigno de un noble, como yo, es...
(Se inclina, y sale por el primer término de la izquierda.)

ESCENA VI

DOÑA MARÍA DE PADILLA.

(Sola y abatida, al pie de la imagen.)
¡Piedad, piedad, Señor! ¿No le ha bastado á tu rigor las penas que he sufrido?
¡Tantos insultos como he devorado!
¡Tantas saetas como me han herido!
El vulgo vil escarneció mi nombre; mi fama manchan la traición, el dolor...
¿Que vos sufristeis más? Vos erais hombre,

y además erais Dios... ¡Y yo soy sólo una débil mujer deamparada que, en su doliente y lacrimoso anhelo, á vuestros santos pies arrodillada, lo que no halla en la tierra pide al cielo!
¡Ayúdame, Señor, porque me falta la fuerza, y el cansancio me domina...
¡Mi altiva frente, que brilló tan alta, hoy entre el polvo del dolor se inclina!
¡Pequé, Señor, pequé... sueños livianos me apartaron de ti...! Tú eres testigo que, viniendo el castigo de tus manos, aceptaré, gustosa, tu castigo!
¡Revolcándome en lecho de serpientes, retorciéndome en medio de las llamas, aun cuando crujan de terror mis dientes y ardan mis huesos como secas ramas, yo alabaré tu gloria justiciera, porque hambrienta de gozes me he entregado con todo el cuerpo y con el alma entera á los falsos deleites del pecado!
Con la justicia, tu poder coronas... Pero, piensa, señor, si Tú, que eres todo misericordia, no perdonas á los pobres mortales ¿cómo quieres que ellos, que son salvajes como potros y vengativos como saltadores, dando al óvido agravios y remos, se derelonen los unos á los otros?
¡ Dale lepra á mi carne al alma fuego, condéname al más bárbaro castigo, que tranquila á tus cóleras me entrego, y en mi suplicio tu rigor bendigo, pero salva este amor que Tú creádiste dentro del corazón, para que fuera en las tinieblas de mi vida triste, la única estrella que su luz me diera!
(Permanece un momento sollozando al pie de la cruz.)

ESCENA VII

DICHA, DOÑA BLANCA y DOÑA SOL.

(Estas últimas aparecen por el segundo término de la izquierda, y se detienen al ver á la Padilla.)

DOÑA BLANCA.

(Sollozando á la Padilla.)
¿Aquí está ya!

DOÑA SOL.

(Deteniéndose.)
¿Qué va á hacer su alteza?

DOÑA BLANCA.

(Imponiéndole silencio con un gesto.)
¡Cállad, cállad!
Voy á hablar á esa mujer...
¡ Vos, el patto vigila!
(Avanza resueltamente hacia la Padilla, la cual, sorprendida, se alza y retrocede.)

DOÑA MARÍA, alzándose.
¡Esto más!

DOÑA BLANCA, con alegría.

¡Al fin os vi...!
¿Os extraña mi presencia, ó es que os grita la conciencia al miraros frente á mí?
(Doña María inclina la frente y baja los ojos.)

Palidece vuestra tez, y bajáis los ojos; tal se presenta el criminal ante la vista del juez!
DOÑA MARÍA, cayendo de rodillas.
¡Piedad, señora!

DOÑA BLANCA, aproximándose á ella.

¿De mí, tú, manceba, la has tenido?
¿A vengar aquí he venido los ultrajes que sufrí!
Sin pena dejé mis lares, olvidando en mi alegría mis recuerdos familiares, pensando que aquí hallaría cuanto anheloaba soñar: la dicha, el amor y un trono...
¡y en el más negro abandono, al despertar, me encontré!
Herida de sus desdenes por las burlas asesinas ¡ con la corona de espinas sangrando sobre mis sienas!
Cuanto soñaba era tuyo... tú mataste mi esperanza... ¡ Ya que no mi amor, mi orgullo está pidiendo venganza!

DOÑA MARÍA, suplicante.
No pudisteis ofrecerme venganza más ejemplar...
¿Qué más venganza que verne á vuestras plantas temblar, sin vida y color la tez, igual que ante vos me veo?
Tenéis razón... ¡ Soy un roo á la presencia del juez!
Óldme como juez, ahora, que á vuestro arbitrio me ofrezco. Mas, perdonadme, señora, si vuestro perdón merezco.
(Pequeña pausa. Doña María la contempla sumisa.)

No me miréis tan severa.
¿Pues qué culpa tengo de que en mi pecho creciera lo que el cariño sembró?
(Con profunda emoción.)
Amor brota, porque sí; y sin ley y sin razón florece en el corazón... como ha florecido en mí.

DOÑA BLANCA.

La pasión que sin piedad del alma se enseñorea ¿ estáis segura que sea amor, y no vanidad? Deslumbra el regío fulgor del trono... á su resplandor ¿ Quién acierta á distinguir la vanidad del amor?

DOÑA MARÍA.

¿Qué me importa su realza, su gloria y su poderio, cuando no existe grandeza comparable al amor mío?
¿ Bien se conoce, señora, que en vuestra alma en rejos, aún no despertó la aurora de ese anhelo misterioso que no sabe qué desea, y es al par dicha y tener, cuando tenéis una idea tan mezquina del amor!
Si mi amado pobre fuera, fuera mayor mi contento, pues por pobre le quisiera aún con más desprendimiento. Si fuese moro ó judío, fuera menor mi cuidado, pues al verle despreciado le amara con mayor brío. Si fuese traidor y falso ¡ con qué orgullo subiría para hacerle compañía la escalera del caldalo!

Y aun leproso le quisiera, para que siempre, apartado de todos, sólo á su lado á mi cariño tuviera.
¿ Con qué placer, en su encierro, mi amor en su solitaria la sangre le lamiera; de sus flagas, como un perro!
(Exultando hasta el frenesí.)
¿ Que me ciega su corona?
¡Cállad, señora, esa ofensa, porque mi amor no ambiciona ni sueña más recompensa que sus miradas amantes, pues ellas son para mí de más precio que el rubí, las perlas y los diamantes, los berlíos y las gemas que, cual mágico tesoro, resplandecen en él, de sus fúlgidas diademas.
¡ Y es mi afecto tan profundo, que para amarle, quisiera, que en mi corazón latiera todo el corazón del mundo!

DOÑA BLANCA, *conmovida*.
Pues bien; si tanto le amáis
— en vuestras palabras creo —
¿ por qué no sacrificáis
á su paz vuestro deseo?
¡ Amor no es sólo gozar!
amor es también sufrir,
sentir su fuego y morir
quemándose sin gritar!

DOÑA MARÍA.
¡ Si mi amor, sin mí viviera
feliz, sacrificaría,
no esta pobre vida mía...
sino mí!... si las tuviera!

(*Cae de rodillas, con las manos juntas.*)
Sois joven, hermosa y pura...
A vuestras plantas, de hinojos,
por el llanto de mis ojos,
por mi perdida ventura,
por todo cuanto sufrí,
mi amor os suplica ahora.
¡ Hacedme feliz, señora...
mas que se olvide de mí!

(*Llorando.*)
Y yo, en el claustro encerrada,
de esa santa cruz al pie,
al cielo le rogaré,
de mi alma destrozada
arrancando las raíces
de esta amorosa ansiedad:

¡ Que seáis felices, felices
por toda la eternidad!
(*Con boca descompuesta.*)
Mas si él no olvida mi amor...
si me busca... á él tornaré
¡ y por su amor dejaré
hasta el trono del Señor!

DOÑA BLANCA.
(*Profundamente conmovida, con los ojos
arrojados en lágrimas, alzando á Doña María.*)

¡ Señora, del suelo alzad,
recobrad vuestro sosiego,
y si es posible, os lo ruego,
mi imprudencia perdonad!
Y que á mí palabra abone
el llanto que mi alma llora.

DOÑA MARÍA.
(*Volviendo á su cámara con voz solenne,
al traspasar los umbrales.*)
¡ Perdonémosos, señora...
para que Dios nos perdone!

ESCENA VIII

DOÑA SOL y DOÑA BLANCA.

DOÑA SOL, *descendiendo á su señora*.
Os lo dije, mi señora...
Fué imprudencia...

DOÑA BLANCA, *conmovida*.
No lo ha sido...

¡ Maldita la tiranía
que así esclaviza al cariño!
¡ Si ella tiene herido el pecho,
mi pecho está más herido!
Las dos un mal padecemos...
¡ y cómo odiamos, Dios mío,
si nuestra pena es la misma
y nuestro crimen el mismo!

DOÑA SOL, *con misterio y temor*.
Señora, si alguno oyese...

DOÑA BLANCA.
¡ Qué me importa, si ya he oído
gritar mi alma en su alma,
maldiciendo del destino!
¿ Por qué el Señor, si es un crimen,
me lo puso en mi camino?
(*Dirigiendo los brazos al cielo.*)
¿ Qué culpa, decid, qué culpa
tengo yo de haberle visto,
y que quedase en sus ojos
este corazón cautivo?
(*Queda un momento abatida.*)

DOÑA SOL.
(*Viendo á Don Fadrique, que aparece por
el segundo término de la izquierda.*)
Señora, el Maestro llega.

DOÑA BLANCA, *recobrándose*.
¡ Cállate, corazón mío!

ESCENA IX

DICHAS y DON FADRIQUE, *que aparece
por la arca del segundo término de la
izquierda.*

DOÑA BLANCA, *á Don Fadrique, que se inclina
ante ella.*

¿ Conque os marcháis, Don Fadrique?

DON FADRIQUE.
Si vuestra venia me dais,
marcharé con la alborada.

DOÑA BLANCA.
¿ Y adónde el Maestro va?

DON FADRIQUE.
Puesto que armado me veis,
señora, no preguntad.

Allí donde pueda el templo
de éstas mis armas probar,
que en la tierra castellana
es descanso el pelear.
¡ Y más para aquél que á solas
con sus recuerdos está!



ACTO TERCERO. — ESCENA XII.

¡ Porque hay recuerdos que sólo
la muerte puede borrar!

DOÑA BLANCA, *sin poder contenerse*.
Mas ¿ si una herida?...

DON FADRIQUE.
¡ Qué importa
herida que haga sangrar
el cuerpo; si tengo el alma
herida de muerte ya!

DOÑA BLANCA, *con intención*.
¿ Tan cierta fué la espada,
ó estaba, señor, tan mal
defendida, que no pudo
el duro golpe evitar?

DON FADRIQUE.
Al hierro que nos ataca
el hierro puede parar,
mas no hay cofaza que embote
una mirada mortal,
porque, sin verla, derecha
al corazón se nos va.

¡ Y al recordar lo tenemos
herido de muerte ya!

DOÑA BLANCA, *con intención*.
Herida que abren los ojos,
los labios pueden cerrar...

DON FADRIQUE, *visiblemente*.
¡ Mas, también pueden matarnos
de tanta felicidad!
(*Arrojándose á ella con un impulso vehemente.*)

¡ Doña Blanca, doña Blanca!
¡ por qué da vuestra piedad
esperanzas al que tiene
muerta la esperanza ya?

DOÑA BLANCA.
¿ Mas qué fuera de la vida
sin esperanza?... ¡ Esperad,
que todo lo vence el tiempo,
y tiempo de todo habrá!

DON FADRIQUE.
¡ Herida abierta en el alma.

el tiempo la encoma más!
 ¡En un arranque de pasión!)
 ¡Señora! ¡Señora!

DOÑA BLANCA.
(Haciendo un esfuerzo terrible para ocultar su emoción.)

¡Idos!

Pero antes de marchar.
 Maestro de Santiago, oídme esta balada que allá, en mis jardines de Francia, hizo el amor popular:
 « Cristiano que vas al moro, por la cruz á guerrear... toma este anillo de oro y mételo en tu anular. Y si dentro de dos años en mi no vuelve á lucir, cubierta de negros paños me iré á un convento á pudrir.
 ¡ Anillo, prenda de amor, que en su lecho de agonía me entregó la madre mía, no puedes serme traidor! En prenda de amor te di; á mi amante séle fiel: que él no regrese sin ti... mas tú... ¡ no vuelvas sin él!

DON FADRIQUE, como hablando consigo mismo.
 ¡ Dichoso el guerrero que esa balada inspiró!

(Se queda un momento inmóvil, contemplando corazonmente la sortija de Doña Blanca.)

DOÑA BLANCA.
 Mas ¿ qué miráis, Don Fadrique?

DON FADRIQUE, ansiosamente.
 Señora, mirando estoy esa sortija de oro, que en vez — ¡ oh dulce ilusión! — de enganar vuestra mano, ansiara tenerla yo.

DOÑA BLANCA, temblando de emoción.
 Fué regalo de mi madre... Si os place... ¡ Tomadla vos!
(Se la da, trémula. Don Fadrique, al tomarla, palidece.)

DON FADRIQUE, como ebrio.
 ¡ Gracias! ¡ Gracias! ¡ Doña Blanca!
(En un arranque de pasión, apretándole las manos, y mirándole hasta el fondo de los ojos.)

DOÑA BLANCA, abandonándose.
 ¡ Don Fadrique!

DON FADRIQUE, soltándose súbitamente.
 ¡ Adiós!
(Se va por el segundo término de la izquierda.)

DOÑA BLANCA.

¡ Adiós!

(Despidiéndole con los ojos, y saltando por el primer término.)

(Se va seguida de Doña Sol, que durante la escena ha permanecido detrás del arco del primer término.)

ESCENA X

DON PEDRO y DON ALVARO, que penetran recatadamente por el postigo.

DON ALVARO, deteniendo al Rey.
 Cubrid el rostro, señor, que os pueden reconocer.

DON PEDRO, con arrogancia.
 Ante sus vasallos, nunca oculta su rostro el Rey.

DON ALVARO, deteniéndole de nuevo.
 Mas ved, señor, que aún es tiempo...

DON PEDRO.
 Siempre es tiempo para quien lleva en el cinto una espada, y manco, además, no es.

(Con impaciencia.)
 ¿ Dónde está Doña María?

DON ALVARO.
 Esperad, señor...

DON PEDRO.
 ¿ Por qué?
 Bien se se agraven, que aún no sentiste palidecer

tu semblante, ante el misterio de unos ojos de mujer, cuando á un amante aconsejas que tarde en mirar su bien.
 ¡ Pronto! ¿ dónde está?

DON ALVARO.
 Tu Alteza perdóne... Mas mi deber...

DON PEDRO.
 Tu único deber. Don Alvaro, es callar y obedecer.

DON ALVARO.
 Mas vuestra vida, señor, corre riesgo, si á saber...

DON PEDRO.
 Llévame á mi amor primero, mi vida guarda después... ¡ que entre el amor y la vida, el amor primero es!

DON ALVARO.
 Mas, señor, calmaos... Esperad, señor, que estén prevenidos todos cuantos á fuerza de oro compré.

DON PEDRO, severamente.
 Si llegar aquí á escondidas, yo, Don Alvaro, acepté, sin mi guión y mis genes, como un ladrón, es porque así llegaba más pronto á los brazos de mi bien, porque si no, espada en mano y embrizado mi broquel, tomado hubiese el castillo, hasta convertirlo en cenizas que raudó el viento trocarse en polvo después.
 ¡ Cada minuto que pasa sin mirarla, un siglo es!

DON ALVARO.
 Pues, por su amor os conjuro á que escondido esperéis. Entretanto, yo os respondo de Doña María... ¡ mas ved!

(Se queda mirando para la izquierda del patio. Después, empuja á Don Pedro hacia el postigo.)
 Allí viene vuestra madre con Albuquerque...

DON PEDRO, al salir.
 ¡ Pardiez!
 ¡ Los muros de este castillo van á desplomarse al ver, cómo á vengar sus agravios va la justicia del Rey!
(Don Alvaro cierra el postigo, y se acerca á los que llegan por el segundo arco.)

ESCENA XI

DON ALVARO, DON JUAN ALFONSO DE ALBUQUERQUE y LA REINA MADRE DOÑA MARIA, que entran por el segundo término de la izquierda. Don Alvaro se inclina profundamente.

ALBUQUERQUE.
 A la nobleza, Don Alvaro, en el patio congregad, pues va, al despuntar el día, la Padilla á protestar. El portillo que da al río con vuestros hombres guardad, porque según aseguran los adalides, están ya las huestes de Don Pedro dando vista á la ciudad.

DON ALVARO.
 ¡ Nada más, señor, mandáis?

ALBUQUERQUE.
 Al de la Cerda avisad, para que vaya á la Reina Doña Blanca á acompañar.

(Don Alvaro se inclina, y sale por el primer término de la izquierda.)

ESCENA XII

LA REINA DOÑA MARIA y ALBUQUERQUE.

ALBUQUERQUE.
 Arriesgamos la vida en la jugada, pero entretanto la Padilla aliente, de vuestro hijo la implacable espada sobre nosotros estará pendiente.

LA REINA.
 Mas ¿ no bastan los muros de un convento para apartarla de él? ¿ Se atrevería á robársela á Dios?

ALBUQUERQUE.
 Su atrevimiento ¿ á qué crimen, por ella, no osaría? Don Pedro es impaciente, duro, osado. Su corazón, piedades no atesora... ¿ Con sangre de qué fiera habéis, señora, al cachorro real amantado?

LA REINA.
 ¡ Es mi hijo!
 ALBUQUERQUE.
 ¡ Called, que vuestras quejas avivan mi rencor!... ¡ Sus hieles bebo! ¡ Tocáis mi pecho, y las heridas viejas vuelven á abrirse... y á sangrar de nuevo!

LA REINA.
 ¡ Mas tened compasión de la Padilla!
 ALBUQUERQUE.
 ¿ Qué importa un crimen, si borro su huella?... ¿ Qué importa que ella muera, si con ella se salva la corona de Castilla?

LA REINA.
 ¡ Yo no quiero que muera!... ¡ Yo no quiero! Es inocente... y se dirá mañana...

ALBUQUERQUE, sordamente.
 ¡ También era inocente la Guzmána, y cayó sin piedad bajo el acero! En vano, en vano vuestros labios gimen suplicando perdón! Nos liga un fuerte lazo irrompible!... ¡ Si, crimen por crimen!... Primero el claustro; y mas después la muerte.

LA REINA.
 Ante el crimen, los nobles se alzarán todos contra nosotros...

ALBUQUERQUE.
 ¡ Qué fortuna!
 ¡ Entonces, á mis pies, una por una, sus altivas cabezas rodarán!
(Replica el equívoco de la iglesia.)
 LA REINA, atenta.
 Mas... ¡ escuchad!... Replica la campana...

ALBUQUERQUE, *sombrio*.
¡ Por la Padilla doblará mañana!
(*Mirando á las almenas.*)
Ya el sol del nuevo día centellea...

LA REINA, *decidiéndose*.
¡ Triunfe otra vez el mal!... ¡ Oh, Don Juan!
¡ Sea!
(*Albuquerque entra en la habitación de la Padilla. — Campana continúa repicando.*)

ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA MARIA DE PADILLA,
que sale con ALBUQUERQUE.

ALBUQUERQUE.
¡ Venid, señora!
DOÑA MARIA,
¡ Compasión, Dios mío!
(*Albuquerque.*)
Tened piedad de mí... No consintáis
que se consuma el sacrilegio.

ALBUQUERQUE. ¿ Osáis
oponeros á Dios?

DOÑA MARIA.
En él confío.
De su eterna bondad, que nunca yerra,
aguarda el alma su postrer consuelo.
¡ Puesto que no hay piedad sobre la tierra,
mi esperanza, Señor, dirijo al cielo!
(*Viendo la impasibilidad de Albuquerque,
se dirige á la Reina.*)

¡ Señora, tu infinita piedad muestra!
¡ Por qué consuelo á mi dolor no dais?
Por vuestro amor, si amasteis, y por vuestra
salvación, si creéis, no consintáis
que profane ese templo con mi planta.
¡ Os lo pido postrada de rodillas!
¡ Ved como baña el llanto mis mejillas,
ahogando los sollozos mi garganta!
(*Albuquerque.*)

Y vos, señor, que sois tan noble y fuerte...
dad á mi pecho atribulado, calma.
¡ Antes que á esta pasión, matad mi alma,
y antes que profesar, dadme la muerte!
¿ Qué mal os hice para atormentarme?

ALBUQUERQUE, *cogiéndola de un brazo*.
No hay tiempo que perder. ¡ Vamos, señora!
DOÑA MARIA, *abrazándose á la cruz*.
¡ Señor, Señor, piedad!... Venid ahora
á ver, si os atrevéis á arrebatar
de los brazos de Dios.

ALBUQUERQUE, *arrastrándola*.
¡ Doña María,
tan decidido estoy, que aun cuando fuera
preciso, á ver, si os atrevéis á llevarla
arrastrando de vuestra cabellera!

Ni aun ante el crimen; vive Dios! me arredo.
Ningun consuelo, en tu dolor, esperes.

DOÑA MARIA, *luchando*.
Gritaré, gritaré.

ALBUQUERQUE, *arrastrándola á la iglesia*.
¡ Grita si quieres!

Mas ¿ quién ha de ampararte?
(*La conduce al templo.*)

DON PEDRO.
(*Abriendo violentamente las puertas, y
cruzándose de brazos.*)

¡ Yo!

DOÑA MARIA, *corriendo hacia él*.
¡ Don Pedro!

ESCENA XIV

DICHOS y DON PEDRO.
DON PEDRO, *interponiéndose. Los otros re-
broceden.*

¡ Sacrilegos, atrás! Si estos lugares
intentáis profanar, roto el sudario,
de su sepulcro se alzaré, terrible,
la sombra de Jesús Crucificado
¡ oh, viles mercaderes de conciencias!
para echaros del templo... ¡ á latigazos!

(*Albuquerque intenta avanzar. La Reina
le contiene. Doña María se abraza á Don
Pedro.*)

¡ Ya en mis brazos estáis... ¡ Venid ahora,
venid á arrebatarla de mis brazos!

ALBUQUERQUE, *avanzando*.
¿ Cómo entrasteis aquí?

DON PEDRO, *con voz de trueno*.
¡ Como vosotros
me la robasteis, á traición he entrado!
Mas ¿ quién sois vos para exigir respuestas
á vuestro Rey? Ante mis pies, vasallo.

ALBUQUERQUE, *con desdenosa altivez*.
Sólo así me veréis, cuando mi tronco
esté de mi cabeza separado.

DON PEDRO.
Entrégame tu espada.

ALBUQUERQUE, *con sarcasmo*.
¿ A vos, mi espada?

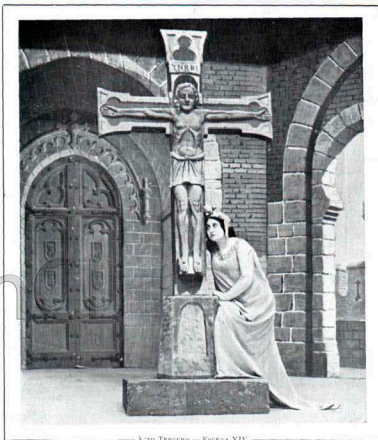
¡ Es tan dura, señor y pesa tanto,
que temo que agobiada por su peso
se desplomase, al cogerla, vuestra mano!

DON PEDRO, *amenazante*.
¡ Miserable! Verás cómo con ella
te arranco el corazón hecho pedazos.
(*Tira de la espada. La Padilla le detiene.*)

DOÑA MARIA.
¡ Don Pedro, por piedad!

LA REINA, *interponiéndose*.
Hijo ¿ qué es esto?

¿ Te atreves á mi vista?



ACTO TERCERO.—ESCENA XIV.

DON PEDRO, *atacando*.
¡ Atrás, villano,
¡ Defiéndete, Albuquerque, cara á cara,
ó sin defensa, como á un vil, te mato!
(*La Reina se interpone.*)

ALBUQUERQUE.
Estás en mi poder. ¡ Marcebo loco,
en el cubil del lobo te has entrado,
y de él no has de salir sin que conozcas
el tremendo poder de sus zarpazos!
DON PEDRO, *arrastrándolo. Albuquerque per-
manece impasible.*

¡ Cobarde!

DOÑA MARIA, *deteniéndose por un brazo*.
¡ Por piedad!

LA REINA, *idem por otro*.
¡ Detente, hijo,

no pasarás, Don Pedro!

DON PEDRO, *desprendiéndose violentamente*.
¡ Paso, paso!

¡ Ya que no luchas como un caballero,
tu rostro cruzaré como á un villano!
(*Le cruza el rostro con el acero.*)

LA REINA.
¡ Cielos!

DOÑA MARIA.
¡ Dios santo !
ALBUQUERQUE, tirando de la espada.
¡ Con tu propia vida
castigaré la audacia de tu mano !
DON PEDRO.
¡ Muere, muere, traidor !
(Le desarma. Las dos mujeres, como locas,
gritan y se interponen.)
DOÑA MARIA.
¡ Favor !
LA REINA.
¡ Auxilio !
ALBUQUERQUE.
¡ Aún me queda el puñal !
LA REINA, sujetando á Albuquerque.
¡ Socorro !
DOÑA MARIA, sujetando á Don Pedro.
¡ Amparo !
(Las puertas de la iglesia se abren, y aparecen Doña Blanca, y caballeros. Se oye el ruido del órgano.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, DOÑA BLANCA, y DAMAS y
RICOS HOMES, que salen del templo. Se
oyen gritos y espadas. Por el patio penetran
soldados botándose. Todo rapidísimo.
DOÑA BLANCA, viendo al Rey.
¡ Ah ! ¡ Don Pedro !

VOCES, dentro.
¡ Medina por Don Pedro !

VOCES, dentro.
¡ Traición ! ¡ Traición !... ¡ Traición !

LA CERDA, entrando, herido, dirigiéndose á
Albuquerque.

¡ Señor, huyamos !

VOCES, dentro. Los soldados de Don Pedro,
captivados por Diego de Padilla, invaden
la escena.

¡ Viva el Rey !

DON PEDRO, suaramente, á los rebeldes.
¡ Entregaos ! ¡ Los aceros,

espadas son en las altivas manos
de los nobles y honrados caballeros,
y puñales en las de los villanos !
¡ Infantes de Aragón, nobles varones,
hábiles en la fuga y en la intriga,
ya veréis como impávida castiga
la justicia del Rey vuestras traiciones !

¡ Os engañasteis, almas de ramera,
si en vuestro ciego y temerario encono,
habéis soñado que mi espalda fuera
vuestro escalón para asaltar el trono !
De vuestros locos sueños ¡ qué se han hecho !
¡ De qué sirven, decid, vuestros furros !
¡ Aquí tenéis de vuestro Rey el pecho !
¡ Clavad en él vuestro puñal, traidores !
LA REINA, postrándose ante Don Pedro.
Mi amor les arrastró. Tu madre implora
por todos ellos.

DON PEDRO, alzándose.
¡ Levantad, señora !
Indigna acción de mi justicia tuera.
Saldréis de mis dominios, desterrada,
á Portugal, para que nunca alzada
contemple contra mí, vuestra bandera.
(A Doña Blanca.)

Y vos, que de mi lecho repudiada
estabais, como reina y como esposa,
á Toledo partid... Será Hínestrosa
vuestra guardia de honor...

ALBUQUERQUE.
Excomulgado,
por el Papa seréis...

DON PEDRO.
Mi amor no inmolo.
¡ Que si manda el Pontífice en mi Estado,
en este corazón mando yo solo !
¡ Entregadle al verdugo !

LA REINA.
¡ Sólo un falso
anhelo le arrastró !

DON PEDRO.
¡ No le perdono !

ALBUQUERQUE.
¡ Yo ascenderé las gradas del cadalso,
con el orgullo del que sube á un trono !

DON PEDRO.
(Cogiendo del brazo á Doña Maria. Re-
sucna el órgano. El día comienza. Señalando
á la iglesia.)

Y vos, mi único amor, vos que habéis sido
la sola voz que, generosa y buena,
en mi perpetua soledad he oído...
la única sombra tierna y cariñosa
que endulzó con sus micles mis pesares,
de mi mano vend, á ser mi esposa,
de rodillas al pie de sus altares.
¡ La luz del sol alumbra refulgente,
para que todos miren como brilla
la gloriosa corona de Castilla
en la gloria inmortal de vuestra frente !

FRANCISCO VILLAENFESA.

TELON.



Los Dramas del Amor y de los Celos

(EL EPILOGO DE UNA TRAGEDIA)

Por YSIS



EN la enfermería del correccional de
Fineses ha muerto el padre que
mató á su hijo, arrebatándole á la
gloria de la escena y á la dicha de
la vida ; ha muerto el padre del can-
cionista Fragsón, cuyo asesinato imprevisto,
absurdo, llamó la atención del mundo. Paris
lizo, al cantor de las turbulencias y las ga-
lanterías del balnear, funerales de príncipe.
Y por las circunstancias del hecho, por la fama
de la víctima, en ningún rincón del mundo
se ignora el fin trágico del popular artista.
¡ Por qué mató el septuagenario Victor
Pot ? ¡ Por qué mató á su hijo cuando éste
era más feliz que nunca, cuando le sonreía
la gloria del brazo del amor ? Hay ahí una
tragedia honda, silenciosa, grosera, una tra-
gedia de celos, un clamor de impotencia
escapándose por los labios de un anciano,

con un sonido rauco de agonía. Es un caso
de no resignación á la fatalidad de la vida
que condena á la vejez.

Cierto que al *enfant gâté* dió los mejores
años de su vida, el consuelo, el estímulo del
padre, que le acompañó en las inevitables
decepciones de los primeros instantes, que
se conmovió con él en la primera salva de
aplausos, porque era algo suyo, de su carne,
de su vida, lo que empezaba á brillar en la
escena con destellos propios. Con él firmó los
primeros contratos modestos, y luego vinie-
ron los precios exorbitantes, las *tournees*,
triunfales, toda una epopeya de victoria.
Pero mientras el hijo iba avanzando en el
camino de la juventud, el padre Pot retro-
cedía por la senda enmarcada de la vejez.
Y no supo verlo, ni quiso adaptarse, ni
intentó el supremo consuelo de los viejos :
la resignación amable y sonriente que
saluda con júbilo á las nuevas gene-
raciones. Sordo á la voz de la realidad,

(Facsimile de la firma de Fragsón.)

ciego al conocimiento exacto de la vida, desmembrada la tabla de valores sociales, el padre Pot quiso vengarse de la ley humana que le había condenado, y mató á su hijo, porque éste le rochaba su ternura con palabras de amor, rozando la nuca de una mujercita de Montmartre.

Un grito de horror se escapó de todas las bocas en el aula. Hubo piedad para el caído, reprobación para la vejez hurafía y asesina. Pero todos, los mismos que le condenaban, tenían la acción de la justicia.

Para los dramas humanos, para las tragedias creadas en el interior, la justicia de la tierra debería ser recusada. Cierta, no tenía derecho á matar á su hijo, no debió matarle, fué un criminal... Pero ¿por qué á su vez matarle á él, haciéndole subir á la guillotina, como un eco apagado de las canciones de Fragon? ¿No busca la justicia un desenlace á los crímenes? Va-



La posición favorita de Fragon, contando en público.

na fareo, cuando se trata de hechos de esta naturaleza. El desenlace viene solo, y ya lo veis, ha llegado á la enfermería del hospital de Fresnes, dicen que en forma de una crisis dialéctica, pero ¿quién sale? La naturaleza ha puesto la dialéctica al servicio del epílogo de una tragedia. Oscuros, ignorados, vividos sus restos en una fosa, lejos de la ciudad; y en su centro, en pleno cementerio de Montmartre, donde reposa Fragon, como en la tumba de Misset, florecerán bouquets de violetas, de manos piadosas, compañeras del rocío.

Se ha extinguido, en el silencio, la vbra de Victor Pot. Mientras duró su agonía, la anunciaron á París, en cuatro líneas, los periódicos. Cuando murió, fué el silencio...

Esta ha sido la condenación más rotunda del acto que arrebató del mundo á Fragon. La piedad devota de algunos amigos suyos



Fragon, en la plaza de la Concordia, de París.



que lo son también de «Mundial», nos ha hecho reunir fotografías íntimas del genial cancionista. No era su alegría como la de los cómicos que la leyenda sentimental presenta a floceando entre bastidores, cuando la cortina les ha ocultado de la vista del público. Era una alegría que del escenario iba á la «loge», y luego á la calle, al bullear, á los cales.

Poco antes de su muerte, Fragon declamaba en público, en una gran revista parisina:

— Si, señor, yo soy culpable... castiguenme! ¿Qué delito he cometido? Lo repiten todas las bocas en París...

— *Merci pour la langouste!*

— Cierta, fui yo quien lanzó esta exclamación, esta frase arbitraria... es un cierto que en muy estúpida! — á la circulación. Y París, apastado, la re-



Fragon, despidiéndose del público de Londres, atraviesa á nado, con su pipa á París chorreando, pero se le recibe con idénticas aclamaciones. En este cuadro franco-anglés.

(Documentos facilitados por Mr. H. Davies.)



pate. Y otra todavía.

— ¿Más?

— Si, señor, fui yo el que dijo por vez primera, enviando enhorramala á un importuno: *A la gare!*

— ¡Criminal!

— Lo sé. Y otra.

— Reincidente ¿eh?

— Si, señor... *An revoir el merci!* Esta frase es también mía.

Un balazo imprevisto, un parricidio monstruoso se llevó este torrente de alegría, se lo llevó, de pronto, cuando se levantaba el telón de la Alhambra para que se presentara el cancionista favorito... Ante la falta de detalles, se creyó en una farsa, en un nuevo «truco», y la gente pensó que Fragon iba á aparecer en el patio de butacas, agitando el sombrero y diciendo:

— *Merci pour la langouste!*

Y SIS.





El Triunfo y la Muerte

El record mundial de altura, por el aviador argentino Jorge NEWBERY

« Con este aparato (con el que alcancé la altura de 6.225 metros) me propongo cruzar los Andes, atravesando el continente sud-americano, para llevar a Chile un saludo de la Argentina », dice Newbery a un colaborador de Mundial.
Y en los primeros de marzo, al intentar esta travesía, encuentra la muerte.

El 10 de Febrero fué sorprendida la población de Buenos-Aires con la grata noticia, de que el intrépido aviador argentino Jorge Newbery, elevándose con su aparato « Morane-Saulnier » á 6.225 metros, había batido el « record » universal de altura.

Los periódicos que primero lanzaron á la calle esta noticia, fueron materialmente arrebatados por el publico, ansioso de conocer los detalles de esta verdadera hazaña, que colocaba á la República Argentina en uno de los primeros puestos de la aviación mundial. La gente se estacionaba en las calles, rodeando á los que, en voz alta, leían las crónicas del maravilloso vuelo comentando este suceso, que viene á ser como un paréntesis de satisfacción y alegría.

El audaz aviador no puede disimular su emoción, por mucho que quiera restar importancia á su hazaña, atribuyendo modestamente á la casualidad el triunfo obtenido.

— Yo no pensaba — me dijo cuando fué á verte — llegar á esa altura: no lo creí nunca, no me lo imaginé jamás. Mi vuelo fué de simple ensayo, para probar el motor de mi nuevo aparato que acabo de adquirir en Francia.

Newbery nos hace sentar y, ofreciéndonos un cigarrillo turco, sigue hablando:

— Con este aparato me propongo cruzar los Andes, atravesando el continente Sud-Americano, para llevar por los aires al pueblo chileno el fraternal saludo de mi patria. Como la altura máxima para esa difícil travesía es de 4.500 metros, fué mi única intención, al hacer este vuelo que tan gran triunfo me ha proporcionado, llegar á esa altura, y probar la resistencia del motor y las condiciones de estabilidad, etc., de mi nueva máquina. Pero como alcancé sin dificultad los 4.500 metros, decidí remontarme á los 5.000, para probar las ventajas que

en esa latitud tendría la travesía de la Cordillera. Muerte casi, sin respiración, alcancé 6.225 metros. De llevar oxígeno, hubiera llegado á los 7.000.

Volví Newbery á encender otro turco, y á la pregunta de que cuándo calculaba atravesar la Cordillera, y si encontraba para la travesía muchas dificultades, contestó sonriente:

— Tengo mucha fé en mi máquina. Estas esperanzas, las he confirmado ampliamente en mi último vuelo.

Después de hablar largo rato sobre la travesía de los Andes, que en competencia con el aviador chileno Figueroa proyecta realizar, el aviador Newbery nos enseñó un cuadro interesantísimo, en el que, gráficamente,

se ven los « records » de altura batidos por los grandes aviadores del mundo, y á cuya cabeza se ha colocado el piloto argentino con su última hazaña.

Contemplando el curioso cuadro, no puede uno menos de meditar, que en 1908 batió el « record » de altura Farnán, elevándose á 25 metros, y que veinte años después, un piloto argentino confunde los colores de su bandera con el azul purísimo del cielo, remontándose con su gigantesco pájaro mecánico á 6.200 metros más.

¿ Llegará el día en que un piloto audaz se remonte á la Luna ? ¿ Por qué no ? ¿ Acaso no se han convertido en realidad otros sueños fantásticos de Julio Verne ?

EMILIO DUPUY DE LOME.

La revista Mundial que ha batido también el record de altura, gráfica y literariamente: Buenos Aires Feb 10/1914 Jorge Newbery

Newbery nos dotó este recuerdo, días antes de su trágica caída. El correo nos lo trae, cuando ya el telegramo nos había anticipado la noticia de la muerte del gran aviador, amigo de « Mundial ».

CRUZARÉ LOS ANDES

Al establecer el record mundial de altura, Jorge Newbery anunció su propósito de cruzar la cordillera, llevando un saludo fraternal de la República Argentina al pueblo chileno...

Intentando esta travesía, ha encontrado la muerte. Estos picos altos parecen rebelarse contra la audacia de los aviadores. Los Alpes castigaron cruentamente á otro aviador americano, el peruano Chaves.

Los Andes, más precivos que los Alpes, han castigado la intrepidez de Newbery, antes de que los transpasara por completo.

La noticia nos llena de duelo. Vamos á registrar el grandioso triunfo de la aviación argentina, y tenemos que hacerlo, á la vez que con laureles, con orlas de luto. ¿ Tanto valor, tanta generosidad destruidas por el destino !

Las palabras de esperanza de Newbery nos llegan por el correo. Pero ya el cable nos había anticipado la fatalidad del destino, diciéndonos:

« El hombre no se burla impunemente de la muerte ».



PAGINAS HUMORISTICAS

POR LOS BULEVARES PARISINOS

Por A. R. BONNAT

Dibujos de RIBAS

He aquí, es decir, allí, porque ya el pobre Marzo « ha vivido su vida », que nos hemos pasado el mesecito bailando con la mayor de las solemnidades.

La seriedad de la Cuaresma no ha influido, para nada, en el natural espíritu retorción de la gente, y desde el propio Mr. Poincaré, que ha ofrecido sus salones a la juventud bulliciosa, hasta el teatro de la Opera, en todas partes no se hace sino rendir tributo a la exigencia danzante.

Individuo hay que á principios de este mes estaba tan gordo y lozano, que hubiese podido ganarse un premio si se presenta en el concurso agrícola, y que á estas horas pide reducción de precio en los autobuses, porque no ocapa más que medio asiento.

— ¿ Qué es eso ? ¿ Vuelve Ud. de alguna expedición por el Sahara ?

— ¿ Esto ? ¡ Ay, amigo mío ! son las condecoraciones de diez y siete bailes seguidos. ¡ No sabe Ud. lo que enflaquece Terpsicore !

Al decir esto, las piernas le flaquean, y tiene que apoyarse en el hombro del amigo.

— Vamos, valor. Dedicase ahora á cuidar y á descansar.

— ¡ Imposible... ! ¡ aún me quedan doce bailes más !

Esto lo dice el pobre hombre con tal acento de angustia, que dan ganas de llorar y, sobre todo, de ir en busca del prefecto de policía, para ver si éste tiene medio de prohibir alguno de los bailes.

Son síntomas del tiempo y mandatos tiránicos de la moda. El hombre, actualmente, no se entrega ya á la danza, pues es casi tan despreciable como el que usa cuellos de goma. Ahora, hasta para contraer matrimonio, se exige que el padrino sea profesor de tango, y que la madrina posea el primer premio en un concurso de polka. Y de este modo se da el caso, de que la comitiva entre en la alcaldía, para un acto tan transcendental, dando saltos y marcando pasos de baile

con lo cual, el salón de actos se convierte, á los pocos instantes, en una fiel reproducción del foyer del Olimpia, ó de Folies-Bergère, en día de moda.

— ¡ Oh, mi querida señora ! permítame que la felicite. Sé que su yerno futuro es un muchacho encantador.

— ¡ Adorable ! Hemos tenido una suerte loca.

— ¿ Rico ?

— De eso no sabemos nada, pero en el trenzado y en el balanceo no tiene rival. No le digo á Ud. más sino que, para pedir la mano de Florita, vino desde la Porte Saint-Denis hasta casa dando vueltas de vals corrido, y la petición la apoyó con dos pasos de galop, que nos quitaron las ganas de hablar de intereses.

Esta ocurrencia que padecemos en París por el baile nos hace que todo lo veamos á través de él, y ya, hasta en las cosas de negocios, y—píjimas se les exige á los empleados, sítemas de un chaquet oscuro, el que hagan buen papel en un « tédanzante ».

— ¿ Tiene Ud. buenos certificados ?

— Véalo Ud. Uno del comisario, en el que dice que jamás entro en mi casa después de las doce de la noche; otro de la portera, sobre el estado de limpieza en que dejo los cuellos postizos; otro de la casa donde anteriormente presté mis servicios, demostrando que me sé al dedillo el precio de las camisetas de punto, en todos los mercados del universo; otro de...

— Basta, lo que necesito es algún papel donde conste el número de tangos que ha bailado, y si domina Ud. la *trés-moutarde*.

— ¡ Si no sé bailar !



— ¡ Ah ! ¿ no ? Entonces ¿ cómo pretende Ud. entrar en mi casa ?

— Pero, si es para llevar la contabilidad, no veo la relación que haya...

— ¡ Es Ud. un inteliz ! ¡ No hay colocación !

En esas estamos, pensando que sin el baile no hay seriedad posible, ni formalidad, ni nada.

— ¡ Dancemos, y sea lo que Dios quiera !



En medio de estas alegrías hemos tenido un enorme pesar, que no sé, verdaderamente, como hemos podido resistir. Un sello de correos, una preciosidad filatélica ha desaparecido, y su ex-posedor ha estado á punto de cortarse la cabeza, á pesucero para arriba, ante tamaña desgracia.

¿ Merece un sello, por muy raro que sea, que nos entreguemos á tal desesperación ?

A esto sólo pueden contestar los coleccionistas, los cuales son capaces hasta de colear á su madre política, á cambio de poseer uno de esos papelititos engomados que tan felices les hacen.

Hay quien de los amigos que poseen, sólo les interesa el saber qué amistades tienen, y si reciben cartas de países lejanos.

— ¿ Ya no ve Ud. á Dupont ?

— ¡ Oh ! resultó que era un farsante, y que no recibía cartas más que de una tía suya que vivía en Tours, y de un antiguo pastelero que estaba retirado en Carrières. ¿ Vale esto la pena ?..

Toda persona que se estime, debe conocer á alguien que le escriba desde Ha-la-ló, ó desde Jara.



— ¿ Para estar al corriente de la política indígena ?

— ¡ Para tener sellos que sirvan á los coleccionistas !

Los coleccionistas son seres verdaderamente intranquilos, y los hay que no se contentan con poseer sellos, sino que guardan objetos curiosos, botones históricos, flautas célebres, y exaltaderas populares.

— ¿ Ve Ud. esta

jarra ? ; Tiene extraordinaria importancia !

— ¿ Para llevar agua ?

— Ahí donde Ud. la ve, perteneció á Carlo Magno. Este pito que le falta, fué un día que, por haber perdido á la batalla, estaba mal humorado, y le pegó con ella en el espinazo á uno de sus más valientes generales. ¿ Qué le parece á Ud. ?

— ¡ Caramba, que tenía unos talos arrebatos aquel rey, impropios de su grandeza !

El coleccionista mira á aquel objeto histórico con el cariño de un padre, y antes preferir que le llamen á él « animal de bellota », que duden de la autenticidad de la jarra.

La posesión de un acedón que perteneció á Julio César, por ejemplo, produce en estos aficionados una emoción, solamente comparable á la que se siente el día en que se pide la mano del ser amado, ó en que se toma una medida del primer chaquet.

A lo mejor va uno á casa de uno de estos



servientes coleccionistas, y encacera á la familia más triste que si se les hubiera encojado á todos la ropa.

— ¿ Está su esposo ?

— Pase Ud.

¡ Ay !

— ¿ Ocurrió alguna desgracia ?

La emoción no le permite contestar á la señora, y el visitante, bajo la impresión

de que en aquella casa ha ocurrido una terrible desgracia, penetra en el despacho, donde encuentra al dueño en un estado verdaderamente lamentable, con el pelo en desorden, y dándose puñetazos sueltos en la nuca.

— Vamos, tranquilícese Ud.

— ¡ Imposible ! ; Mi desgracia es irremediable ! ; He perdido mi mejor joya !

— ¿ Algún brillante de los gordos ?

— ¡ Un sello de quinina que estubo á punto de tomar Sesostris ! ; La criada se creyó que no servía, y la ha tirado á la basura.

« ¡ Dios mío, una quinina de ese valor histórico ! »

Y al decir esto se lanza contra un mirror, introduciéndole el pito por un costado.

— ¡ Hacen ya falta ganas de perder el tiempo, y de no tener nada serio en qué pensar, para tomar un disgusto por un sello de quinina !

¡ Ni aunque se le hubiera tragado el propio Sesostris, y luego lo hubiera devuelto ! ...



Afortunadamente, no todo el mundo cree que en los objetos históricos, y por lo tanto antiguos, exista el interés, y para demostrarlo ahí está el Salón de los Independientes, que actualmente constituye uno de los atractivos de París.

Esto de declararse independiente en arte, es una cosa mucha más cómoda que un colchón de muelles. Hay artista que siente predilección por pintar las narices en el cogote de las personas que retrata, y así lo hace del modo más tranquilo. ¡ Eso es independencia, y lo demás... pampalinas !

— ¿ Se trabaja mucho ?

— Ahora estoy terminando un cuadro ; sólo me faltan las últimas pinceladas.

— ¿ Sobre qué asunto ?

— Ahí no lo tengo bien decidido. Tiene árboles, una cómoda, un niño que llora, una ensalada de pimientos, y dos pares de tirantes sueltos. Yo soy independiente.

Al decir esto, el artista pega un salto, se coloca frente al cuadro, y en dos minutos añade un sombrero de teja, y después un besugo con aire preocupado, con lo cual acaba de producir tal confusión en el ánimo del que lo ve, que éste no tiene más remedio que alejarse de allí, precipitarse en el primer autobús que pasa, y no descender del vehículo hasta que se ve al otro extremo de París.

Reconozcamos que es una gran pena, pero consiémos también, que la mayoría del público no comprende de una manera muy clara la mayor parte de estas obras independientes, cubistas, futuristas y bromistas.

Hay veces que el público se congrega ante un cuadro laberíntico, y entre todos los mirones se busca lo que aquello quiere significar. Después de mucho examinarlo, un espectador exclama por fin :

— ¡ Ya lo sé ! ; Ya lo tengo !

— ¿ Qué es ? ; Qué representa ?

— Un fuego en un almacén de novedades. Vean Uds. las llamas, éste es el portero avanzando á los guardias, por aquí veo una bomba...

— No, no — interrumpo otro del grupo — no es eso. Yo empiezo á comprender algo, y juro que es un desembarco del ejército romano. Estos son los soldados, vean Uds. los cascos, aquí está el general que les manda...

— ¡ Es un día de mercado en Bretaña ! — agrega otro.

— ¡ El boulevard Montmartre, en un momento de aglomeración !

— ¡ Un día entre vecinos !

— ¡ Las primeras gotas del diluvio universal !

— ¡ Una mina de carbón !

Cuando la discusión acerca del cuadro está animadísima, se presenta el artista que lo pintó, y todo el mundo se precipita hacia él, como si fuese á repartir monedas de oro.

— ¡ Por Dios, síquenos de esta horrible duda ! ; ¿ Qué significa el cuadro ?

— ¡ Pues si está clarísimo ! ; Una puesta de sol en la playa de Biarritz !

¡ Y todos salen huyendo ! Pero el independiente ha conseguido llamar la atención, que era todo lo que se proponía.

Hemos estado entretendidísimos este mes en París.

A. R. BONNAT.



La Interina

Novela original de CRISTOBAL DE CASTRO

Escrita expresamente para MUNDIAL

Ilustraciones de BASTE

(Continuación.)

Atracó la barca despacio, con la lenta solemnidad de un rito antiguo, y bestias y hombres, en promiscuidad, se aglomeraron hacia la poterna. Como la mayoría del pasaje era de «iguales», esto es, pagaba por años, en San Juan, la barquera no cobró más que a dos farreiros, que con sus borriquillos iban de paso, y a los seis facundiosos «concededores» que, por venir de tierras de Sevilla, hubieron de pagar portazgo forastero, á real por bestia y á medio por persona.

Poco á poco, se fueron alejando los hortelanos, el cobarre y los gañanes, entre un rumor de voces y de rebuznos; y la barca, con el zagal ante el mascarón y la barquera respaldada en la maroma, volvió placidamente á cruzar el río, escoltada de espumas frescas y de vencejos revolantes.

Avanzó, gallardo y rumbo, el piquete de los «concededores», pinturreado los caballos con la gracia ligera de un «carrousel» rústico. En dos filas de á tres, y luego de un gentil saludo de los jinetes agitando sus cordobeses de anchas alas, los potros, finos, ágiles y nerviosos — dignos de ser loados por Pablo de Céspedes — doblaron las rodillas ante las damas, como el Cid ante la favorita de Alístar.

¿Cómo intentar siquiera un breve apunte de lo que aconteció á las damas, viendo tan inesperada maravilla? ¿Qué decir de sus gestos, de sus gritos, de sus aplausos, de sus exclamaciones, de sus efusiones?

¿Y cómo ponderar debidamente la sorda humillación de nuestro Artagnán, de un lado pronto á arrebatarse la bridas del mejor potro, á clavarle la espuela hasta la trabilla, á galopar en él tan fabulosamente como un centauro, tan dramáticamente como

Mazepa; y del otro, recién apercebido tan tristemente por la aventura de las manos atadas á la espalda?

Alzóronse los potros á una voz — como de gauchos, de cosacos ó de «cow-boys» — y galoparon, como hipógrifos, por la desahollada orilla, volviendo grupas bruscamente, pegados los jinetes á los cuellos y tan parejas las garrochas, que parecía una carga de lanceros.

Detuvieronse en firme, todos á una, resplandando, con las narices dilatadas, los ojos fieros, y un caño de sudor pochéada crin. Entonces, los jinetes, dándoles palmaditas en los cuellos, descabalaron, como á toque de corneta, agitando sus cordobeses hacia las damas, las cuales, trabajadas por el entusiasmo y la emoción, ya no podían gritar ni hablar, ni hacer más gestos de ponderación que el supremo de entarlar los ojos, moviendo la cabeza, como quien dice: — ¡El acabóse!

Clavóse el gesto, más agudo que saeta, en el corazón orgulloso y jaque de Artagnán, quien ya se iba á lanzar á otra nueva y más formidable locura, cuando oportunamente César, tras de felicitár á los caballistas, les ordenó que luesen á almorzar, y á dar pienso y sosiego á los potros, porque de allí á dos horas debía comenzar «la tienta».

— Y nosotros también almorzaremos, si os parece — añadió en consulta á las damas.

— Yo lo creo que nos parece — aprobó Rosario.

— Si, vámonos hacia el cortijo — agregó Julia. Y notando lo cariacontecido de Artagnán, dijo: — ¿Qué tal, Alfonso? ¿Hay apetito?

— Señora, yo, afeitito no tengo nunca y

tengo siempre. Con el comer, como con todo, me pasa que ni yo mismo me entiendo.

— Pues yo me entiendo y bato solo — interrumpió César. — ¡Tengo una carpanta!... Y á ti te pasará lo mismo. El comer y el rascar...

— Mira, César — arguyó Artagnán con ironía — ese refrán, como casi todos los refranes, se hizo para la mayoría, para el vulgo. El vulgo tiene muy buen diente y muy buen estómago. Además, no piensa, ni siente, ni padecer. Dime tú si, en estas condiciones, no va á tener ganas de tragarse. Pero el que encina de sentir y de pensar y de padecer no tiene muy allá su estómago ¿cómo quieres que tenga ganas de comer?

Hizo como solía una pausa, y añadió, según su costumbre, la jaculatoria: — ¡Ganas de morirse!

— ¡Jesús, qué cosas dice usted! — dijo Rosario enternecida.

— ¡Ay, por Dios! — añadió Leré casi llorando.

Encamináronse al cortijo de aquella guisa, procurando discretamente las damas que Artagnán olvidase sus melancolías; y Artagnán mismo hacía por olvidarlas, con sus explicaciones e interpretaciones del paisaje, de las costumbres, y de lo que él llamaba «el lambó rústico».

Rosario, como siempre, le sonsacaba. — Diga usted, Aguilar, aquellas cosas que se ven allá en lo alto de la sierra ¿son las Ermitas?

— ¡ Lo dice usted por los versos de Grilo, no? Señora, con perdón de usted, Grilo era un poeta medianejo. Ya sabrá usted el parado:

*Es el señor de Grilo
un poeta de algodón, con vistas de hilo.*

— ¡ Hombre! — interrumpió César. — ¡ Que era tu paisano!

Por eso le pongo «vistas de hilo», que si no... Aquellas cosas son las Ermitas, no, señora. Son cascas de pastores, de cazadores, de gente militante, de gente útil.

— Pero, Alfonso, no sea usted hereje... ¿Es que los eremitas son inútiles? ¡ Pobres! ¡ Con la vida que hacen! ¡ Con lo que ayunan! ¡ Con lo que lloran...!

— Pero, señora ¿es útil el ayunar? Porque entonces ¡ cómo almorzar!

— Si — intervino Leré. — Pero los pobres eremitas, además de ayunar, renuncian á las alegrías del mundo. ¿ Le parece á usted poco? —

— ¡ Hijita, á las alegrías del mundo tenemos que renunciar todos, á la fuerza, ermitaños y no ermitaños.

— No haga caso, Leré, que tu tío es un anticlerical terrible. Más que anticlerical...

— ¡ Masón!

— ¡ Hubo una gritería de las damas.

— ¿ Masón? —

— ¡ Ave María Purísima! ¿ De verdad es usted masón? —

— Pero, César ¿ á quién nos has traído aquí? ¡ Masón! Pues estará usted excomulgado.

— No, señoras. No soy masón. ¡ Lo fui! ¡ Lo fui!

— ¡ Ah, vamos! Se arrepintió usted. Eso es otra cosa.

— Tampoco me arrepentí. Yo, señora, no me arrepiento nunca. Fui masón; pero se acabó « el círculo » de mi pueblo, y dejé de ser masón, á la fuerza. No fui yo quien me arrepentí, sino los demás...

— Bueno — dijo Rosario jovialmente. — Pero ¿ en qué quedamos? Ahora ¿ es usted masón, ó no lo es usted? —

— Lo soy, pero no puedo serlo... Más claro, que aunque yo...

— Si, hombre, si — dijo Salomé. — Es « el quiero y no puedo... »

— Justamente. El « quiero y no puedo » — agregó Artagnán. — Y luego, como hablando consigo mismo: — En la masonería, y en todas mis cosas.

En esto, muy cargadas de servilletas y manteles, de flores y cristalería, se allegaron la capatza y sus sobrinas, quienes dieron aviso de estar listo el almuerzo.

Entre nogales, á la sombra, percibiendo el frescor del río y el revolar de los vencejos, almorzaron con apetito y bulla, no sin que antes Artagnán, al ver los dorados de migas, sientera, como don Quijote cuando miró el de los cabreros, cierto estímulo del olfato y aun del estómago, lo cual llevóle.

Ya de sobremesa, á libar del incomparable amontillado y á pronunciar, suelta la lengua y destrabada la melancolía, un discurso con tonos de anacronística:

*Echa vino, muchacho...
Dance Lesbia y cantemos...*

— Así, ellos alegrillos, y ellas encendidas y despendadas, encendió la sangre de Cristo las humanas venas, y César, inspirado por Artagnán, habló de organizar una danza burlaca.

— ¿ Y Leré? ¿ Qué hacía de Leré? —

— No quería Leré un nido de tórtolas? — vociferó Artagnán, dominador.

— Si que lo quiero. ¿ Dónde está? — dijo Leré.

— A ver: Antoñica, María Eugenia, Adoración. A buscarle á la señorita un nido

de tórtolas. Pasad la barca y metros allí, por los chaparrales. ¡Volando! ¡He dicho que volando!

Fué con ellas Leré, encantada por la aventura, y Artagnán, diestro y maestro en orgías rústicas, requirió nuevamente a las coperas, como un mago a sus filtros.

— Vaya otra copa, Julia.

— Pero, hijo ¿ nos quiere usted emborrachar ?

— Si esto no emborracha — decía César, paladeando el vino como « catador » — Esto alegra — añadía Rosario, viendo al trabuz su copa, donde fulgía el sol corrobó.

— ¡Ea! Pues vamos a bailar. ¡Como en la Grecia antigua! — ordenó Artagnán estentóreo. Y que quieras que no las formó en corro, mientras ellas, muertas de risa, le vieron desaparecer por la alameda y regresar á poco, como un Baco, vestido de marsellés, coronado de verdes pámpanos.

Situose en el centro, repartió pámpanos á las damas, que también adornaron sus caballos; dispuso que las sets ó siete mocitas formasen otro corro, que llamó « de Arcadia », en oposición al de las damas, dicho « de Atenas », y sin flautas ni caramillo, al compás de sus voces estridentes y de las risotadas de todo el mundo, danzaron ambos coros báquicos ante aquel repentino y lamentable Sileno andaluz.

Era de verde, alto, fornido, hercúleo, escondidos los ojos relampagueantes entre los pámpanos y las bandes manoteadas, gritando como un borracho ó como un loco; ora al pasar Rosario, medio tronchada en sus opulencias; ya al venir Salomé, con sus gracias lánguidas; ya al acercarse Julia, rierte, espléndida, como una Juno. Era de ver, decimos, el frenesi de aquellos ojos, de aquellos manotes, de aquellas voces donde sonaban, como el eco en las ruinas, nombres de juventud, de imperio y de amor. Al cabo, el corro se deshizo, y cayeron las danzadoras rendidas, jadeantes, en la yerba. César y sus amigos, también fueron á descansar junto á Artagnán, el cual, haciendo alarde de su vigor, persistía, nombrando á Anacreonte, á las niñas y á los coribantes, en que era necesario traer más vino y renovar, en término de Monturque, las fiestas diónisiacas de Cos. Disuadiéronle, á duras penas, porque llegó Leré con las mocetas travieso victoriosamente el niño, y toda la curiosidad y la atención cayeron sobre los dos pequeños tórtolos, que, desnudos de plumas, estiraban los largos cuellos, abriendo enormemente el pico, entre pios de hambre y de orlandad.

En esto, vino Salvador el capataz, avisando que era la hora de la « tiente », y que cuando lo ordenasen los señores estaban listos los caballos.

Como las damas, exceptuando á Julia, no sabían montar, se acordó que á caballo fuegen los caballeros, y ellas con César, que guiaría en el automóvil.

Y dicho y hecho. Montaron el marqués de Alpuente y Pablo Romerales en dos magníficos overos de mucha sangre y piernas finas, y cabalgó Artagnán en su crepuscular « Pegaso ». Detrás, entre un turbión de velos y de manos emortajadamente primorosas, iba, despacio, el 60 H. P. de César.

Enfrentaron la carretera de Monturque, cuando ya el sol iba vencido y comenzaba á refrescar. Iban todos un poco fatigados de la danza, y despejados por el airecillo y el caminar de la perturbación del vino.

Las damas, en el automóvil, no cesaban de comentar las originalidades de aquel tipo tan raro y contradictorio. Artagnán, á su vez, departía con sus dos compañeros de jornada, sobre el contraste de las vidas cortesana y rústica.

A entrambos lados de la carretera, se tendían llanuras de olivares, huertas, molinos y casillas de los peones camineros. Una vez, traía el viento ladridos y rumor de porras. Otras, relinchos poderosos de yeguas que, trabadas, pacían en sembrados de maíz.

Los olivos, copulos y deinos, parecían mirriñiques verdes. El paisaje adquiría tonos graves. Iban entrando en término de marismas, y aparecían tierras quebradas, lomajes y barrancos, donde las cabras, en hondonadas tristes, dejaban de mordisquear los acobechas para mirar, en lo alto, rasando el azul, la majestad de un vuelo de águilas.

De cuando en cuando, retumbaba un tiro, y una nube de humo se deshacía entre chaparros. Se escuchaba el latir de los podencos y el grito de los cazadores.

Delante de las chozas, entre viñas de exuberantes pámpanos, mujeres harapientas y sin peinar tenían en las faldas infantiles desnudos, como el Niño-Dios. Un asno, envilecido de antojeras, daba vueltas á los canjilones de una noria, y, en un montón de grava, un mendigo anciano y barbudo, como San Jerónimo, sacaba unos mendrugos del zurrón.

Artagnán, cuando vio á los niños desnudos, se puso arto, fuera de sí...

— ¿ Ven ustedes — decía — sus compañeros de cabalgata, mostrándoles dos criaturitas, como de seis á siete años, que se revolcaban jugando con un chivo. — ¿ Ven ustedes á esos niños encucos? Pues esa es



Don Lorenzo.

la mayor infamia de la humanidad. Eso es lo que me saca de quicio. Eso es lo que me llevará con los anarquistas.

— Si, realmente es un dolor — decía sin grandes afecciones el marqués de Alpuente. — Pero ¿ esas criaturas no tienen padres? ¿ Cómo les dejan de ese modo?

— Es que hay padres — intervinieron Romerales fiscalmente — hay padres que merecían la hora. ¡ Mire usted que dejar así dos niños como esos! Y ahora menos mal, que es verano. ¡ Pero en invierno! ¡ Dios nos libre!

— ¡ Dios nos libre! Dice usted bien — agregó Artagnán sonriente. — Los padres no debieran ser más que padres. Ni abogados, ni comerciantes, ni labradores, ni nada; padres, nada más. La responsabilidad de educar un hijo es más grande que la de educar un pueblo. Y sin embargo, ahí los tiene usted; jugando con un chivo, como podrían jugar con un león. Lo mismo les hubiesen dejado con un león. ¡ Qué han de hacer, sino irse á trabajar!

— ¡ Toma! — dijo el marqués — Yo he visto una hiedra, donde el hijo del domador juega con los leones, como si fueran gatos. Daba horror... No deben consentirse esas películas.

— Pues yo, si hubiera tenido hijos — exclamó Alpuente — no hubiera sido más que padre, como dice Aguilar.

— Yo los tengo — dijo Artagnán — y he sido y soy de todo, menos padre. En fin...

— ¿ Diez cuántos hijos tiene usted? — ¡ Sete; cuatro hembras y tres varones. Los varones, después de todo... Pero las niñas... ¡ es un horror! Por un hijo se hacen muchas cosas, pero por una hija!...

— ¿ Y por un yerno? — apuntó Alpuente jovial.

— Tiene usted razón. El enemigo de la humanidad es el yerno.

Habían llegado á lo alto de un repecho, desde el cual se dominaba un valle de vastas leguas, liso como la palma de la mano, entre cuyas marismas y palmitos pastaba la ganadería de reses bravas.

— Allí se ven los toros — señaló el marqués.

— ¿ Ven ustedes — dijo Artagnán — aquellas manchas negras que se mueven como hormiguinas? Pues aquéllas son los becerras que hemos de probar de aquí á un rato.

Dieron voces al automóvil.

— ¡ Eh! ¡ César! ¡ Vamos!

— ¡ Eh! ¡ Señoras! — gritó Artagnán

otra vez con el hormiguillo jaquetón. Cuando las damas, desde el auto, contemplaron con los gemelos de campaña la exten-

sión del valle, fué una desilusión tremenda. Aquella desmudez, aquel erial, las desencantó.

— Pero ustedes ¿ qué imaginaban que era una dehesa? ¿ El paraíso terrenal? ¿ Creían que los toros iban á estar entre claveles y surtidores, presenciando el fandango ó sevillanas de unas bailaroras con pañuelo de Manila, y de unos bailaros con sombrero de queso y manta de borlones, á lo José María, el Tempranillo?

— No; pero esto, esta aridez, este campo tan silencioso, tan triste... Yo, la verdad... — dijo Rosario, haciendo mohines de disgusto.

— ¿ Lo están ustedes viendo? ¿ Por qué decía yo lo de Grilo? Pues por estas cosas. Leen ustedes á Grilo, á Salvador Rueda, á Villaspesa, á todos los falsificadores de Andalucía... Vienen después á Andalucía... y desilusión al canto.

Pasa igual que con las comedias de los Quintero. También son sevillanas, como los duros. ¿ A cuántas de estas gentes, que son indiscutiblemente andaluzas de carne y hueso, les han oído ustedes hablar como á los andaluces de los Quintero? Ni á una sola. ¡ Naturalmente! Como que los andaluces teatrales se pasan la comedia haciendo «histes, y los andaluces de verdad se pasan la vida bregando con el hambre y con el dolor. ¿ Han visto ustedes, ni siquiera por casualidad, en ninguna de esas poesías y comedias, reflejada la enorme tragedia rústica que ha desfilado ahora por delante del automóvil? ¿ Esas tierras malditas como el valle de Josalát; esas mujeres sucias, desgreñadas y muertas de hambre; esos niños desnudos y raquíticos, abandonados con las bestias; esos gañanes hoscos, con la barba de quince días, y el odio de los siglos en sus miradas torvas? ¿ En cuál de esas comedias de pastelería, ó en cuál de esas poesías de confitura aparece uno solo de estos perfiles, tan rotundamente, tan incomparablemente trágicos?

Habíaba con calor y énfasis desde su caballo, como un profesor desde su cátedra. Sostenía que, aparte de Alarcón que había descantado la Alpujarra, y de don Juan Valera que había penetrado en el alma sutil y señorial del burguesismo cordobés, la Andalucía del libro y del teatro era digna de ser llevada á los Tribunales.

— Y no crean ustedes... que en pintura pasa lo mismo. No hay más Andalucía que la trágica de Valdés Leal, ó que la estoica de Romero de Torres. Todo lo demás es «full», completamente «full».

Escuchaban atentamente las señoras, y un poco fatigados los caballeros, por lo

que César le cortó el discurso, alegando que se hacía tarde y había que comenzar « la tonta ».

Abandonaron al « chauffer » el auto y los caballos, y dejando la carretera tomaron la trocha, descendiendo poquito á poco al valle. Una cerca de alambres, que se corría varias leguas, les cerraba el paso, cuando vieron llegar á varios campesinos, entre los cuales reconocieron al vaquerillo Dientimella, que fué acogido por las damas, y sobre todo por Leré, con simpatía efusiva.

El vaquero sacó de su zamarra unos alicates, cortó el alambre de la valla, y luego que pasaron lo volvió á unir, remendándolo destramente.

— ¿ Dónde vamos? — decían las damas recelosas. — ¿ Están los toros por ahí?

— Ahora — dijo Artagnán — vamos á hacer el « apartao » de los cabestros. Tú, Dientimella ¿ habéis armado las barandillas?

— No, señor; todavía no. Justa que ostés mos digan ande las hemos de poner...

— ¿ Les parece á ustedes allí, en aquel majano? Si quiera hay unas malezas de palmitos — consultó Artagnán.

— Donde usted diga — replicó Leré.

— Allí mismo — declaró César.

Silbó el vaquero hacia unos álamos distantes, y acudió como por ensalmo una legión de hombres y muchachos, trayendo á cuestras una tienda de campaña, que amaron en un decir Jesús.

Era una especie de azotea, apoyada en soportes féreos, á la cual se subía por barandillas, férricas también. Al pie de cada columna situó un vaquero con escopeta, y extendidos en línea de combate, con sartones llenos de piedras vivas á la espalda, un zaqueñete de muchachos comenzó á probar sus bondas de pita: — « ¡... illo! ¡ Chas! ¡... illo! ¡ Chas! »

Subieron por las barandillas las damas, los señores y Artagnán, y Dientimella preparó el cohete de aviso.

Una banda de grajos cruzó, graznando tenazmente. Los muchachos, tirando al aire sus sombreros, cantaban hasta enronquecer:

*Grajo, grajo valandero,
la señal del molinero,
no cesas de graznar,
preparate pronto
que te han de matar.
¡ Gra! ¡ Gra!*

Aguardó el vaquerillo el paso de los grajos, y luego prendió fuego al cohete. Las damas, sosteniendo nerviosamente los gemelos, escru-



En este muy cargado de sevillanas y moriscos, de flores y cristalería, se aliguan los potros y sus señoras...

taban del lado de los álamos. Estalló el cohete en una nubecilla, entre la gritería de los muchachos, y de repente, unos bramidos estentóneos se mezclaron á un sonar de zumbas.

- ¡ El apartao! — gritaban los chiquillos.
- ¡ Ya se han llevado los cabestros!
- ¡ Ya se quearon los becerros solos!
- ¡ Ya mismo saben!
- ¡ Ya mismo tien que asonar!

Vieron primero un grupo de becerros que salían de entre los álamos, trocando y mugiendo lamentablemente, perseguidos por los « concedores », cuyos potros galardeaban sus frontales de espejos, donde fulgía el sol.

Al principio, las reses, desconcertadas, se

apretaban unas contra otras, como si presintieran el peligro. Después, sintiendo en sus cuadriles el caliente resullo de los potros, y escuchando las excitadas voces de los jinetes, detuvieron en firme, volviendo las testuzas irritadamente.

Un becerro de gran morrillo y piel más negra que el betún se apartó de los otros, escarbando la tierra entre bramidos. Luego, viendo venir á dos jinetes, se echó hacia atrás, y de repente, como un rayo, les arremetió.

Deciles ambos potros á los frenos, se alzaron de manos, dando un quiebro de media vuelta, mientras que los jinetes, afirmándose

en los estribos, alcanzaron con sus garrochas a la res. Un bramar estentóreo retumbó en el valle, y un ¡ viva! de los guardas y de los muchachos ensordeció a las damas en la tribuna.

Saludaron agradecidos los garrochistas, y uno de ellos adelantó garbosamente el caballo, haciendo la señal del brindis. Entre tanto, el becerro se revolvió iracundo, azotándose los cuadriles con la cola, escarabando la tierra que se levantaba como a un barro, buscando — la testuz espumante — al enemigo que le hirió.

Adelantó solo el del brindis, llevando al trote castellano su bridón, y, el sombrero en la izquierda y en la derecha la garrocha, citó a la res valientemente. Arrancóse la fiera, con gran violencia y muchos pies, y el jinete, metiendo espuelas a su potro, partió hacia la tribuna a todo galope.

Pudieron contemplar las damas a su sabor el espectáculo. Galopaba el caballo, excitado por las espuelas y por el jinete, y galopaba tan cercana de él la res, que sus astas rozaban ya la baticola. Crecía por segundos la ansiedad angustiosa de las damas, cuyas manos, con el temblor, arrancaban un carbillo de los gemelos. Aprestaban los guardas sus escopetas y los zagalillos sus homlas, viendo enfilar caballo y toro hacia la tribuna, cuando, de pronto, el caballo paró en firme, y a la res, al torcer el cuerpo en su busca, cayó al suelo entre espesa polvareda.

Fué la suerte tan rápida, tan limpia, tan inesperada, tan gentil, que sonó un clamor entusiasta. Las damas, encendidas, arrebatadas, aplaudían como locas; los muchachos, tirando al aire los sombreros, arrancaban trallazos a sus homlas, como al pasar la procesión; los guardas dispararon sus escopetas, como en salva. Hasta los irritados bramidos de la res, debatiéndose en las yerbas, aclamaban al garrochista temerario.

Solamente Artagnán, recto, inmóvil é indiferente en la barandilla, tenía el perfil estoico del capitán cuyo buque está haciendo agua. Nuevamente, su corazón jaque sintió, como un corcel la espuela, aquella sensación de temeridad que le llevaba hacia el peligro, como un hidrópico a la fuente...

No pensó más. No pudo más. Descolgóse por la baranda y dió á correr, como atraviesa, en dirección al garrochista. Gritaba, manoteando, como un loco.

— ¡Déjame tu caballo! ¡ Por lo que más quieras! ¡ Por lo que más quieras!

Fué un estupor de todos: de las damas, de los muchachos, del garrochista. César, rápidamente, increpó á los guardas, que sa-

lieron seguidos de los muchachos, renegando si había que renegar.

Las damas, sudorosas, muertas, cruzaban las manos y clamaban á Dios ansiosamente: — ¡ Jesús! Jesús!

Un silencio de horror y espanto escoltaba aquella carrera de frenesí. La voz desahorada de Artagnán repetía ya cerca del garrochista: — ¡ Por lo que más quieras! ¡ Por lo que más quieta!

Como un rayo, partió el jinete hacia el toro, para llevárselo á otra punta del cercado; pero Artagnán, frenético, patealeando, injuriando, despojóse del marseles, y emprendió una carrera loca hacia el bicho.

Fué cosa de un instante: no se vió más que una polvareda.

Luego, cuando la polvareda se disipó, Artagnán estaba en el suelo, y el toro, rebramando, le corneaba.

Llegaron espantadamente los garrochistas, que no sin gran trabajo lograron atraer al bicho, y llevárselo, tras sus potros, al galope. Acudieron los guardas, los muchachos, César...

Artagnán, la camisa empapada, los ojos turbios, se desangraba entre las yerbas. — ¡ Qué has hecho, loco! — exclamó César.

— Mis hijos... ¿ No te digo más? Tú me entiendes ¿ verdad? ¡ Mis hijos!

Hablaba como sin esfuerzo, firmemente, con suavidad, con lucidez. Le registraron ¡ Sangre por todas partes! Era su cuerpo una carnicería, un horror...

— Tú me entiendes ¿ verdad? — decía sin quejarse, cada vez que un puñuelo se le introducía en una herida...

Trajeron agua, le lavaron, le vendaron como se pudo. No hablaba, no gritaba, no se quejaba... Solamente, de cuando en cuando, palpaba con las manos agorrotadas los pámpanos de su corona de Sileno.

Entonces sonreía, más que con los labios, con los ojos. ¿ Qué quería decir, al mostrar lo grotesco de su tragedia?...

Cuando las damas, entre llanto, se inclinaban para mirarle, Artagnán, trabajosamente, se tapó la cara. Por entre aquellas manos, llenas de tierra y sangre seca, salió su alma, como por entre los hierros de un calabozo.

— ¡ Mis hijos!...

No habló más. No se movió más. El silencio de la tragedia dominó el valle. Sonaba el canto de las norias. Un bramido, como un clarín de funeral, retumbó sobre las marismas...

(Se continuará en el próximo número.)



Salida de la procesión. — Los soldados romanos, al frente, abriendo la marcha.

Por P. de PEDROSO



EVILLA, la hermosa ciudad andaluza sita en medio de inmensa y fértil llanura, donde la vegetación es toda tropical, es la más alegre de las poblaciones meridionales de España.

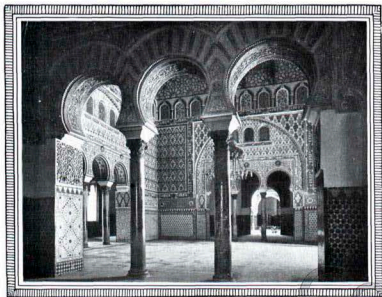
Exenta de la melancolía árabe, la naturaleza de sus habitantes está como empapada en las bellezas del clima: rie el sol en jardines y en hábitos, y centellea al horizonte en los techos elevados de la ciudad, y en los negros ojos de las sevillanas. Diríase, que aquí la naturaleza se arrima más á sus rayos de fuego, y bebe con deleite sus esplendores.

Reina de Andalucía, Sevilla despliega á un tiempo las bellezas de su clima, las riquezas de su arte, y los recuerdos de su pasado.

Pese á los pueblos que fueron sus dueños, desde los Focios que la fundaron, Sevilla no ha seguido siendo población antigua. Cada nación que la poseyó, supo comprender la valía de aquella fruta de la extensa llanura andaluza nacida á orillas del Guadalquivir. Cada una la transformó á medida de sus gustos, de su arte, de su civilización.

No busquéis en ella la ciudad árabe, cual Granada, ni la ciudad salvaje, cual Toledo. Sevilla ha seguido los siglos: es la ciudad española moderna por excelencia, si bien guardando en su brillante estuche las obras maestras del pasado: el Alcázar de los Moros y la Catedral medioeval.

En la época de la famosa feria, la alegría de la primavera renueva en los semblantes el



Alhambra de Sevilla — Sala de Embajadores.

júbilo, en los jardines las flores. Todo entonces es Festa en el antiguo reino andaluz. Parece caminar en masa hacia la gran ciudad. La principales vías de comunicación están atestadas; si no fuese por la alegría que se divisa en todos los semblantes, diríase una emigración de pueblos

arrojados por algún hijo de Marte, que van cabalgando con su bien, llevándose cuanto poseen.

Son mercaderes, campesinos, cortijeros que llevan al gran mercado sus rebaños de caballos, de mulas, burros, cabras, cerdos. Otros van cargados de extraños dijes, recogidos en todos los pueblos. Agobiados van bajo el peso de pieles de borregos, de chucherías, de navajas ó anchos cuchillos de punta añalada, más temibles que una bayoneta, y que, por desgracia, sirven con



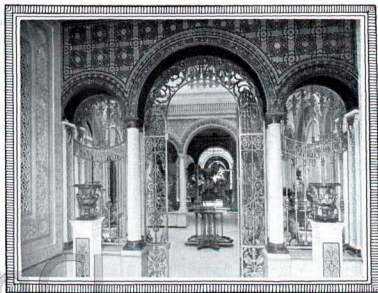
Un aspecto de la Giralda.

harta frecuencia en aquellas repentinas y furiosas riñas del pueblo andaluz. Unos cuantos guitarreros andan encorvados, cargados de guitarras y mandurrias, cual antaño los aedos de Grecia ó los trovadores del mediodía de

Francia, y caminando sacan de sus delos afilados sonoros acordes, que acompañan de cantos alegres, de apasionados relatos.

Sobre el espinazo de mulas de lomo descarnado, semejante á las cuentas de un rosario debajo de su rapado pellejo, sacos hinchados como la panza de las alcantarías van llenos de una mescolanza de juguetes de toda suerte, de aderezos, de abalorios, que los mercaderes pondrán á la venta, en los tenduchos instalados á lo largo del Paseo de las Delicias.

Saltimbanquis, titiriteros, char-



Entrada y galerías del palacio más bello de Sevilla.

latanes, gitanos se agolpan debajo de las tiendas, en medio de una nube de organillos que invade la población.

Pese á aquella abigarrada aglomeración, ningún desorden se nota entre la muchedumbre, que sólo piensa en divertirse.

Cada comercio tiene su barrio. A la izquierda del Paseo de las Delicias están colocadas todas las barracas de recreo: teatros, polichinelas, saltimbanquis, lios vivos, juegos de tiro, montañas rusas, etc.

Una alameda que va alejándose, llena de gente menos escogida, forma el barrio de las buñoleras ó gitanas: fíren sus buñuelos en la misma puerta de la tienda.

Mas ¡ay! del extranjero que se extravía por aquel lado. Aquellas criaturas, á veces hermosas,

otras horribdas con sus pelos grasientos, negros y lisos, cual plumaje de cuervo, adornadas con flores vistosas y patillas, se adelantan con desparajo, el puño en la cadera, erguida la cabeza, encostando sus pámulos encarnados y sus labios impertinentes.

Invitan á los transeúntes á tomar buñuelos y, encarándose con los más tímidos, sobre todo con los extranjeros, quieren remolcarles á la fuerza dentro de sus tiendas,

especie de figones ó tabernas para que presben los buñuelos regados con coñas de Jerez. Sin embargo, algunas miradas aterradoras, unas cuantas frases bruscas y enérgicas, dan pronto por tierra con su arrogancia, desaparece su aplomo, y las gitanas se retiran reñunando palabras,

que puede que sean español, pero que en su boca adquieren sonidos,



La Torre del encanto gadaluz.



*Un rincón delicioso
del Guadalquivir.*

acentos desconocidos.

Del otro lado del paseo, la avenida de los dulces: creyérase ver correr, durante centenares de metros, ríos de turrón y membrillo de oro. Más allá, montones de sacos de nueces, de cacahuetes, y colocados delante de las tiendas, desfiladas, adornada la cabeza con flores, cargadas las mejillas de blanco y colorado, hacen señas desesperadas á los que pasan, y se agitan cual muñecos delante del tenducho, llenándolo de gestos y de gritos.

Por todo el Paseo, de árbol en árbol, guirnalda de banderas y de arañas, en que los rayos del sol se esparcen en mil resplandores.

A lo lejos, la gran avenida, orlada de tiendas todas iguales, se prolonga hasta perderse de vista, para llegar al campo de la feria de ganados, animadísima desde por la mañana.

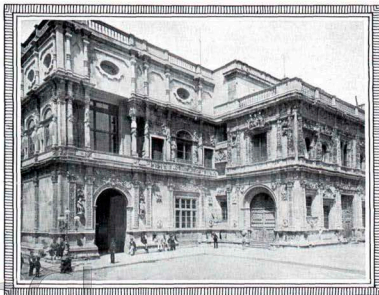
En la pradera continúa el gran mercado, donde se oyen mugir á los bueyes potentes y pesados.

Las cabras impasibles, tendidas en el suelo, miran con ojo satisfecho al gentío que las

contempla; carros donde se adivina una nidada de chiquillos, alcanzan sus varas hacia el cielo cual brazos suplicantes, mientras el caballo huesudo paca la hierba al rededor.

En aquel mercado se tropieza también con los diferentes tipos de España: desde el activo Aragonés hasta el melancólico montañés de las Sierras, cada cual lleva el traje de su provincia. Todo aquello va y viene, circula, pasa, vuelve á pasar, sin cederse del calor ya pesado del sol, que cae desplomado sobre la muchedumbre agolpada, de la que sale un clamoreo, una extraña confusión de gritos de animales y de voces humanas.

En medio de aquel movimiento, se discuten los negocios con una volubilidad y una cortesía desconocidas en los mercados del Norte, donde el «business man» evalúa de una ojeada la mercancía, y cierra de una plumada el trato. Aquí se escoge sin apresurarse, se habla de mil cosas, luego se termina pagando la mitad del precio pedido, pues en España, como en todas las poblaciones de Oriente, se regatea sin cansarse, seguro de



*Sevilla monumental
El Ayuntamiento.*

que se han de conseguir rebajas de consideración.

En todo aquel barullo, destacan con frecuencia aquellos apóstrofes de que tan pródigo es el Español: propios dirigidos á las mujeres, pues aquel pueblo acostumbra á decir en voz alta, por doquier, y siempre á la mujer que pasa, los encantos que en ella viera; á veces, maliciosa puntada se esconde debajo de una agudeza. Pero las más son frases delicadas y poéticas lanzadas con sencillez, mientras la señora se va impasible y arrogante ante los cumplidos que la siguen á lo largo del paseo, cual letanía de admiración.

Y no son sólo la feria y la primavera, las que dan á la ciudad tamaño alegría y animación. El júbilo, que por doquier se nota, no es únicamente la expresión del gentío mismo, es también la fisonomía de Sevilla, que refleja todas las bellezas de la naturaleza y el genio de sus hijos. Por todos lados ábranse plazas espaciosas, en cuyo centro florecen soberbios naranjos cuajados de flores. Y á la tarde, cuando cae el frescor de las noches de verano, la brisa lleva hasta dentro de las casas sus perfumados olores.

Avenidas adornadas de acacias siguen ambas orillas del Guadalquivir, animadas por un vaivén de barcas recamadas de banderas. En las aguas del río refléjase el palacio de Montpensier, rodeado de altas y esbeltas palmeras, llevando en lo alto de su ligera columna un haz de anchas hojas.

Más allá, redonda y gris, la Torre del Oro, donde fueron depositadas las riquezas que trajera Cristóbal Colón.

Al lado, un anfiteatro dibuja la masa circular de la Plaza de Toros. Al rededor de la maravillosa Catedral gótica extiéndese la Plaza del Triunfo, cercada de espléndidos edificios: el Alcázar, último resto del inmenso recinto levantado por los Moros; y los palacios de la nobleza andaluza, que ofrecen la más deliciosa mezcla de arte español, de elegancia parisiense, y de ornamentos árabes.

El hotel de la Condesa de X..., cuya morena y correcta belleza admiró todo París en la corte de Eugenia, es sencillamente ideal.

La entrada, realizada por años cuantos pedregales de mármol, da sobre un patio árabe, rodeado de arcos, dominados por una galería

abierta, de estilo morisco. El centro está lleno de las más graciosas plantas de Oriente: la hoja de la palmera se abre cual abanico, ó se arquea en forma de bóveda ligera, debajo de la cual, butacas de mimbre convidan al sueño y aconsejan el « far niente ». En las paredes, pinturas, armaduras orientales, objetos musulmanes.

Una escalera de mármol lleva á una serie de salas, donde adviñase en cada colgadura, en cada detalle, la gracia suelta de la Andaluza, sin lo sobrecargado de algunos salones parisinos.

Cuadro digno es, en su rica sencillez, de la irreplicable y severa etiqueta de la aristocracia española, etiqueta que parece no poder conservarse sino á la sombra de un trono.

Ferica de la Catedral se alza, cual gigantesco centinela, la torre cuadrada de la Giraldá, que domina la ciudad y la vega.

Construida por Yacoub Almazor (1196) fué el antiguo alminar de la gran mezquita musulmana, situada antaño sobre el solar de la Catedral actual.

La morisca Giraldá tiene también su leyenda cristiana, leyenda cuyos símbolos se vuelven á hallar por doquiera, y á los que Murillo dió lustre con su inmortal pincel.

Un día encrueldose espantoso ciclón. Inquietos los Sevillanos por su Giraldá amada, rogaron al Cielo que la protegiera. De repente dos jóvenes vírgenes, Santa Justa y Santa Rufina, aparecieron en los cielos, con palma en la mano, sosteniendo la torre. Aquellas dos santas eran, en el siglo III, humildes vendedoras de porcelanas en la célebre Filática de Triana, año floreciente en nuestros días. Volvian á socorrer la población donde nacieron, quedando en adelante sus patronas.

Al pie de la torre se levanta la Catedral, sobre las ruinas sucesivas de templos dedicados á Astarté, Salambó y Mahoma. En su conjunto, el edificio tiene la forma de una cruz, que le diera su argenteo desconocido.

La Capilla Real contiene el túmulo de plata maciza de San Fernando, obra maestra del arte del platero. Todos los años, el día del Rey (30 de Mayo) se expone á la veneración del público el cuerpo del Santo, al que no alcanzó la podredumbre del sepulcro. Rey al cual debe Sevilla su rescate de la dominación árabe (22 Diciembre 1248.)

En el Alcázar, vivió durante varios años la Reina Doña Isabel II, después de su abdicación. Allí se ven recuerdos de su residencia, objetos y hasta retratos dejados por ella, como si temiese profanarlos al expatriarlos consigo.

La palmera se alza arrogante en todas

las alamedas, digno recuerdo del Arabe, que el trajo del desierto africano á la risueña Andalucía.

Atlerraman III fué el primero que plantara la palmera en el suelo ibérico, en los jardines de Córdoba. A su soubra floraba su patria lejána, en melancólicos versos que aún se conservan:

Tú también eres ¡ oh, palma!
En este suelo extranjera.
¿Cómo has de llorar mis penas?
Tú no sientes, cual yo siento,
El martirio de la ausencia.
Si tú pudieras sentir,
Amargó llanto verterías:
A tus hermanas de Oriente
Mandarías tristemente
Llorar pues, mas siendo muda,
A las palmas que el Fuairates
Con sus claras ondas riega.
Pero tú olvidas la patria
Al par que me la recuerdas.
¡ La patria de donde Abbas
Y el hado adverso me alejan!

Y bajo aquel abundante viento, cristalina agua murmurá, canta y corre hasta debajo de los pasos. Al tocar ciertos resortes, á través de impermecibles bocas, surtidores inundan los caminos orlados de muros y rosas.

Debajo de ancha bóveda, una gran alberca forma lo que llaman los *Reinos de María Padilla*, la famosa querida de Pedro el Cruel. Por ella sanó su patria en la sangrienta guerra civil que sacudió su trono (1357).

No lejos de la calle de la Cabeza de don Pedro, un patrio riuéu de mármol blanco, cual copa de nécar, bebe los rayos del sol que la bañan por entero: es la casa de Murillo, del gran Murillo, la gloria de Sevilla y de los Sevillanos. En el Museo de la ciudad, harlo poco conocido por desgracia, veintidós de sus obras os transportan, como á sus santos, en éxtasis. Al lado, unos Ribera y Velázquez dan á aquella colección un valor único, sin contar unas cuantas nobles muestras de la pintura moderna, de que tendremos ocasión de hablar en otro lugar. Basta por ahora recordar al extranjero, cuyos conocimientos se limitan con frecuencia á los maestros antiguos, que existe en España una escuela contemporánea de una rara perfección.

Mas el movimiento continuo y animado de la gente, desliziándose por las calles llenas de sol, me recuerda la gran feria, de la que me distraía la población con sus bellezas.

Son las dos: es el momento en que se va á

las « casetas », mientras tienen lugar las corridas de toros.

En la más hermosa alameda del Paseo, se levanta á cada lado una hilera de tiendas, ó mejor dicho, de casetas de maderas: son las « casetas ». Diríase otros tantos teatrillos, cuya única pieza que forma el escenario es un salón.

Cada familia de la burguesía alquila una de aquellas tiendas, donde recibe á sus amigos, mientras que la ola de paseantes, espectadores improvisados, pasa y vuelve á pasar, lanzando miradas curiosas al fondo de aquellos salones, tratando de descubrir en ellos alguna linda cara.

Al que pasa, se le invita con la mayor gracia á entrar. En las grandes butacas mecedoras tendense indolentes, rodeados de cigarreros ó vacacioneros. Con el calor tropical que languidece la conversación, en medio del ligero ruido de las butacas, que van y vienen pererosas, del crujir de los abanicos y del movimiento de la gente, siempres lenta, que se desliza debajo de las acacias.

Un amigo me llevó á una de aquellas casetas: mi huésped era el verdadero tipo del burgués andaluz, si bien tal epíteto pinta mal al Sevillano, gran señor hasta debajo de andrajes. Recibíome cordialmente su mujer y sus hijos, así como dos muchachas vestidas de blanco con anchos sombreros de plumas flotantes, extraño contraste con los grandes ríos negros que anidan por debajo. La señora de X parecía una matrona antigua, bella y alta, con toda la sencillez de los tiempos antiguos. Ufana con su corona de veinte hijos, los enseña con orgullo, así como á sus nietos, tribu de antaño, pa-

triarcal familia, de quien cuenta numerosas anécdotas, más ó menos interesantes.

Una de sus hijas, pianista distinguida, amaba con pasión su arte. Un día, el novio le dijo: « Amiga mía, estoy triste, porque veo que quieres más la música que á tu novio ». La tovena, indignada, se levantó y cerró el piano: nunca más lo tocó... Rasgos característicos son éstos del Español celoso y de la mujer apasionada.

Un coche jardinería pasa al galope tendido de los caballos; de pie en la portezuela, un hombre voca: « A los toros, á los toros ». Detiénese el coche, precipitase la gente en él, y vuelve á su carrera con gran estrépito.

A la hora señalada, ni un solo espectador falta en el anfiteatro; es por cierto la única diversión pública donde hay exaltitud. El teatro anunciado para las ocho, principia á las once y media, ó doce y media. Así se tiene lugar para comer sin apesurarse, para llegar sin prisas.

Las corridas más hermosas de España son de los días de feria en Sevilla: á ellas van invitados los mejores toreros, vistiendo trajes de suma riqueza, y que es de rigor cambiar cada día de feria.

Los toros son de las ganaderías más alamedas.

Durante la noche, hacia las dos de la madrugada, los introducen en el toril. Para atravesar la población, mezclan los desús toros con una manada de bueyes; así van tranquilos y mansos siguiendo al rebaño hasta el patio de la Plaza; aquí, los buoyeros se llevan á los bueyes fuera del recinto; luego, desde lo alto de una plata-

BERGUES Y AMT.
Procesión de la cofradía de San Bernardo.



La casa de Murillo.

forma, se levantan las puertas del toril, pequeñas celdas donde hacen entrar uno tras otro los bichos, á veces recalcitrantes: los boyeros, armados con largos varales, los pican hasta que, jadeantes, concluyen por precipitarse en su calabozo... En seguida, óyese un ruido de cadenas, cae la trampa... y queda el toro prisionero.

Antes de la corrida, nos presentaron entre los toreros y picadores al famoso Guerrita, el favorito de la gente, que se agachaba á su paso. Se acercó, vestido con magnífico traje azul y oro. Aunque de talla mediana, tenía majestoso y arrogante porte, mirada fina, llena de fuego y de inteligencia, avezada á medir el peligro y á arrostrarlo.

Después de las pocas frases siempre insulsas de una presentación, pero que sin embargo denotaban, bajo el traje del torero, los modales del caballero: « Adios, dijo, voy á ver á la Virgen », y desapareció en la capilla, donde cada cual se recoge y se encomienda á Dios, antes de emprender aquella lucha tan llena de azares y de peligros.

Después de los toros, fiesta inenarrable de sol y de alegría, de peligros y de entusiasmos, viene la hora del paseo; se descansa en el fondo de un coche, que sube al paso por el Paseo de las Delicias. Los toreros variados siguen en hileras bien ordenadas; estamos en la Avenida de las Acacias, de Sevilla. Son trenes enganchado á la inglesa, otros á la andaluza, con sus penachos de todos colores, retumbando sobre la cabeza del caballo, cuya cola está enrollada hasta la mitad, con tiras de colores iguales á los de los penachos. Jóvenes elegantes van bulliciosos y arrogantes en sus jaquitas andaluzas, entre los suntuosos trenes.

En sus coches, las señoras van adornadas con sus mejores atavíos; las mujeres que

van á pie, llevan largos mantones de Manila, bordados con flores de todos colores, á veces de gran valía. Sus cabellos están adornados con claveles encarnados de Málaga, que ponen una nota resplandeciente al lado de su tez mate, de sus ojos brillantes y de sus labios, nuevos claveles que reflejan la alegría y la dicha de vivir.

Todas las avenidas están iluminadas ¡cual cuento de hadas; recuerdo, sobre todo, una de ellas, cen su bóveda de luces formando arcos. En el centro de las Delicias, una tienda colosal entre la encrucijada toda, con sus cordones de arañas encarnadas y amarillas. Mas allá, una torre de farolillos domina todas las avenidas.

El paseo está animadísimo. La luz eléctrica repercute en la ciudad blanca, é intensa en las cascadas, donde suena el ruído seco de las castañuelas, kayos « lalala, lalala » acompañan las « seguidillas » y las « sevillanas », llevando la dicha al corazón de la muchedumbre. Se ha

parada para ver bailar á los jóvenes, á las mujeres, á los niños, pues todos entran en danza; y la andaluza luce ondular con garbo su tallo flexible y suelto; mil curvas hacen los brazos y sirven de marco á su arrogante semblante, donde asoma desdefosa sonrisa, sin que jamás cesen los « lalala » de las castañuelas, escondidas en sus manos blancas y finas, bajo un moño de cintas. Jamás una vacilación, jamás una falta en el compás durante las siete figuras de la « sevillana »; cada uno se desliza con aquella naturalidad, aquella calma imperturbable que caracteriza á la bailadora española. De tiempo en tiempo, una corta pausa; luego, vuelven todos á sus movimientos acompasados de gracia indolente, en los labios un gesto pícaro, alivia la mirada.

Después de tres días de feria, desaparecen los cordones de luces, se desmontan las case-



Puerta principal del palacio de San Telmo.

tas cual castillos de naipes, huyen los extranjeros, se eclipsan los mercaderes, y vuelve Sevilla á su vida de siempre en la primavera ya florida.

Mas no por eso cae la población en la melancolía de las ciudades árabes, como casi todas las del mediado de España; las calles de Sevilla siempre están animadas y atestadas de gente. Una muchedumbre lenta se mueve siempre en ciertos barrios; la calle de las Siempres, sin aceras, donde no circulan los coches, ve á todas horas pasar innumerables ojos negros y lánguidos, avivados por luminosa cabeza ¡cual estrella en la noche! Muchedumbre que circula desde por la mañana hasta la noche, párase al menor ruido, al menor movimiento inusitado.

He aquí un viejo cubierto de harapos, sin expresión su cara, el cutis curtido color de ocre rojo, cual los mendigos de Marillo. Si le alargáis una limosna, os seguirá largo rato al sonido de vuestros pasos, llamando sobre vuestra cabeza infinitas bendiciones: « ¡Que los ángeles se hallen siempre en su camino, gracioso pastor de Belén, para librarte de los malos! ¡Que su cara sea siempre tan radiante como un día sin nubes, y que sus ojos siempre abiertos reflejen al mundo y sus maravillas, que baña la luz del sol... »

Apenas si se oyen las últimas palabras que susurra al ciego, cuando nuevo mendigo á quien está vez niega la perrita, me persigue con sus maldiciones: « ¡Que sus cabellos caigan de su cabeza abrumada de zozobras! ¡que se apaguen sus ojos en un torrente de lágrimas! ¡que un sol sin brillo presida todas sus empresas, y que el reposo se aletee

de los que no se apiaden de los desgraciados!... » ¡Ah!... no os impacientéis demasiado pronto, he aquí una vieja gitana que quiere distraerlos con sus revelaciones. No os neguéis á ello, vuestros encantos son demasiado grandes, vuestro porvenir haría brillante para que guarde su secreto. Pronto, pronto, apresuraos á seguir vuestro camino para libraros de aquellas incantes acchanzas... Pero la calle no tiene aceras, es ancha como el coche que ha penetrado en ella; tenéis que retroceder hasta la esquina, con riesgo de ser aplastado. No penséis en la entrada de una puerta cochera: no hay más que anchos muros blancos, con ventanas enrejadas á lo largo de la calle, por ambos lados. Por fin, después de un rodeo, llegáis á casa de un amigo, donde se ve siempre lo mismo: patio árabe, mármol blanco, palmeras verdes; dos cotarras os ensordecen con sus voces agudas, mientras un orgullo sirve de extraña acompañamiento á una comadre vecina, que regaña á los chicos...

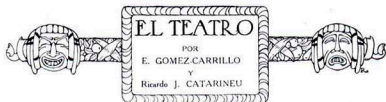
Los barrios elegantes se animan, sobre todo, á eso de las doce, hora en que se vuelve del teatro y se va á las tertulias. Se hacen visitas, se recorren los cafés: entonces principia aquella vida que sólo en España se conoce.

Ya el sereno cantó dos ó tres veces la hora de la mañana, cuando al fin se duerme la ciudad, bajo los millones de estrellas centelleantes de su cielo tropical. Esparse la noche nueva vida, regeneradora calma, difunde su rocío sobre los naranjos que embalsaman todos los barrios, los palacios del Guadalquivir, y ¡la taberna del Barrio!

P. DE PEDROSO.



Cartel premiado en el Concurso de las Ferias de Sevilla.



EL TEATRO EN PARIS, por E. GOMEZ-CARRILLO

Ilustraciones de Yves MAREVERY

La *Marchande d'allumettes*, de Mme. ROSTAND y MAURICE ROSTAND.
— *Le Mannequin*, de PAUL GAVALT. — *Le Bourgeois aux Champs*,
de BRIEUX. — *Un Fils d'Amérique*, de PIERRE VERIER.

Dos ó tres veces, durante la representación, oyendo los grandes aplausos que celebraban las pequeñas estrofas, algo en el fondo de mi alma preguntaba:

— ¿Sería tan bello el triunfo si se tratara de un poeta desconocido?

Y es que, realmente, cuando uno ve sin respetos y sin embobamientos la obra, cuando oye la voz afeitada de sus versos, cuando contempla la puerilidad voluntaria de sus situaciones, no puede dejar de pensar que nada es tan necesario para alcanzar un éxito, como llevar un nombre ilustre. Un poema dramático de la esposa y del hijo de Rostand! Con la firma de uno de los dos habría bastado. La religión de la poesía es tan profunda, que ciertos apellidos imponen el fervor. ¡Qué familia magnífica!...

En todo caso, no hay que caer en la injusticia de los que hacen responsable al admirable dramaturgo de *Cyrano*, de las nimiedades pedantes del joven Maurice, ni de las coqueteterías marchitas de la dama Rosemonde. El gran Rostand, el Rostand único, pasa por en medio de estas pequeñeces sonriendo.

— ¡Dejadles que se diviertan — parece decir — dejadles que corran por las calles; así me permiten quedarme tranquilo en casa, soñando mis floridos ensueños!

Y mientras Mauricio copia en la marquesa de Segur una historietta, Rosemonde entresaca de Andersen unas cuantas silnetas.

La obra de hoy dicen que es, en el original, ingenuamente filosófica. Es posible. Los buenos cuentistas del norte saben dar á estas aventuras de navidad, un sabor deliciosamente amargo. Pero ¿qué puede quedar, entre los versos parisienses, de la prosa escandinava?... Se trata de una ~~verdadera~~ comedia de cerillas, que se muere de frío y de hambre una noche de «Noel». Nadie quiere comprar una sola caja. Pasa un burgués, Daisy le dice:

*J'ai faim... J'ai froid,
Achetez-moi des allumettes.*

El burgués le contesta:

*Et pourquoi faire, en vérité?
Nous avons l'électricité!
Rappelez-vous, d'ailleurs, petite,
Qu'ici, la mendicité
Est interdite!*

*Et si vous demandez encore de l'argent,
Je vais appeler un agent!*

Ni los burgueses, ni los aristócratas, ni los obreros, ni nadie, nadie, quiere socorrer á la infeliz cigarral del arroyo.

— *Je vais mourir! Je vais mourir!*

— exclama.

En ese momento, aparece el único ser capaz de tenerle lástima. Es un mendigo, un

viño mendigo, algo charlatán, que le da unos cuantos céntimos, y le dice:

*Daisy, Daisy, petite fille,
Mon vieux cœur tremble de courroux
Quand vos bras sont meurtris de coups.
Petite fille,
Comprenez-vous?*

*Mon vieux cœur bat sous mes guenilles
Quand vous me parlez, et, surtout,
Quand vous me parlez à mon faoutou...
Petite fille,
Comprenez-vous?*

*Pats, j'avais (pour moi, c'était tout!)
Sur terre une petite fille
Qui dort, maintenant, par-dessous...
Petite fille,
Comprenez-vous?*

*Allons! prends mes gros sous dans ta petite
main,
Tu vas pouvoir rentrer sans crainte qu'on
t'assomme!
Dis bonsoir au vieux chieu! Dis bonsoir au
vieux homme!*

Adieu!

¡Ay! apenas Daisy tiene en la mano las monedas de cobre, un apache se las arrebató. Entonces, la pobre comprende que no le queda más remedio que morir, y se resigna. Pero antes quiere hacer un bello sueño.

Una por una va encendiendo sus cerillas, para iluminar el palacio de sus ilusiones, de sus amores, de sus lujos, de sus alegrías. Al fin, cuando el día nace, ella muere.

Ahora bien ¿os figuráis lo que un gran poeta, un Edmond Rostand podría hacer con esta aventura tan suave y tan triste?

Lo malo es que todos los Rostand no son Edmondos...

El telón se levanta, y nos encontramos en los salones de Mme. Augusta, la gran modista de la rue de la Paix. ¿No habéis contem-

plado nunca el espectáculo deslumbrador de los *essayages* parisienses? Mi ilustrada amiga la señora marquesa de Cesgón, los describe gentilmente en estas líneas:

«La primera que penetra es Lili. Desciende los tres escalones con taitz rosa que conducen al salón, balancea sus caderas deslizando el pie, segura un brazo y eleva el otro, se inclina su cabeza sobre su hombro, cuidadosa de una elegante actitud. Vestido cereza, talle alto, levita recordada hacia atrás, y faldones bolidos.

«A Mlle Lili siguen con otros trajes de alto talle y bolidos faldones, imitando sus movimientos, Mlle Margot, Mlle. Marthe y Mlle. Duclane. Creíase un desfile de artistas de un «music-hall», que fuesen todas bellas, y no pretendiesen otra cosa que vender sus trajes. Las clientas examinan los anchos pliegues ondulantes, el cuello Directorio con ó sin pieles, ruegan á la maniquí que se vuelva una y otra vez, pero si se trata de esas compradoras aristocráticas, no miran nunca á las maniqués. Y, sin embargo, debieran hacerlo, aunque sólo fuese para ver sus magníficos peinados estilo Imperio, á La Vallière, á la Griega, á la Virgen, etc.

«Una aparece con las faldas ceñidas y los tobillos libres, envuelta entre azules repliegues; otra agita, como cascabeles, las largas bellotas que pendlen de los botones de su chaqueta; otra, envuelta en un raso blanco



Mlle. Margot y Lender y Mr. Dax, en «Le Mannequin».



Mr. Vèber, en "Le Bourgeois aux Champs".

con rayas encarnadas, parece un ánfora esbeltísima de cristal pintado.

Realizada esta pequeña exposición, las maniqués vuelven a sus vestuarios, donde algunas oficiales se encargan de transformarnos de nuevo rápidamente, a lo Frégolet, para presentarse otra vez, sonrientes como diosas, ligeras como hadas, ante las miradas de las compradoras.

A veces, además de las compradoras de que nos habla en su croquis la marquesa de Cespón, entran en los salones de la rue de la Paix algunos curiosos. En la comedia de Gavault, la clientela de Madame Augusta, la elegante Simona, va acompañada por el millonario Grehart: « ¡Cómo voy a divertirme! », piensa el buen bulevardero. Mas he ahí, que apenas ha puesto los pies en la casa de modas, cuando su esposa aparece. Grehart huye. Para ocupar su lugar de curioso, presentábase el gentil Mauricio, que está enamorado de una dama, y quiere darle color haciendo la corte a una maniquí, mademoiselle Colette. Esta demoiselle, que debiera tener un alma de juguete, es, por el contrario, un ser sensible, puro, ardiente, sincero y sentimental. Mauricio es su ideal. Ama a Mauricio. Y Mauricio que es un hombre honrado a pesar de sus frivolidades, preguntábase inquieto como va a hacer para desengañar a aquella chica. El momento supremo llega al fin: la dama a quien Mauricio ama, cae en la red sutil de los celos. « Ven », le dice. Y Mauricio corre. Entonces Colette, triste, desilusionada, comprende que, en amor también, no ha sido más que un maniquí.

La obra ha tenido un éxito grande y franco. Era natural. Cansados de dramas filosóficos, llenos de lecciones morales y de

comedias poéticas saturadas de pedantería lírica, los parisienses han visto, en la frescura sin trascendencia de esta pieza sin ideas, sin lirismo, sin pretensiones y sin estilo, un oasis agradable para pasar, sin fatigas inútiles, las largas horas de las digestiones.

Brieux, el famoso Brieux, ídolo de la burguesía, ha hecho una comedia con un asunto de novela. La comedia se titula: *Le Bourgeois aux champs*. Y así como la política de D. Rafael Cassat es hidráulica, así la comedia de Brieux es agrícola.

Alguien ha dicho, con razón, que entre las obras de Brieux hay algunas que son más que *chefs d'œuvre*, puesto que son *buenas acciones*. Esta frase se refiere a las *Remplacantes*, a *Blanchette*, a *La Foi*. Pero la pieza recién estrenada no forma parte de la biblioteca sociológico-moral del buen apóstol. No. Como el « bourgeois », díjase que el dramaturgo se ha ido al campo, con objeto de no pensar en nada de lo que hace amarga la vida de las capitales. Ver crecer el trigo ¡qué alegría!... Sólo que ¡ay! hasta para esto se necesita ser, si no un gran poeta, por lo menos un poco poeta. Y ni el « bourgeois » ni su historiográfico lo son. Son otra cosa, son gente honrada, son gente altruista, son gente de principios elevadísimo. Poetas, no.

El « bourgeois », después de hacer experimentos agrícolas en su gabinete de París, conviencese de que hay un apostolado agrícola, y se marcha al campo dispuesto a predicar. Toda su familia debe ayudarle en su santa misión social. Su esposa dará lecciones



MM. Lérand y Tarride, en "Un Fils d'Amérique".

de higiene al pueblo, y su hija Fernanda enseñará a leer a los niños. Más santa familia no la hay. En una granja admirable, la existencia se anuncia paradisíaca. Mas llega el momento de la cosecha. El burgués prohíbe que sus obreros beban vino. Sus obreros se decantan en huelga.

« Oye voy a dar una bebida higienista, á base de ácido fólico, y eso os tonificará más que el alcohol — exclama.

Sus obreros se ríen de él. La cosecha se pierde. No importa. Hay que hacer sacrificios en aras de la idea. Con su noble y religioso pedantismo de higienista, el « bourgeois » obliga á sus servidores á no beber sino agua hervida. Poco á poco, la gente le va tomando por loco. Unos le engañan, y otros se burlan de él. Todo va mal, muy mal, en la granja. Todo va mal, muy mal, en el seno mismo de la familia. Fernanda ama á un vecino, y el padre del vecino se ríe de Fernanda. Otro viene, un trabajador, y se casa con ella. Entonces, por primera vez,

el pueblo comprende, el pueblo aplaude: la rica heredera, uniéndose á un pobre labrador, ese es el socialismo práctico. Al fin, el « bourgeois » aprovecha esta popularidad inesperada, para hacerse elegir diputado.

¿Qué decir de todo esto?... Brieux, el buen Brieux, es académico.

Pierre Vèter no es académico. Nunca será académico Pierre Vèber. Y, sin embargo, si hay alguien que encarne el ingenio francés en toda su gracia ligera y elegante, es él. Ni Tristán Bernard, que tiene algo de la *grosse blague* del ghetto ancestral; ni Courteline, que pone en su copa más bilis que vino; ni Willy, que da mayor importancia á los « calembures » que á las situaciones; ni nadie, en fin, puede con más razón que este parisiense llamarse el *fils de Voltaire*. Sólo que la Academia es una dama ya muy anciana, á quien no le gusta oír risas francas y frescas.

En el *Fils d'Amérique*, Pierre Vèber demuestra cuan fácil es hacer una comedia encantadora, sin nada de eso que los Brieux, los Hervieu y los Marcel Prévost ponen en las suyas. Un rico industrial, Pascault, tuvo, doce años antes, un disgusto con su hijo Pedro, y le echó de su casa. Desde entonces, nadie ha sabido donde ha ido á parar el joven aquél. Pascault, muy ocupado, no ha tenido tiempo de pensar en eso. Pero de pronto, al sentirse viejo, su corazón de padre comienza á hablar.

— ¡ Si lo encontrará! — dice.

Entonces, un amigo suyo que está seguro de que Pedro murió en América, busca á un joven impostor, le entra de la situación, y le lleva á casa de Pascault, gritando:

— ¡ Aquí lo tenéis, al pobreco!

En el acto, el pseudo Pedro da muestras de gran inteligencia y de gran voluntad. Los negocios de Pascault van mal, muy mal. Pedro los arregla. Los obreros tienen la costumbre de no obedecer á Pascault. Pedro

les impone su disciplina. Un aventurero ha logrado cautivar a la linda Dorette, única heredera de Pascault. Pedrole desenmascara, y salva a su pseudo hermana. Mas ¡ay! el momento de que alguien le salve a él, llega al fin. Una mujer que conoció al verdadero Pedro, se presenta.

— Este no es Pedro — exclama.
¿Cómo hacer? El primer impulso de Pascault, naturalmente, le dicta una reso-

lución violenta contra el intruso. Pero luego piensa en la situación, y se dice:

— Puesto que no es mi hijo, que sea por lo menos el marido de mi hija.

Y como en las buenas viejas canciones de aldea, todo termina al pie del altar.

E Gomez Carrillo

EL TEATRO EN ESPAÑA, por Ricardo J. CATAFINEU.

Ilustraciones de D. de la PUENTE.

Las Golondrinas, del Sr. MARTINEZ SIERRA. — **La Fuerza del Mal**, de DON MANUEL LINARES RIVAS. — **Dona María de Padilla**, de DON FRANCISCO VILLASFERA. — **Lluvia de Hijos y El Perfecto Amor**, de DON FEDERICO REPALAZ. — OTROS ESPECTÁCULOS.

La dramaturgia española contemporánea podrá no haber progresado mucho, pero no será por falta de producción. En el plazo de un mes, desde mi anterior revista de *Mundial*, hemos tenido en los teatros de Madrid veintiocho estrenos, según mi cuenta. No hablaré de todos ellos, claro está, y aun a alguno no me ha sido posible asistir. La calidad no ha correspondido a la cantidad, desgraciadamente. Fuera de la música de *Las Golondrinas*, de todas las novedades escénicas de estos treinta días, no se acordará nadie antes de un año.

El Teatro de Price, vacío durante los últimos meses de campaña de Enrique Borrás y en las primeras representaciones de Sagi Barba, está ahora diariamente lleno. El público, harto de musicales y musicales, comenzaba a apartarse de los escenarios donde se cultivaba el arte lírico. Vives trabaja poco; Jiménez está agotado; Luna amenaza malograrse con imitaciones de operetas; de Pedrell no hemos oído obra alguna en Madrid; Bretón confunde la ópera con la pesadez; y Quinto Valverde, muy español para Francia, se ha vuelto para España demasiado francés. José Serrano, más contemporáneo que técnico, tarala dos ó tres años de zarzuelita á zarzuelita. Los compositoros industriales, sin ciencia, meollo, buen gusto, ni siquiera afición, se han adueñado de los teatros musicales, y se reducen á empalagarnos con el eterno bailecito de última hora, el *couplet* robado y la

mutina sonata, que dijo Vives. Dijérase que Chapí y Caballero habían muerto sin sucesión artística, ni esperanzas de ella. En estas circunstancias, ansioso el público de ver alboracear un gran prestigio lírico, se ha revelado el joven Don José Usandizaga en el drama *Las Golondrinas*, como una interesantísima personalidad.

A Martínez Sierra le fué recomendado a hacer algún tiempo Usandizaga, como á otros escritores, para que le otorgara su protección escribiéndole un libreto. Escuchó algunas páginas de su nuevo amigo, y quedó encantado. De ahí, *Las Golondrinas*.

Hará diez ó doce años lo menos, publicó Martínez Sierra su *Teatro de ensayo*. Era entonces un mozalbete. En aquel libro candoroso iba incluido el drama *Los saltimbanquis*, estrenado después en Barcelona con el título de *Avés de paso*, gracias á un arreglo de Santiago Rusiñol. Nadie se acordaba de aquella obra, ni pudo sospechar que se popularizara algún día. De ella ha extraído la letra de *Las Golondrinas* Martínez Sierra.

Estamos en la plaza de un pueblecito castellano. Una compañía de titiriteros alega la feria. Lisa es el alma de esta improvisada familia ambulante; sus risas, su estruendo, su juventud, lo iluminan todo. Cecilia, por el contrario, se nos muestra reservada é inquietu. El payaso Puck, bajo la aparente superficialidad de sus gracias de circo, esconde un corazón de fuego. Otras dos ó tres figuras secundarias completan el

pitoresco grupo. La acción del acto primero se reduce á descubrirnos el amor de Puck por Cecilia, y á hacernos presenciar la huida furtiva de esta misteriosa muchacha, aterrada todavía á su honestidad. También nos parece transcurrir como Lisa ama al payaso, aunque no nos lo dice, quizás porque ni ella misma lo sabe.

Nos traslada el autor, por arte de magia, á una gran ciudad europea y, dentro de ésta, á un opulento *music-hall*. Allí encontramos á Lisa, Puck y sus camaradas, menos á la fugitiva, naturalmente. Ya no son los desdichados saltimbanquis de antaño. Se han trocado en artistas de renombre mundial. Los públicos les reclaman, cuando representan sus pantomimas de arte italiano. A una de estas representaciones asistimos. Venos á Pierrot (Puck) en brazos de Colombine (Lisa). Cuando el marido, ó sea el Sr. Polichinela, acude ó sorprenderles, Pierrot se finge muerto. El Sr. Polichinela cae en el engaño, y los amantes vuelven á ser dichosos.

De súbito, la tranquilidad de la vida se desahucia. Cecilia, hermosa y joven ya, mujer de noble avituerrera (fascinante y temible, tropieza con sus antiguos amigos. La pasión de Puck se reanuda. Después de simular correspondencia, la insigne coqueta se burla de él. Su risa enloquece al payaso. El cuchillo de Puck atraviesa el corazón de su amada. En estos momentos de espanto y de muerte, Puck se retiega en el ingenuo amor de Lisa, que apenas desdenara.

Hasta aquí, el libro, de Martínez Sierra. Usandizaga lo ha hecho suyo, sobreponiéndolo al libretista y á los cantantes. El drama no está tanto en el escenario como en la orquesta. Lo más admirable, á juicio mío, es esta homogeneidad de la partitura. No se busca el efecto brillante y fácil en ninguna ocasión; se atiende ante todo á la exposición, auido y desenlace del poema. Alguien ha acusado á Usandizaga de poco alegre y juguetón. No creo que hubiera ocasión de alegría y de juego en este drama lírico, hasta ahora, la más completa tentativa de ópera española que hemos visto en

Madrid. Las escenas habladas son brevisimas, y quizás inútiles. Sorprende la ciencia de Usandizaga á la edad de 23 años. Es discípulo de Vincent d'Indy, y honra á su maestro. Como instrumentalista, ningún músico español conocido de estos tiempos le aventaja. Tal vez la misma técnica abaja á veces la inspiración. Desde luego, maravilla más la música de *Las Golondrinas* por el soberano dominio orquestal, que por la espontaneidad y fuerza comunicativa. Aun así, no

faltan fragmentos de alta inspiración, como el gran dúo final del acto tercero, donde Puck refiere á Lisa como mató á Cecilia, ni otros ejemplos de facilidad y gracia, como un número de conjunto en el primer acto, donde juntos vibran el bullicio de la multitud, las voces de los vendedores, los cantos de los niños jugando al corro, y los anhelos sentimentales de los payasos. Las páginas más bellas, en fin, están en la pantomima antes mencionada. Es una combinación encantadora de trágico y grotesco. Al fingirse la muerte de Pierrot, la descripción orquestal es magnífica. A la vez, burlesca y terrible. Juntamente evocamos el recuerdo de la *Marta Sábado* de una *marioneta*, de Gounod, y el de la *Danza macabra*, de Saint-Saens. Tal es la sensación que esa admirable página musical nos produce. Y, para mayor gloria de Usandizaga, ha sabido conservar, dentro de la técnica francesa moderna, el más puro y castizo sabor de la tradición española.

Luisa Vela y Emilio Sagi Barba cantaron el dúo culminante de la última jornada, soberbiamente. En general, la interpretación como el libreto quedaron muy por debajo de la partitura.

El teatro de la Princesa, donde ahora ensaya Galbós su *Alceste*, nos ha dado dos nuevas producciones enteramente contrarias, ninguna de las cuales parece llamada á larga vida. Aludo á *La fuerza del mal*, de



El maestro Usandizaga, autor de "Las Golondrinas".

Don Manuel Linares Rivas, y á Doña María de Padilla, del poeta Villaseca.

La fuerza del mal ha sido injustamente maltratada por la crítica periodística, en mi opinión. Tiene los mismos defectos y bellezas de todas las comedias del Sr. Linares Rivas, pero con la ventaja de estar cimentada sobre un asunto más honro y más humano, sin esto impedirle ser tan divertida como cualquiera de las otras. El secreto de los triunfos de Linares está siempre en este don de la amabilidad. Es algo así como un Capus sin literatura. Desgracia en las obras de Linares el artificio, la inconsistencia de los personajes, la imitación de la técnica francesa, la trivialidad de los temas; pero enamoran la espontaneidad, la ligereza y el buen humor. El se conoce, lo cual no es poco mérito. Así, aun dentro de un asunto serio como el de *La fuerza del mal*, ha dado á casi todos los tipos trazas cómicas, y ha tratado los conflictos graves en forma risueña. La idea fundamental pudo ser de drama, pero su autor la ha encerrado dentro de la comedia graciosa, y aun no la desdesechó en algún episodio aislado ciertos recursos de *vaudeville*.

Pudiera llamarse *La fuerza del mal*, más propiamente, *La razón de la fuerza*. No se trata de hacer el daño por sistema ó instinto, como el título parecía indicar, sino de emplear la violencia como arma defensiva, y aun contra la propia voluntad, cuantas veces las circunstancias lo impongan.

Un banquero tiene dos hijas, y no quiere casarlas sino con hombres ricos. Candelas está enamorada de Ramoncho, un aristócrata simpático y calavera. Asunción ama á Antonio, trabajador y pobre. Don Justo no transige con ninguno de ambos amores. Pero así están Doña Salomé y Don Santos para doblegarle. La tal Doña Salomé, tía de Ramoncho, no se arredra ante nada. Conoce

un secretito de Candelitas, y amenaza á Don Justo con el escándalo. El millonario acaba por ceder, forzado por las circunstancias, aunque sin perdonar á la hija rebelde. Asunción, entretanto, sacrifica su corazón á la obediencia filial. La muchacha sublevada va á ser dichosa. La sumisa florará en la desgracia. Si tal sucediera, en efecto, el final sería humano y lógico. Pero el dramaturgo, por respeto á ciertas pudibundeces convencionales, ha dispuesto las cosas de otra manera. Termina Don Justo por avenirse á todo, y tanto Asunción como Candelas se casan de acuerdo con sus inclinaciones. Así, la idea fundamental de la comedia queda destruida. Y el propio Don Santos, comentarista al estilo de los Jalins y Kious, de Dumas (hijo), ó sea propagandista de la fuerza del mal, concluye por demostrar lo contrario de cuanto se propone, contribuyendo en gran parte, con su bondad, á amansar á la fierca.

María Guerrero, en Doña Salomé, ha sido una dama cuarentona desenvuelta é impulsiva, de lo más gracioso y simpático. Emilio Thuillier (D. Santos) ha compartido el triunfo con ella. Fernando Diaz de Mendoza no trabaja en esta obra. Se advierte, sin embargo, en ella, su experta mano directora.

Doña María de Padilla es el drama histórico por el patrón antiguo. Así llevaba la historia al teatro (hablo del procedimiento, no del genio, naturalmente), el gran Lope de Vega. Así vino perpetuándose en la dramática española hasta hace poco. ¿No recordáis los buenos tiempos del romanticismo? Con la única excepción de Zorrilla, algunos vez, el sistema era el mismo: no dar importancia sino á la intriga, y si acaso á los caracteres. Las producciones de Gil y Zárate

son buenos ejemplos. Posteriormente, todo un ciclo escénico (Sánchez de Castro, Echevarría, etc., etc.), se atuvo al procedimiento tradicional. Pero, hoy, la historia ha pasado de novelesca á científica. Queremos la psicología de los personajes, la reconstrucción arqueológica, el ambiente y el léxico de época, la *verdad histórica*, en suma, antes que una ficción poética trivial.

Se ha manifestado nuevamente el Sr. Villaseca como excelente autor dramático. Aparte de sus lindísimas poesías líricas, tan sutiles y aladas, sabe escribir el *tercio de teatro*. Prepara las situaciones efectistas con la habilidad de un Echevarraz. Complica el embrollo ingeniosamente. Mas todo ello no basta. De los años del triunfo echevarrazesco á los de ahora, la distancia es enorme. ¡La cultura pública ha variado tanto! Lo que viene llamándose por rutina lo *teatral*, se nos antoja menos *teatral* cada día, porque ya somos muchos quienes no vamos al teatro en busca de bellas mentiras, ni de *bucacas* sacudidas nerviosas, sino para entregarnos á sensaciones de verdad humana y á puras emociones artísticas.

Lluvia de hijos es una traducción, que Don Federico Reparaz ha escrito, de cierta famosa comedia yanqui (*Baby Mine*), original de miss Margarita Mayo.

Esta obra de miss Mayo fué muy aplaudida en París, adaptada por Hennequin, si no recuerdo mal. En Madrid gustó mucho. Quizás la gracia de la frase no corresponde nunca, en la versión española, á lo recogido de la acción. Tiene tal fuerza escénica, no obstante, que se impone desde las primeras escenas arrolladoramente. ¡Qué lujo de peripecias, enredos y complicaciones!

No imaginéis un *vaudeville* moderno, con algo de psicología en los personajes, ni de verosimilitud en la fábula. *Lluvia de hijos* es francamente disparatada. Se busca la risa por la risa, no por la observación. Ningún tipo de cuantos en este sainete intervinieren, sería tolerable en la realidad. Todos ellos son tonos de remate. Nada de cuanto presenciásemos en el escenario sabemos que haya ocurrido nunca, ni es fácil... ¿he dicho fácil? ni es posible que suceda jamás. No importa. Desde el primer instante, el auto-

de la comedia nos ha transportado de este planeta, donde vivimos, á otro menos lógico y más divertido, donde nos hemos aclimatado pronto y gustosos á la nueva vida.

Menos fortuna que en Cervantes, con *Lluvia de hijos*, ha tenido el mismo Don Federico Reparaz en Lara, con *El perfecto amor*. No será yo quien niegue el ingenio de Bracco. En esta producción, como en todas las suyas, respaldada abundantemente. ¿Quién no admirará la ductilidad de este dramaturgo, cuando en *La Piccola fonte* nos estrechó de pavora, en *Infelele* nos ilumina de alegría, ó en *Don Pietro Caruso* es trágico y cómico simultáneamente? Pero *El perfecto amor* llega por la insignificancia y prolongación excesiva del asunto. La conversación, sin la acción ni la profundidad, no nos interesa, y casi nos fatiga. En el libro me compláce más que en la escena.

No ignoto que en Italia obtuvo grandes victorias *El perfecto amor*, ni que la Ximena Thuillier en Buenos Aires, la Villegas y Moreno en Murcia, también consiguieron verlo aplaudido. Sería por aciertos de la interpretación, añadidos al ingenio del diálogo.

En Lara hemos tenido la desventaja, de que la Sra. Bárcena y el Sr. Peña han equivocados lamentablemente el papel respectivo. Ella ha transformado completamente una coqueta en una ingenua. El, un galán en un gracioso.

De los demás estrenos, han sobresalido el interesante drama de Don Felipe Sassone, *El medio de los felices*, en el Coliseo Imperial; la comedia napolitana de Giacomo, *Con flores á María*, admirablemente adaptada al ambiente español, por el Sr. Rivas Cherif; y la revista de gran espectáculo, *Los dioses del día*, con tipos muy guapos, mucho mujerío, mucho lujo, una espléndida decoración de Mariel, trajes brillantísimos, luces, flores, música de Calleja (toda vulgaridad...) y hasta parece ser que hay también, por añadidura, un poquito de libro de los Sres. Perrin y Palacios.

Federico Reparaz



La Sra. Yela y el Sr. Sagi Barba, en "Las Golondrinas".



María Guerrero, en "La Fuerza del Mal".

EN LAS CARRERAS

París, el París del lujo y de la elegancia, consagra en las *coursas* dos grandes acontecimientos en la vida de la ciudad. De un lado, el apasionamiento por las carreras, que se traduce en apuestas; del otro, la moda dictando soberana sus leyes a la multitud, que acude a escuchar sus designios, y transmite a todo el mundo, por medio de la fotografía, el último eco de la inagotable fantasía parisiana.

Es una vida revuelta, amontonada, la que se vive en las *coursas*. No falta en ellas la nota humana, que se eleva por encima del negocio y del lujo. Es el *flirt* que nace en un cruce de miradas; es el *flirt* que lleva al paraíso ó al infierno, según dispone la fatalidad. No todo es frivolidad en las *coursas*, porque la frivolidad es un aspecto accidental de la vida, y no alcanza nunca lo absoluto.

Pero ¿qué es eso? ¿Ponerse triste en pleno *champ de courses*? ¡Habría ridículo! El sol, un amable y benigno sol de Marzo, brillando en un intermedio de la lluvia, anima las *folies* femeninas, hace resaltar el «dernier cri», y detrás de las mensajeras de la moda corre un ejemplar de adoradores y de fotógrafos, prendidos todos en el arte sutil de nuestros modistos, devotos de la forma consagrada por manos de hada, para enaltecer la belleza de S. M. Indestructible, la *frimée*.

Pero una exclamación nos aparta del cortejo triunfal de las reinas de la moda. Esta vez, no es una mujer la que levanta a su paso murmullos de admiración. Las mismas frases corren de labio en labio.

— ¿Quién es?

— ¡Qué chaquet más admirable!

— ¡Pero ¿quién viste así?

La verdad es, que te'ner la atención en el gran mundo elegante que se congrega en las *coursas*, es cosa harto desusada.

Un caballero pasa, y la gente clava en él la mirada.

— ¿Quién es?

— Mr. X.

— ¿...?

— Un gran propietario de una *écurie de courses*.

— Pero ¿quién le viste?

Y todo ¿por qué? Porque Mr. X viste un soberbio chaquet de una línea inimitable, maravillosa, con tales detalles, que á la legua se adivina la mano de un gran sastre.

Vuelve la pregunta como un ritornello:

— Pero ¿quién le viste?

— ¡Quién ha de ser sino

Mr. Dusel, el famoso sastre de la rue Royale, nº 12.

Y las felicitaciones á Mr. X se mezclan con gritamos á ese gran sastre, que es Dusel.

¿Qué de particular tiene, que una atención despertada en las carreras llegue á la capital, y se contagie á todos? El nombre del afortunado mortal que con un simple chaquet consiguió despertar la admiración del público, tan habituado á la elegancia como él de las carreras, cuyo fallo es siempre inapelable para la moda, se ha venido recibiendo de Auteil al corazón de París, constituyendo el tema de muchas conversaciones en los grandes círculos:

— Es Dusel. ¿Quién podía ser?

Preparémonos á otras sorpresas. Después de Mr. X vendrán otros.

— Ya han salido ¿sabes, el joven marqués D'...

— Sí. Pues el chaquet de X, con ser maravilloso, no lo es tanto como el otro.

— Pues son del mismo sastre.

— Pero es que se va superando á sí mismo, y en cada nueva prenda se le ocurre más perfección: la eterna, la inagotable perfección de los magos de París, que parecen recoger sus modelos en la fuente inmortel del buen gusto y de la elegancia.



El chaquet Dusel, 12, Rue Royale, París.



Foto Masuel.

ASESINATO DE GASTON CALMETTE

Director del *Figaro*.

Un drama político se desarrolló en París en la tarde del día 10 de marzo. A consecuencia de la campaña personal que había emprendido en el importante diario *Le Figaro* su director, don Gaston Calmette, contra el ministro de Hacienda, don José Caillaux, la esposa de éste se presentó en la redacción del periódico parisino, y cuando el señor Calmette se dispuso á retirarla en su propio despacho, mostrando aullares, arrojando precipitadamente un pequeño revólver, hizo seis disparos sobre el director del *Figaro*, que le ocasionaron la muerte á las pocas horas.

El rango de los protagonistas de este drama, y las gravísimas consecuencias que ha de provocar en el orden político, hizo que sea hoy un asunto de trascendental mundial. Estos periódicos se libran contra otros á descomunales batallas: la pasión se ha envenenado de las calles de París, por las que circulan manifestaciones de protesta, que á veces p' mas pueden costear los agentes de la autoridad.

Sobre el cuerpo aún caliente del infortunado Calmette, libraron batalla periodistas y ex-presidentes del Consejo, y otras altas personalidades. Todo se esperaba... nuestro impresionista, la intervención trágica de una mujer.

Aunque se trate de un suceso que nuestra condición de extranjeros nos veda comentar, le apli que la calidad de la víctima, un periodista, un periodista, merece por su propio hombre y la fama del periódico que dirige, nos fuerza á justar nuestra protesta á todas las que ya se han profeso.

Gaston Calmette nació en Montpellier, en 1858, debutaudo apenas en el periodismo. Entró en el *Figaro* cuando apenas le apuntaba el bozo. Fue uno de los más jóvenes de los más famosos, pero también de los más trabajadores. Empezó ganando á la línea, y solo algún tiempo después, advertidas sus condiciones, tuvo empleo fijo en el periódico. Pronto sobresalió, obteniendo del rey de Italia, Humberto I, por obsequio escrito, la libertad de su amigo, el capitán francés Romani, acusado falsamente de espionaje. En 1894, fué nombrado secretario de redacción del *Figaro*. En 1895, á raíz de la campaña que, desvirtuando de su tradición, realizó el *Figaro* en el proceso Dreyfus, Gaston Calmette fué nombrado director gerente, y en este cargo le ha correspondido la muerte. Al principio, sus campañas periodísticas no iban de buen grado por el terreno de la política, pero no tuvo más remedio que seguir; y siempre dando la cara, siempre poniendo la firma al pie de lo que escribía. Gaston Calmette fué el combatiente más activo de Combes, Andrieu, Pellétan, Déroulède, y Caillaux.

En la intimidad, fué un hombre intachable. No fue hombre de que jamás, ni sus adversarios más encarnizados, hayan puesto en duda su honradez y su probidad periodística. Buen amigo, buen compañero, su mejor elogio está en las ensimismadas páginas del *Figaro*, en las que sus colaboradores, atraídos, escriben la necrología y la protesta, con acentos que parecen sollozos, con párrafos que constituyen un rosario de lágrimas.

Elegancia Masculina



A todos los clientes, cuando los hemos vestidos admirablemente y salen con elegancia impecable de mi casa, les oigo decir:

— ¡Está muy bien hecho, es muy bonito... pero resulta caro!

Vamos á ver: ¿Qué es lo que se entiende por caro? ¿Mucho dinero, ó qué? No existe ni debe existir. A este propósito, quiero contaros una pequeña historia relacionada á un rico barón de nuestra ciudad.

Este barón, muy rico, muy ilustrado y humanitario, solía todo muy pasción, tenía la costumbre de ir todos los años á Triel, á hacer su provisión de albaricocus.

Era rico, delicado, goloso, y le gustaba lo bueno, y los albaricocus de Triel tenían mucha fama, sobre todo los de la propiedad de un tal Bernard, que poseía árboles que producían una cosecha de 1,800 á 2,000 albaricocus, muy buenos, deliciosos, etc.

El barón se aprovisionaba, para obsequiar á sus amigos, con cajas de albaricocus, que hacían floweré cartas de gratitud.

Pagaba la cosecha con 4,000 francos.

Pero un día, un temporal destruyó las flores, el granizo aniquiló una partida de albaricocus, cubiertos de fruta madura, y sólo se quedaron cuatro albaricocus, por cierto muy hermosos, pero cuatro únicamente.

En aquella época llegó el barón á recoger su cosecha, y calculó su estupefacción al encontrarse sólo con cuatro albaricocus.

Discutieron sobre el precio, y dijo: Realmente 4,000 francos por 4 albaricocus es un poco caro.

El taimado Bernard le contestó, que los albaricocus tenían siempre el mismo precio, y le hizo comprender que aquel año eran mejores, y para que pudiese gustar su sabor, cogió uno del árbol, lo partió, ofreció la mitad al barón, y quélese con la otra.

Fué entonces cuando el barón le dijo, riendo por lo bajo: — La cosecha está siempre al mismo precio, pero acabas de llevarlos la octava parte, y así no os resulta caro.

¡Habréis visto bien que la palabra "caro" no existe, pues como tal gran señor pagó los 4,000 francos, y se llevó sus tres albaricocus.

Ocurrió lo mismo con nuestros vestidos y chaquets que se galonan, y seguramente que un chaquet que proceda de nuestra casa se parece al albaricocus comido, en que no es caro.

Por tanto, os rogamos, queridos lectores, y especialmente queridas lectoras, que acompañéis á vuestros maridos y á vuestros parientes y amigos, que manden hacer sus chaquets elegantes, en la forma que recuerda mucho el traje á la francesa que usaron nuestros padres. Este chaquet estará bordado de galones.

La Exposición de Lyon, próxima á Saint-Chamond, ofrecerá una serie de galones de todas clases.

No hay que decir que el chaquet que inaugurará la Exposición de Lyon, llevará también el adorno de un galón.

También, habrá chaquets galoneados, ya que Saint-Chamond ha fabricado galones lo bastante largos para confeccionar los chalecos.

Es un "tour de force" de fabricación, que no elegiríamos bastante.

El chaquet, con este chaleco de color y el pantalón más claro, es de una elegancia digna de un gentleman francés ó inglés.

Seguramente, los grandes sportmen que inaugurarán las carreras de Auteuil y los «sports» de Longchamp, exhibirán estos chaquets, imponiendo los galones.

¿Cuánto durará? Un año! Dos años! El tiempo que se tarde en achatarlos, nada más; pues, al fin y al cabo, es una fantasía de la moda, y su duración no debe exceder en mucho á la de todas las fantasías.

Es KRIEGEC quien hará esta innovación; es KRIEGEC quien lanzará el galón; es su casa la que está encargada de hacer valer sobre los actuales vestidos, los galones de las casas de Saint-Chamond y de Saint-Etienne.



Chaquet galonado, por Kriegec, 23, rue Royale, París.

NICOLAS KRIEGEC.



Foto Talbot

Mlle. KIRSCH, del teatro de la Opera.

Abriego de "Breitschwanz", de la casa LEROY & SCHMID

PIELLES MAX

Place de la Bourse, París.



Prosa. *(Antología de los más bellos capítulos de las obras de GÓMEZ-CARRILLO).* — Maucci, Barcelona.

De las crónicas de nuestro eminente colaborador, esparcidas por periódicos de España y de América, se reúnen en este volumen los trozos más bellos. Sólo los poetas recibían antaño los honores de la antología... ¿Por qué no, también, prosistas de la galanía de Gómez-Carrillo?

La danza del corazón. por JOSÉ FRANCÉS. — Editorial, Llorca, Madrid.

Una novela en que las pasiones observadas fielmente brillan en el libro, con la pluma del buen estilista que es José Francés.

En Indo China. Mis viajes. Mis cacerías, por el DUQUE DE MONTPENSIER. — Editor, Maucci, Barcelona.

Como las Reinas de Italia y de Rumania, y como los Soberanos de Suecia y de Mónaco, S. A. R. el Duque de Montpensier (hermano de Doña Amelia, reina que fué de Portugal, del Duque de Orleans y de la Princesa Doña Luisa, esposa del Infante Don Carlos) figura ya por derecho propio en la galería de augustos escritores. Su libro es una narración de asombrosas expediciones, con grandes incidentes de caza. Es una obra interesante, no sólo por los viajes que relata, sino por la fuerza de realidad y de emoción que contiene.

La corte del Cuervo Blanco. El sueño de la reina Mab, por RAMON GOY DE SILVA. — R. Velazco, Madrid.

Son dos poemas original'es de nuestro distinguido colaborador. El «Cuervo Blanco» va precedido de una corte de poetas, que saludan con cánticos la aparición de la obra de Goy de Silva. Es, en efecto, un delicioso poema, de grandes vuelos el primero, rimado magníficamente, y de una tendencia neblie y e'evada. «El sueño de la reina Mab» es á modo de broche de esta verdadera joya literaria.

La science et l'industrie en 1913, por H. de VIGNERON, prólogo del Dr. F. HALURE. — Un volumen de 222 páginas y 77 dibujos. Editor, Geisler, rue de Mélicis, 1, París.

Los lectores de este libro encontrarán detallados todos los descubrimientos científicos e industriales hechos en 1913.

Nuestro distinguido colaborador señor Vignerón, en estilo claro y con documentación profusa, trata de los grandes trabajos del Canal de Panamá, del túnel del L'etschberg, de los recientes progresos de la química, de los rayos ultra-violetas, de la fijación del ázoe, de los transportes, de la física industrial, la cirugía, la electricidad, la ciencia aplicada, la zoología marina, y otros datos muy interesantes.

Es, en una palabra, un balance científico e industrial del año último, que merece un lugar en todas las bibliotecas.



El mejor que la  Habana produce

DICCARDO Y C^{IA} L^{DA} GALIANO 98 LA HABANA Y DEFENSA 1278 B AIRE

CASA de COMPRAS en PARIS y LONDRES

Sombrereria y Camiseria

Humbert & Cia

Artículos de Viaje

Novedades para señoras

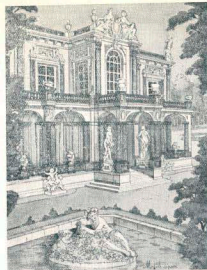
AVENIDA 18 DE JULIO Y ARAPEY MONTEVIDEO

Elegancias



Foto Tallier.

Reproducción de la cubierta de "ELEGANCIAS", correspondiente al mes de Abril, tirada en color, representando un lindo abrigo de pieles de la casa Max.



SOCIÉTÉ FRANÇAISE :: DE ESCULTURE :: DE ARTE EN MÁRMOL

Preferida por la mujer de la Colonia Sud-Americana

GRUPOS. ESTATUAS, BUSTOS PARA
DECORACIONES DE SALAS Y SALONES

Puerta de Concurso 1910

FIGURAS, VASOS, FUENTES
DE GRANDES DIMENSIONES
PARA VESTIBULOS Y JARDINES

BUSTOS-RETRATOS, EN MÁRMOL,
BASTANDO SOLO UNA FOTOGRAFIA
PARA LA EJECUCION, GARANTIZANDO
LA EXACTITUD DEL PARECIDO.

Cédigo ilustra a las personas que la solicitan.

TRABAJOS DE MÁRMOLERIA, PRECIOS
Y PROYECTOS SEGUN PLANOS

Galerie Félix Cavaroc & C^{ie}, 10, Rue de la Paix, Paris

LES PARFUMERIES DE GABILLA

6, RUE ÉDOUARD VII
8, PLACE ÉDOUARD VII
USINES
203, RUE DE PARIS
-IVRY-

LE RÊVE DE GABILLA
LA ROSE DE GABILLA
FOLLE PASSION
TOUT LE PRINTEMPS
LES JEUX ET LES RIS
LA VIERGE FOLLE
LE BOUQUET DE GABILLA
XANTHO-PHAROS ET S-MINNE
L'AMBRE DE GABILLA
LA VIOLETTE DE GABILLA ETC...

DE VENTA: En MONTEVIDEO: Al por Mayor: Roch & Capdeville, Al Detalle: T. Corralajo y Cia;
Marabotto y Cia.— En SAN SALVADOR (Salvador): Casa Dreyfus, May y Cia.

Anteojos Prismatico

LA
NATIONALE



FABRICACION ESENCIALMENTE FRANCESA

J. GRIFFE

17, Rue de Saintonge, Paris (7^e)

ENVIO FRANCO DEL CATALOGO

J. Borghans



AGENCIA GENERAL MARITIMA
PARIS # 32, rue d'Hauteville, 32 # PARIS

Tránsito, Seguros, Transportes á destajo

Direccion telegr. general: "BORGHANS"

CASAS EN: EL HAYRE, IS. que d'Olinda. AMBERES, IS. que de S. Pedro. HAMBURGEO, Dusseldorf. AGENTES EN: BUENOS AIRES, ROSARIO, LA PALMIRA, OTROVA

SERVICIO ESPECIAL PARA LA AMERICA DEL SUR
Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, etc.
Recepcion á domicilio de las mercaderias, agrupamiento, embalaje, reexportacion, seguro y despacho de aduana, con facultad de pago á la llegada de las mismas.

PIDASE EN TODAS PARTES
EL EXQUISITO
ANIS REQUENA

Gran diatoma de Honar - Gran premio - en la Exposición del Tíbidabo - Buenos Aires - - - - - Burdeos 1913 - - - - - 1913

REQUENA & HIJOS
TARRAGONA - -
- - - - (España).

Los Apartamientos amueblados
DE LA ESTRELLA

Los más LUJOSOS - Los más CONFORTABLES

Se recomiendan á todas las personas de provincias á
del extranjero que se detengan en Paris una temporada

VINCENT - BOUZOU
DIRECTOR

7 et 10^{me}, rue Anatole-de-la-Forge Paris (Etoile).
TELEFONO : 677-27

PARQUETS DE GRAN LIJO
ORDINARIOS
DAMMAN & WASHER
DRUSELAS
PARIS

PEDIR LOS ALBUMS ILUSTRADOS
10 Rue Eurfole Debaym, PARIS

Messine-Automobile
6^{me} Rue Treillard
Tel. 658-09

5^{me} G^{me} DES AUTOMOBILES INDUSTRIELS
PARIS

Messine-Automobile
6^{me} Rue Treillard
Tel. 658-09



Alquiler de Coches
de Gran Lujo
Cambio, Reparaciones, Comidas



Vehiculos Berliet
Camiones, Omnibus
Coches de las mejores marcas

Automovilistas!

Adaptad en las bocinas la maravillosa para
EOLIEN "L'ETOILE"
en caoutchouc comprimido, cuya duracion es,
comparada con los otros sistemas, á lo menos
cuádruple (garantía absoluta)

Y POSEEREIS EL APARATO IDEAL
EL MAS SOLIDO &
EL MAS PRACTICO
EL MAS ELEGANTE

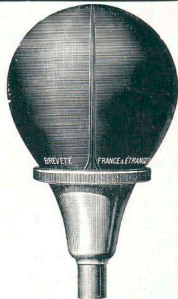
Para detalles, dirigirse á MUNDIAL MAGAZINE.
Para ventas al por mayor, al fabricante

E. KALKER

Manufactura general de caoutchouc.

LILAS, cerca de Paris (Francia).

Depósito en Montevideo:
JOSÉ AVALO Y Hnos. - Cerrito, 664.



EOLIEN "L'ETOILE"

COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE DE PARIS

CAPITAL: 200 MILLONES DE FRANCOS

CASA CENTRAL: Rue Bergère, 14
SUCURSAL: 2, place de l'Opéra, París

Presidente del Consejo de Administración: M. Alexis ROSTAND, C. ★
Vice-Presidente Director: M. E. ULLMANN, O. ★
Administrador Director: M. P. BOYER, ★

OPERACIONES DEL COMPTOIR

Bonos a plazo fijo, Descuento y cobros negociación de cheques, Compra y venta de monedas extranjeras, Cartas de crédito, Órdenes de bolsa, Préstamos sobre Títulos, Cheques, Letras, Envíos de fondos a Provincias y Extranjero, Suscripciones, Custodia de títulos, Préstamos marítimos, hipotecarios, Garantía contra los riesgos de reembolso a la par Pago de cupones, etc.

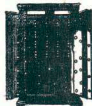
AGENCIAS

41 Agencias en París.
16 id. en los alrededores.
180 id. en provincias.
11 Agencias en las colonias y países de protectorado.
12 Agencias en el extranjero.

ALQUILER DE CAJAS PARA CAUDALES

El Comptoir tiene un servicio de cajas para caudales a la disposición del público, 14, rue Dargère; 2, place de l'Opéra; 127, boulevard St-Germain; 45, avenue des Champs-Élysées, y en las principales agencias.

GARANTIA Y SEGURIDAD
ABSOLUTAS



COMPARTIMIENTOS DESDE
5 ECOS AL MES

BONOS A PLAZO FIJO

Interes pagados sobre las sumas depositadas de 5 a 11 meses, 1 1/2 % (1) De 1 a 2 años, 2 % (2) De 2 a 5 años, 2 1/2 % (3) (4)

ESTACIONES BALNEARIAS

El COMPTOIR NATIONAL tiene agencias en las principales estaciones balnearias; estas agencias tratan todas las operaciones como la casa central y las demás agencias, de manera que los extranjeros, los turistas y los bañistas, pueden continuar ocupándose de negocios durante sus viajes.

CARTAS DE CREDITO PARA VIAJES

El COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE, expediendo Cartas de Crédito circulan pagaderas en el mundo entero por sus agencias y correspondientes; estas cartas de crédito van acompañadas de un cuaderno de identidad y de indicaciones, ofreciendo a los viajeros las mayores comodidades, al propio tiempo que una seguridad incontestable.

Balones (Administración central, 14, rue Bergère, para los acreditados.) Suavis, 2, place de l'Opéra.

Las operaciones que trata el Comptoir son en el Extranjero están centralizadas en un Departamento especial, que hace la correspondencia en los principales idiomas del mundo.

SIMIENTES

de hortalizas y de flores

Especialidad de Céspedes
:: Simientes de forraje ::
:: Cebollas floridas ::

L. BOUVET

84, Rue du Faubourg-St-Denis

PARIS (10^a)



ENVIO FRANCO DEL CATALOGO

ALIMENTACION .. YODADA ..

(Garantía sin yodismo)

Regenerador de la vida, en Abate Sébire

Antigo Liqueur del Hotel-Dieu de Albierville.

¡ 20 VECES MAS NUTRITIVO QUE LA CARNE!

Crea carne, hígado, músculo, nervio, y substancia gris (Cerebro).

Este producto es el que con mayor eficacia sirve de base alimenticia a todos los enfermos sin excepción.

Se convierte en preventivo que conserva la salud.

Conviene a veces y puntualmente alimentarse en preparación de viajes, y las personas malaladas en la de 50 %.

¡ ES LA SALVACION DE LOS DESPERADOS!

Hacer saber a los Tercerolucos que mediante él, gaseo de 2 a 3 kilos por mes.

Tiene gusto exquisito, y solo cuesta 0.17, se obtiene cada botaje, suministrado al pesado, a la carne, al aceite de hígado de bacalao, a los hígados, y a todos los medicamentos conocidos a los cuales se agrega.

ARABE A. SEBIRE

Directo y franco. Nuestra casa vive sobre un explotación del modo del arte Sébire, y construye instalaciones que permiten en el caso de que OCTUBRE a M. Dr. des Laboratoires Martin a Eugénie-Isa Balas (P. 402.) París, Teléfono: 175.
NOTA: No debe tomarse en la medida de las condiciones sanitarias, que se detallan al recibir a toda actividad que se nos dirige.



50%

DE MUOZON-A

CON EL EMPLEO

DEL PNEU

FABRICABLE

TIPO 1913

Despacho y almacén: 47, Rue Saint-Ferdinand, París

Teléfono: Wagram 66-44. Direc. Teleg.: Fabricable-Paris.

DE TODO UN POCO

Plus fort que lui!—Eduardo Brain, hijo de un ex-capitán del ejército francés, padeció de kleptomanía. Una mañana salió de la cárcel, en donde había permanecido seis meses á causa de su funesta manía, y su primera visita fué al comisariado del barrio de las Lilas, de París, para agradecer á los agentes su detención. Los policas, poco acostumbrados á estas visitas de agradecimiento, rieron mucho con Brain. Este se despidió, cortésmente, al poco rato, y al irse, con estupor primero y luego con indignación, los agentes se dieron cuenta de que el incurable kleptomano, cediendo á su pasión, se había llevado todos los lápices, plumas y secantes de las mesas de las oficinas policíacas. Sin molestarle mucha, pronto consiguieron darle caza, en el momento en que acababa de sustraer de un establecimiento varias latas de conservas y un queso. Resignadamente, con el fatalismo de su suerte, Brain volvió á ingresar por la tarde en la cárcel.

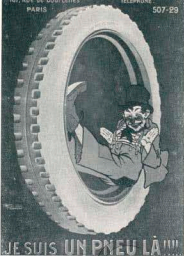
La fortuna de Alemania.—Un libro reciente de Arnold Steinmann nos demuestra, que la fortuna actual de Alemania asciende á 397 mil millones de marcos, ó sea unos 500 mil millones de francos.

Una herencia extraña.—James Hackett es un joven primer actor de mucha fama en Inglaterra. Mrs. Minnie Trowbridge era sobrina de Hackett, y odiaba á su tío de tal modo, que hizo testamento dejando íntegra su fortuna, que se calcula en siete millones y medio, á su marido. Pero muere éste antes que la testadora, y como entonces resulta Hackett el pariente más próximo de la viuda millonaria, resuelve ésta desheredarle de un modo expreso. No lo consigue, porque experimenta un ataque de amnesia total. En sus momentos de lucidez, la viuda llamó á abogados y notarios para decidir la suerte de Hackett, pero los especialistas declararon que Mrs. Minnie estaba incapacitada para testar de nuevo, á causa de la crisis de amnesia. Resultado, que Mrs. Minnie ha muerto sin poder testar. Hackett se encuentra heredero de su sobrina, que le odiaba á muerte, y que sólo la fatalidad impidió que le desheredara.



The
13, PA
S
CHAMPION
DE DROGOT
LOS DE CORREO
PRECIOS
CORRIENTES
GRATIS Y FRANCO

PNEU SKEW
107, Rue de Courcelles TELEPHONE
PARIS 507-29



CRÉPE DE SAINTE RUMPF

Exigir siempre esta marca de fábrica
Paris 1900. Fuera de concurso, **Biembro de Jurado.**
La casa más antigua y apreciada en artículos para señoras, hombres y niños. Camisetas, camisolas (mangas cortas y largas) calcancillos. Enaguas de hilo de Escocia, lana, y lana y seda.



De venta
en todos
los
grandes
almacenes
y buenas
casas

Representante
para la
exportación á
los países de
la América
del sur

E. HEPP 94 Rue Lafayette PARIS



Dibujo satírico contra Pichgrá.

COLECCION HISTORICA
.. .. ILUSTRADA
Es rústica .. . 14 50
En pasta flexible 24 25

ALBERTO SAVINE

LOS DEPORTADOS DE FRUCTIDOR

(MARIO DE ANGEL PITOU)

35 Ilustraciones documentales.

Si los franceses dicen que todo termina en Francia por canciones, éstas han costado á veces caras á sus autores. Tal es el caso de Angel Pitou, á quien la ópera *La Hija de Mad. Angot* ha rodeado de una leyenda muy distante de la realidad. Flagelando al Directorio, y particularmente al Director Barris, con sus canciones mordaces, fué implicado en la conjuración realista de Fructidor, año V (1797) y deportado á la Guyana. En el relato que Angel Pitou hace de sus infortunios, encontrará el lector el verbo y el buen humor del cancionista, sin que estas cualidades amengüen la claridad y la precisión en la pintura de los sufrimientos de los infelices deportados.

PUBLICADOS (10 vol.):

La Abdicación de Bayona. - Los Días de Trianón. - La Corte Galante de Carlos II. - España en 1810. - Los Días de la Malmaison. - La Verdadera Reina Margot. - Residencia Alemana. - El Guapo Lauzun. - La Vida en la Bastilla Marruecos hace cien años.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN LA SOCIEDAD DE EDICIONES
LOUIS-MICHAUD 168, Boul^d Saint-Germain, PARIS
2065, Calle Estados Unidos, BUENOS AIRES

FOTOGRAFOS AFICIONADOS

No comprad aparatos sin haber visto el

VERASCOPE

25, rue Melingue
PARIS

RICHARD

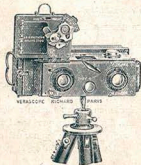
AGENTE EN BUENOS AIRES :
LUTZ & SCHULZ
FLORIDA, 240.

Ningún aparato, ni aun los de mayor tamaño, iguala su pulcritud, especialmente en la
***** **FOTOGRAFIA EN COLORES** *****

¡Novedad! Almacén para **PELICULAS** en **BOBINAS**. Patenteado S.G.D.G.
intercambiable con el Almacén para placas.

El Verascope es
el más **ROBUSTO** . .
el más **PRECISO** . .
el más **PERFECTO** .
el más **ELEGANTE** .
y da

la **FORMA** correcta .
el **TAMAÑO** exacto .
la **PERSPECTIVA**
justa
el **COLOR** verdadero.



EL VERASCOPE es el compañero indispensable del colonial, del explorador ó del simple turista que no quiere exponerse á decepciones. EL VERASCOPE es un aparato absolutamente rígido y de una sólida y toda prueba; á menudo se le ha dado la vuelta al mundo, y sus reparaciones son insignificantes ...

PARA LOS PRINCIPIANTES EN FOTOGRAFIA
la "Jumelle stéréoscopique idéale" y la más perfecta es

Le GLYPHOSCOPE á 35 frs.

Patenteado S.G.D.G.

que posee las cualidades fundamentales del VERASCOPE

Construcción de **ALTA PRECISION**.
RIGIDEZ ABSOLUTA impidiendo todo descentraje por torsión, y permitiendo un enfoque perfecto.
INALTERABILIDAD por el calor y la humedad.
INSTANTANEA y **POSTURA**.
VISADOR CLARO
y un agujero oculto para mirarlo sobre pie.
TRES DIAFRAGMAS. **REVERSIBLE**.



Las vistas del VERASCOPE y del GLYPHOSCOPE se fijan, se proyectan, se reproducen, y aumentan con el **TAXIPHOTE** Patenteado S.G.D.G.